



PQ4683

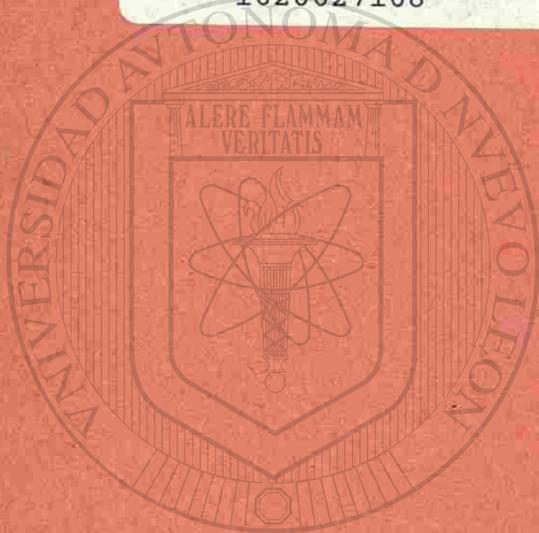
.A3

P38

1897



1020027108

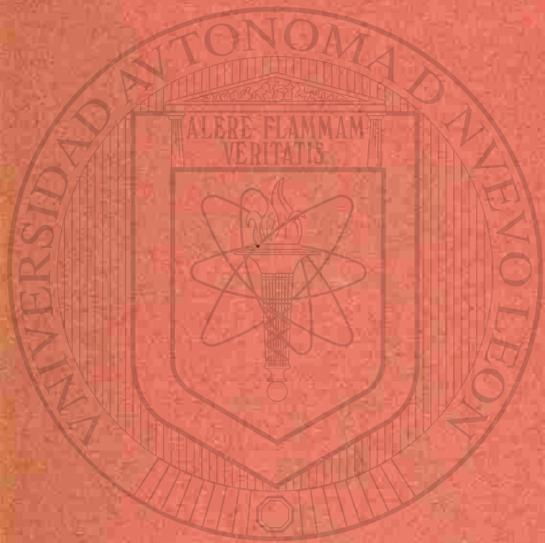


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PARA EL 1.º DE MAYO

POR

EDMUNDO DE AMICIS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDMUNDO DE AMICIS

PARA EL 1.º DE MAYO

APUNTES Y ARGUMENTOS

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86308

MADRID

IMPRENTA DE RICARDO ROJAS

Campomanes, 8.—Teléfono 316

1897

31049



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

31049

850

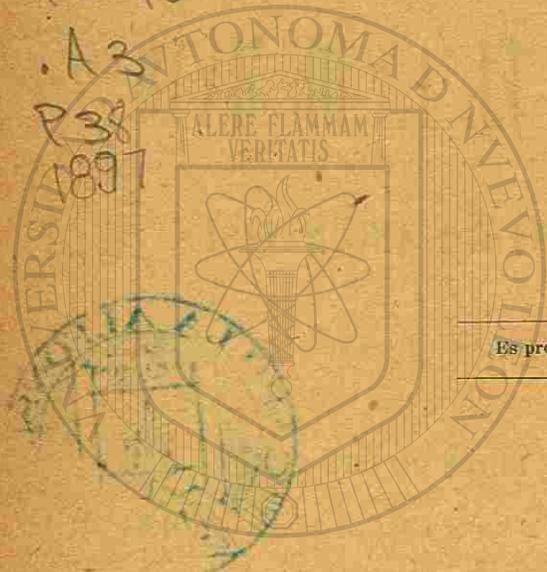
A

PQ 4683

.A3

P38

1897



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



EL SOCIALISMO EN LA FAMILIA

HE aquí una familia como hay mil ahora, y como habrá miles de miles dentro de pocos años.

Los lazos del afecto no se han entibado; pero la bella armonía de la íntima charla ha desaparecido. Entró en aquel hogar la Idea, y se encendió la discordia entre el padre y el hijo, entre la hija y la madre.

Las conversaciones se han convertido en discusiones, en las cuales resuenan insólitas palabras y temerarias proposiciones, que los sirvientes escuchan abriendo los ojos, y que comentan luego vivamente entre ellos mismos, participando de la opinión de los rebeldes. Todos los días, bajo cien formas distintas, surge la eterna cuestión. El estudiante aduce argumentos económicos y cifras; la chica razona en nom-

bre de una compasión vasta y nueva, que abraza millones de hombres desconocidos, y que la anciana madre no comprende. En parte, si la comprende el padre, y aun concede y aprueba tal cual cosa; pero al llegar á las últimas consecuencias, se resiste con obstinada firmeza, y perseguido, se arrepiente y desdice de lo que otorgó, y trunca la disputa con amenazas y amargas reconvenciones; mientras que la compañera de su vida mira en silencio á sus hijos moviendo la cabeza tristemente, turbada por el presentimiento de un siniestro porvenir.

En la controversia, siempre resucitada, chocan el egoísmo paterno y la generosidad humana; la verdad de ayer que se va trocando en mentira, y la utopía de hoy que será verdad mañana; las fuerzas tenaces de los intereses, las impetuosas del amor, el miedo de la vejez, para la cual el futuro es una amenaza, los atrevimientos de la juventud, para quien es todo esperanza lo porvenir.

—¿Quién nos ha trastornado á nuestros hijos?—se preguntan los viejos entre suspiros, pasando revista á amigos y conocidos, sospechando de unos ó de otros. No piensan que la Idea no penetra en las casas por la

puerta, sino por las ventanas, con las ondas del aire y los rayos del sol, como el ambiente. Aquí y allá, sobre los veladores y por los estantes, aparecen libros nuevos, con títulos extraños, en los cuales anda constantemente la misma palabra desdichada; y la madre mira los volúmenes sin tocarlos, y el padre abre alguno que otro de vez en cuando, pero cerrándolo en seguida y arrugando la frente.

¡Ah, los libros! Otro motivo de discordia que salta entre la sopa y los postres cada día en la mesa. Escritores que antes eran como los santos domésticos, á los cuales se rendía unánime culto, son arrojados uno tras otro de los altares; los chicos los acusan de indiferencia y de culpable silencio, de ideas truncadas é incompletas y de mezquinos y estrechos sentimientos. Van descubriendo que la antigua biblioteca está llena de mentiras, de preocupaciones bárbaras, de sentencias injustas y de máximas estólicas, aceptadas sin examen y repetidas maquinalmente como los estribillos de las canciones aprendidas de niños.

Ni aun sobre las cuestiones que se refieren á la patria se entienden el viejo patriota y sus hijos. Ya, en ellos, aquel grande

amor no tiene por objeto simbólico la antigua Matrona hermosa y soberbia, coronada y empuñando la espada, robusta y rebosando salud (negada por cierto á la mayor parte de sus hijos); aquel sentimiento ahora se esparea sobre inmensa muchedumbre de criaturas humanas, pobres y cansadas, que ruegan, se quejan y tiemblan; y el anciano retira de ellas el pensamiento debilitado por los años, desconfiado y con espanto. Y aparte de *patria*, cien otras palabras más usuales en el hogar, parece como que han adquirido un segundo sentido, no significando ya para sus hijos lo que para él. ¿Se les ha alterado la razón? ¿Se ha pervertido su ánimo? Padre y madre viven en este punto en dolorosa incertidumbre. Y si de ambas cosas son convencidos, si reparan en el fondo de la manera de discurrir de aquéllos, observan que las ideas son insensatas y funestas. ¡Quién puede dudar! Pero aquello que les desconcierta más es el extremecimiento vivo y sincero de la indignación de sus hijos; el acento amoroso y profundo de su piedad, la fuerza viril de su persuasión, la infatigable pertinacia con que repiten incesantemente los mismos argumentos, vigorizados cada día por nuevas

convicciones inesperadas de autoridades respetables; la bella luz intelectual que fulgura en sus frentes, con un no sé qué de seguridad, de fuerza indómita, de grandeza, que se percibe confusamente en la instigación desordenada de su elocuencia provocativa.

Así es: en aquellos momentos, el jovenzuelo parece un hombre y la chieuela más bella, con los rostros inflamados y como coloreados por el reflejo de una aurora que sólo ellos ven. ¡Mas... con aquellas ideas, él no hará carrera y ella soltera permanecerá! Y esos augurios afligen á ambos ancianos.—¡Qué vejez se nos reservaba!—exclaman, y no se saben resignar á tamaña desventura...

¡Ah, buenos viejos! ¿No sabíais que es eterna la lucha entre la ancianidad y la juventud; que la casa es el pequeño campo en que se inician con escaramuzas todas las grandes batallas sociales; que otros padres y otras madres han sufrido, temblado, combatido, antes que vosotros; que cada Idea nueva costó á la familia afanes y terrores, porque la familia misma es un organismo que no concibe sin perturbaciones y no alumbra sin espasmos?

¡Ánimo, buen viejo! Para tu hija y para las que se le parecen, surge una nueva generación de jóvenes magnánimos, desdeñosos para con las mujeres que no saben comprenderlos, y adoradores de aquellas que te parecen descarriadas. Tu hija será idolatrada por un hombre digno del temple de su alma, y del pleno y potente amor de entrambos nacerán vástagos soberbios.

¡Y tú, pobre mujer, que velas hasta media noche con el corazón tembloroso aguardando al hijo que fué á la *sesión* de los trabajadores, tranquilízate: no le reconvengas al aparecer en la puerta; acógelo dulcemente! Vuelve á tí más bueno, más honrado, más noble que cuando se marchó; trae en el espíritu una Idea que le ilumina la vida, y en el corazón una esperanza que le hace amar el mundo. ¡Tranquilízate: él quizá no sea afortunado; pero no será egoísta, no adorará el dinero, no oprimirá á los débiles, no llorará un pasado nefando por miedo á un porvenir que el mundo invoca! No te encomiendes, como haces todas las noches, á aquella pequeña imagen de Cristo crucificado que cuelga á la cabecera de tu lecho, para que te convierta al rebelde.

¡Si aquel crucifijo se desgajase de la cruz

y bajase un momento, grande y vivo en medio de vosotros dos, no sería tu frente la que sentiría primero la dulce caricia de su agujereada mano!





IGNORANCIA PLEBEYA

Y MEDIA CULTURA BURGUESA

LA ignorancia de la plebe es la peculiar á la muchedumbre innumerable, la cual no sabe porque no ha estudiado, y no ha estudiado porque no ha podido; sin desconocer que dicha ignorancia esté libre de propia culpa. Y, sin embargo, ¿cómo siendo así tal culpa, hablan de ella con iracundo desprecio aquellos que á la ignorancia atribuyen la facilidad con que el pueblo acoge «las ilusiones del socialismo»? Si después se hace observar que en todos los países estas *ilusiones* son más fácilmente acogidas por la parte más instruída de las clases trabajadoras, mejor que por la menos culta, responden los mismos que son igualmente fáciles para hacerse ilusiones «la ignorancia y la media cultura».

Y bien: detengámonos aquí, porque el argumento se puede devolver.

La media cultura es igualmente fácil para aceptar las ideas falsas y para rechazar y burlarse de las justas, solamente porque son nuevas y grandes. ¿No sería por ventura precisamente la media cultura de nuestra burguesía la que tan atrevidamente sentencia como falsas, insensatas, quiméricas las ideas socialistas?

Todos los socialistas se persuaden de esta verdad, luego de haber reconocido por experiencia que cuanto más amplia y profundamente ilustrados son los adversarios con quienes se les ocurre discutir, tanto más inclinados se muestran á aceptar algunas *ilusiones*, manifestándose cautos en rechazar las otras, dispuestos á mesurarlas todas, pensando gravemente sobre el curso y los efectos que pueden seguir y alcanzar tales ideas en el porvenir. A medida que se descende en la escala de la cultura, se encuentra una más feroz hostilidad. Tratando del socialismo, el catedrático de Universidad razona y medita; el maestro de obras enriquecido, estalla y escupe. Y semejante diferencia encierra un grande y consolador significado.

Se objetará:—«¿Cómo podéis hablar de media cultura en Italia, donde los estudios económicos, en opinión hasta de ilustres extranjeros, han avanzado y se han difundido más que en ningún otro país?» Á esta exclamación contesta un valiente sociólogo italiano (que no es socialista por señas), en un escrito «Sobre el movimiento económico y social en Italia» publicado en cierta importante revista belga; y responde que los que cultivan estos estudios entre nosotros forman casi una clase aparte que influye poquisimo en la burguesía, la cual se halla fuera casi por completo de la cultura superior; de tal modo, que el gran progreso de los estudios económicos y sociales no está en relación directa con el de la cultura pública. Alega en prueba de su aserto el hecho de que la gran mayoría de nuestras personas ilustradas ignoran que las doctrinas del socialismo tienen ahora un amplio y sano fundamento científico; y no obstante, se habla todavía de él cándidamente como de utopías dignas de conmiseración. Y llega á citar el caso de un grande y autorizado periódico italiano, que pocos meses ha pronunciaba aún esta sentencia: *¡El socialismo es el dinero del prójimo!*

Y bien, es cierto. Hombres doctos en ciencias ó en letras, personas que ocupan altos cargos en el Estado, jóvenes y damas distinguidas de la aristocracia del talento, notables profesores y excelentes empleados, y financieros, y propietarios hasta de alto bordo, la inmensa mayoría, en suma, de nuestra media y alta burguesía está todavía en esa situación y en esas creencias con respecto al socialismo. Interrogadles, tanteadles acerca de las más grandes cuestiones de nuestro tiempo, y reconoceréis al punto en casi todos la ignorancia hasta del significado propio de las palabras más indispensables para discutir, y escucharéis aquellas respuestas que os revelan é imponen instantáneamente de la absoluta inutilidad de toda discusión, y os dejan estupefactos, presa de un sentimiento de tristeza y compasión que os corta la palabra en la boca.

Sí, en tal situación nos encontramos todavía en Italia.

Esta honda agitación del pueblo, que arranca de todas las miserias y de todos los dolores humanos y trae su fuerza de todos los progresos materiales y morales de los tiempos modernos; esta aspiración de

millones y millones de hombres por subir á un orden de vida más digno, para gozar de la parte que les corresponde de los bienes que ellos mismos producen, para libertar el propio trabajo de la servidumbre que los ahoga y el alma de la ignorancia que los encadena y envilece; este irresistible movimiento del proletariado, «empujado por todas las fuerzas de la historia y por todas las necesidades económicas del siglo» á un mejoramiento de situación ventajoso para todo el cuerpo social, y que producirá una forma de civilización superior, imposible de imaginar que pueda sobrevenir por otro camino... todo esto no es más... que *¡el dinero del prójimo!*

Este sentimiento invencible de un nuevo derecho que en todos los países empuja y sacude desde sus fundamentos el edificio de las viejas legislaciones, y quiere convertir en pró de los millones de débiles la protección de las leyes no disfrutada hasta aquí sino de los pocos que las dictaron; esta rebelión de la conciencia universal contra el desorden de la producción, contra la furia loca de la concurrencia, sembradora de ruina, contra las desigualdades monstruosas y la monstruosa tiranía de las riquezas

usurpadas y confederadas para público daño; este vasto y poderoso soplo de piedad y fraternidad que tiende á asociar todas las fuerzas en beneficio común, suprimiendo las causas de los odios y de las violencias sociales y conciliando toda la libertad con toda la igualdad posible en una forma de Estado que no sea otra cosa que «la voluntad organizada de todos», todo esto no es sino... *¡el dinero de los demás!*

Todas las grandes inteligencias que desde medio siglo acá se han esforzado para reconocer y demostrar que la Economía política no es solamente «la ciencia del egoísmo humano», sembrando el espanto y el desorden entre las filas de los viejos campeones del bandolerismo legal; el hombre de genio que con uno de los más poderosos esfuerzos que se hayan podido llevar á cabo por el pensamiento humano ha probado la transformación social como la meta inevitable de toda la evolución histórica, arrastrando tras de sí á toda una legión de doctos é intrépidos apóstoles que han conquistado la Alemania; los potentes pensadores americanos é ingleses que con maravilloso aparato de doctrina agitan años ha el formidable problema de la «nacionalización

de la tierra»; los sabios é infatigables organizadores belgas, que con una labor milagrosamente pacientísima han conseguido ya que «surja del mar de la burguesía un archipiélago de islas socialistas», prontas á reunirse á la primera sacudida telúrica en un continente; todos los privilegiados y los ricos de cada nación, que, impulsados por la razón y por el corazón hacia la nueva Idea, han renunciado por ella á los honores, á la riqueza y á la paz; y todos aquellos otros innumerables de toda clase, que, sin esperanza alguna de beneficio personal, ni aun remoto, han afrontado, y afrontan por aquella Idea, calumnias, persecuciones, destierros, miseria: orgullosos de su sacrificio, inalterables en su fe, recompensados de todo daño y felices por aquella esperanza de un mundo mejor que llevan en el alma, y todos éstos no son... otra cosa que gentes que quieren *¡el dinero ajeno!*

Esto parecerá increíble á muchos de la clase proletaria. No creen lo que dicen (pensarán); dirán eso por ira ó por ostentación de que no les importa, aquellos á quienes turba el *bu* del socialismo; pero en realidad, adivinarán la grandeza de la idea y de los hechos, y, ocultamente, se ocuparán de

ello con curiosidad y concienzudamente. ¡Ah, no! Habrá alguna rara excepción; pero la inmensa mayoría, juzgando como juzga, está de completa buena fe en esa actitud hostil ó contra el socialismo, y, ó por natural indolencia ó por despechado propósito, tiene rigurosamente cerrada la inteligencia á todo aquel orden de ideas, y con pueril obstinación repite hasta el infinito contra las nuevas doctrinas sociales, los mismos lugares comunes, los mismos arcaicos y decrepitos argumentos heredados de las pasadas generaciones, enfureciéndose, gritando estrepitosamente contra aquellos que, aun con las más suaves formas, insisten en hacerles observar que no sirve ya el pasado. Bien ha dicho no sé qué historiador: «que Dios ciega á las clases sociales que quiere perder». Y es tiempo perdido también decirles como el Cardenal Manning, que es insensatez cerrar los ojos para no ver el abismo hacia el cual se corre.

Consuélese, pues, aquellos rudos trabajadores que alguna vez se duelen y se avergüenzan de la falta de la ilustración necesaria para comprender plenamente la gran cuestión que les interesa. Aquel parcial y vago concepto que ellos puedan tener

acerca de los vicios de nuestra organización social y de las vastas reformas diseñadas, es casi un conocimiento luminoso y hasta brillante, en comparación de la voluntaria obscuridad de sepulcro en que permanece bajo este respecto la mayor parte de las gentes cultas; obscuridad en la cual, socialistas y ladrones en cuadrilla, colectivismo y anarquía, Carlos Marx y David Lazzaretti, y organización del trabajo, y reparto de los beneficios, y naufragio de la civilización, forman una confusa inexplicable fantasmagoría, á través de la cual pasa, una vez al año, un lívido relámpago de pavor, no tanto para iluminar aquel montón de cosas, cuanto para aumentar la misérrima confusión.

Consuélese, pues con el andar del tiempo, instruidos por la propaganda, ejercitados por la reflexión, ellos entenderán siempre mejor los elementos de la doctrina y la razón de los acontecimientos; mientras que el mayor número de sus adversarios, poseyendo siempre más nublada la mente por el orgullo ofendido y por la creciente inquietud, comprenderá constantemente menos de una y de otra cosa.

El socialismo, derribadas las últimas

barreras internacionales, invadirá su país como un Océano, y buscarán todavía ellos en el horizonte *los pocos sobornadores*, causa única de la inundación, para denunciarlos á la Autoridad constituida. La marea que sube tragará una tras otra las podridas instituciones, los inicuos privilegios, los ídolos falsos, las contaminadas riquezas; y ellos creerán todavía que aquello es el triunfo pasajero de una idea loca, elevada por una oleada repentina de la canalla; y aun con el agua al cuello, nada comprenderán; y morirán ahogados, sin haber comprendido.

Y si resucitasen de aquí á cien años, y pudiesen ver extirpada del mundo civil la miseria, regenerada la plebe, triunfante la justicia y mudada en *verdadera* civilización esta larva miserable que lleva su nombre, creo que ante aquel espectáculo todavía moverían la cabeza en señal de incredulidad despreciativa, ó alzarían el brazo con el puño cerrado en señal de amenaza y de desdén, exclamando: «¡Todo esto es obra del ansia por *el dinero ajeno!*»



PRONÓSTICOS LISONJEROS

HACEN mal los que se descorazonan pensando que la fe socialista no se difundirá jamás en la clase media, tanto cuanto sería menester, para infiltrar en ella el desorden y desarraigar la resistencia; porque una gran parte de la clase dominante se lanzará con la cabeza baja, espontáneamente, en la nueva vía, mucho antes de estar persuadida de que conduzca de verdad á la «tierra prometida» del Socialismo.

«El movimiento actual se parece á la descomposición del siglo pasado, cuando una sociedad entera se precipitó en lo desconocido por cansancio ó por horror de vivir bajo las ruinas de un mundo muerto.»

Y no es ese el juicio de un *marxista* fanático, sino del Vizconde académico De Vogüé, una de las inteligencias más profundas y serenas de Francia.

barreras internacionales, invadirá su país como un Océano, y buscarán todavía ellos en el horizonte *los pocos sobornadores*, causa única de la inundación, para denunciarlos á la Autoridad constituida. La marea que sube tragará una tras otra las podridas instituciones, los inicuos privilegios, los ídolos falsos, las contaminadas riquezas; y ellos creerán todavía que aquello es el triunfo pasajero de una idea loca, elevada por una oleada repentina de la canalla; y aun con el agua al cuello, nada comprenderán; y morirán ahogados, sin haber comprendido.

Y si resucitasen de aquí á cien años, y pudiesen ver extirpada del mundo civil la miseria, regenerada la plebe, triunfante la justicia y mudada en *verdadera* civilización esta larva miserable que lleva su nombre, creo que ante aquel espectáculo todavía moverían la cabeza en señal de incredulidad despreciativa, ó alzarían el brazo con el puño cerrado en señal de amenaza y de desdén, exclamando: «¡Todo esto es obra del ansia por *el dinero ajeno!*»



PRONÓSTICOS LISONJEROS

HACEN mal los que se descorazonan pensando que la fe socialista no se difundirá jamás en la clase media, tanto cuanto sería menester, para infiltrar en ella el desorden y desarraigar la resistencia; porque una gran parte de la clase dominante se lanzará con la cabeza baja, espontáneamente, en la nueva vía, mucho antes de estar persuadida de que conduzca de verdad á la «tierra prometida» del Socialismo.

«El movimiento actual se parece á la descomposición del siglo pasado, cuando una sociedad entera se precipitó en lo desconocido por cansancio ó por horror de vivir bajo las ruinas de un mundo muerto.»

Y no es ese el juicio de un *marxista* fanático, sino del Vizconde académico De Vogüé, una de las inteligencias más profundas y serenas de Francia.

Así es, y así sucederá. Y si se duda todavía por muchos, consiste en que se confunde con una enfermedad pasajera del cuerpo social, lo que es realmente el principio de su descomposición. Pueril es pensar que esta flaca reacción nacida últimamente contra la alta baratería política y el pantrocinio financiero, pueda producir en la sociedad el efecto de una vigorosa curación regeneradora. Producirá el efecto contrario, animando al robo descarado á otros innumerables, demostrando sobre cuánta complicidad, sobre cuántas defensas, sobre cuántos caminos de salvación pueden crearse una renta en el estado actual de las cosas, los grandes negociantes de la conciencia y defraudadores de la nación, y cuán impúdicos, desenfrenados, monstruosos deben ser los tráficos ilícitos y las rapiñas para sacudir lo que queda de sentido moral en las altas clases, y hacer necesaria, al menos, un simulacro de justicia. Esta corrupción seguirá extendiéndose fatalmente, y se dilatarán, corriendo parejas con la misma, todas las otras plagas de nuestra organización económica, enjendradas del principio inmoral de la formación de la riqueza, como de un único germen mortífero

que la sociedad burguesa no se puede arrancar de las entrañas, si no es con la vida.

Es fatal que, por efecto del moderno orden de cosas, de la complejidad siempre mayor de los negocios financieros y de la siempre más completa separación entre la propiedad y el trabajo, se vayan confundiendo los negocios lícitos con los ilícitos, la honradez y el engaño; que éste, libre casi de todo freno exterior y hasta de las censuras y de las dudas de la conciencia, acaba por reinar en el mundo como soberano absoluto é inviolable, sobre las ruinas de la moralidad y de la justicia.

Es fatal que, creciendo de día en día la fiebre de las especulaciones temerarias, inundando la sociedad por contagio, las quiebras, agitándose con los débitos el peligro de las bancarrotas nacionales, llegue el día en que no quede para el ahorro del que trabaja y para el capital parado, lugar ni modo alguno de colocación, condenando á los poseedores á una vida de ansiedad y de terror casi tan dura de soportar como las angustias mismas de la pobreza.

Es fatal que, el defender, el salvar la pequeña y la mediana propiedad territorial, del impuesto, de la usura, del hurto, de la

fuerza asimiladora de la gran propiedad y de las pretensiones siempre más atrevidas y más poderosas del trabajo, llegue con el tiempo á ser una empresa aún más difícil que la de preservar la propiedad y la vida misma de los accidentes, en medio de un pueblo no organizado todavía en estado civil.

Es fatal que, en un porvenir no lejano, la masa de la juventud culta, fluctuante entre los caminos ya llenos de empleos y de profesiones libres, y la *degradación* aborrecida por ella del trabajo manual, enferma por el ocio rabioso y famélico, llegue á tal altura, que la sociedad sufra como la sofocación y los tormentos mortales de la hidropesía.

Es fatal, por último, que el nuevo feudalismo financiero que hace con el dinero lo que el antiguo con la espada, ensanche y refuerce más y más la extensión de su ya vastísima red, enlazando, sujetando y sometiendo á una siempre infestada tiranía, muchedumbres, gobernantes, instituciones, agotando y corrompiendo á todos y toda cosa.

Cuando ocurra todo esto, y cuando además, acaparando mayor campo por las redobladas dificultades de la existencia y

el creciente furor del lujo y de los agios, el matrimonio mercantil multiplique á tal punto los escándalos y las desventuras, que hagan temblar por el futuro de la familia, aun á los más escépticos explotadores de sus desórdenes y de sus debilidades; cuando azotada cada vez más fuertemente por la concurrencia y hecha más audaz por la impunidad comprada y por el perfeccionamiento científico de los métodos, se una la producción privada con la charlatanería, con el maleficio, con la adulteración impúdica de todo, hasta el extremo de no ser sino una vasta, continua y despiadada insidia contra la bolsa y la vida; cuando una aristocracia del dinero, deshonesta y villana, mientras más reducida en número, más crecida en omnipotencia, haya impulsado el fausto y la insolencia hasta ofender el orgullo de la clase media, tísica por aquella, bastante más feramente de lo que el bienestar de esta media burguesía ofende ahora á la *plebe*; cuando ningún honrado padre de familia pueda ya á los propios hijos, ni aun por pura costumbre pedagógica, aconsejar la generosidad, la delicadeza, el amor al prójimo, la noble ambición por la estimación pública, sin que éstos respondan

con una carcajada de befa, mostrándole por todas partes el triunfo incontrastable y duradero de cuantos pisotean tales virtudes con más frío cinismo; cuando, finalmente, con el aumento y la persecución de las crisis comerciales y con la progresiva organización de las clases trabajadoras, creciendo en gravedad y en frecuencia las miserias y los peligros de la desocupación, los ocios, las luchas, los ayunos y las iras de las muchedumbres ciudadanas y rurales, será siempre más á menudo necesario para mantener al menos la apariencia del orden, responder á los lamentos y á las maldiciones con aquellas malvadas siegas de vidas humanas que dejan en la tierra ensangrentada, tantos gérmenes de odios y de terribles venganzas;— cuando las cosas hayan llegado á este término, y no se necesitará larguísimo tiempo,— entonces no faltará mucho que hacer á la propaganda socialista. Trabajaré por ella en las clases superiores el cansancio y la náusea infinitas, el medroso cuidado de conjurar una revolución de sangre y fuego, una necesidad inmensa de rejuvenecimiento y de ideal—*el horror*, por último, *á vivir bajo las ruinas de un mundo muerto!*

Y entonces, quizás á la burguesía no parezcan sino actos de resignación lógica y fácil, aquellas *virtudes sobrehumanas*, acerca de las cuales juzga ahora que el socialismo pone el fundamento en el estado futuro; encontrará acaso natural en sí y en todos aquella preponderancia benéfica del sentimiento de la colectividad contra el incipiente egoísmo que en el momento presente la afirma como imposible en nuestra sociedad, y advertirá que el impedimento más fuerte que tenía para aceptar la idea socialista no estaba en su razón ni en su pensamiento, sino en su bolsa. Y de cualquier modo que sea, aun sin advertir todo eso, y no creyendo en nada de lo apuntado, empujada por la *férrea necesidad*, se lanzará la media burguesía en *lo desconocido*.

Ahora bien: si nosotros nouviésemos fe sino en lo desconocido, por la fuerza de las cosas, la sociedad encontrará poco á poco una organización en la cual será aplastada la más monstruosa y la más funesta de las injusticias presentes:—la división de los hombres en un pequeño número de poseedores de todos los bienes, y una enorme, inmensa mayoría de siervos despojados, embrutecidos, vejados y despreciados, bajo

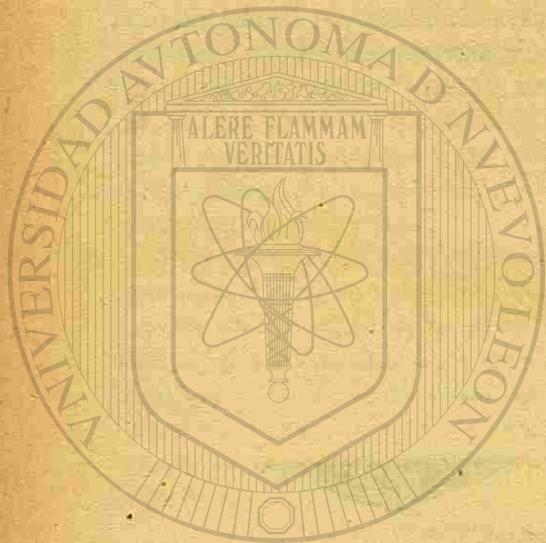
las apariencias de una mentida igualdad y de una libertad también más falsa que la igualdad misma,—nosotros no tendremos ya esperanza alguna en el progreso humano; no nos quedará otro recurso que cruzar los brazos y decir:—Ábrase libre curso á la gangrena que nos devora, y cúmplase la putrefacción universal.

Pero sentimos aquella fe, y tan profunda, que en el hermoso día de primavera designado para celebrarla, se apodera de nosotros un sentimiento de piedad y casi de estupor, viendo en las calles tristes de la ciudad, en medio de los pocos ciudadanos sospechosos, pasar la amenaza armada del Estado.

Y nos preguntamos al punto: ¿por qué no bajan de todas las casas hombres y mujeres de todas clases, con los niños de la mano ó en los brazos y con las rosas de Mayo en el pecho? ¡Ah, de fijo en plazo no lejano esto se verá! Las casas aparecerán rojas de banderas; por las calles correrá un río viviente, las frentes y los gritos se alzarán libres hacia el cielo, y aquel estremecimiento y hálito sano é inmenso de pueblo, penetrando en las casas silenciosas de los últimos melancólicos que renieguen de la *buena nueva*,

vencerá finalmente la Idéa hasta en sus corazones, arrastrándoles por fuerza hacia la ventana con lágrimas en los ojos y el amor en el alma, para bendecir la fiesta del mundo.





SOCIALISMO Y NOBLEZA DE ÁNIMO

A una señora.

DÍAS há que una señora, oyendo á un socialista hablar en público sobre un asunto ajeno á las propias convicciones del revolucionario, y aprobando, conmovida, las palabras del orador que respondian por completo á sentimientos afectuosos y nobles del alma, exclamó admirada: ¡Quién diría que es un socialista!

Usted no ha pensado que con su exclamación acusaba á sus amigas y á sus amigos, y á casi toda la clase á la cual pertenece, de una negra calumnia. Hé aquí, pues, cómo los hemos pintado: como gentes de las cuales haya que asombrarse de que puedan expresar alguna vez pensamientos y sentimientos de esos en que concuerdan todas las almas honradas.

Usted lo duda y yo lo repito y lo sostengo.

Y en esta disparidad, reflexione un poco, señora mía.

Sufrir las miserias y dolores sociales como males propios, de tal manera que no se experimente ya tranquilidad, y no saber resignarse al espectáculo de las desigualdades injustas que ofenden y envilecen á los hombres; sentir ante la ignorancia y el embrutecimiento de las muchedumbres, no ya el desprecio y la aversión que despiertan en los más, sino la compasión que inspira una enfermedad heredada, y reconocer la parte de culpa que todos tenemos en el fenómeno, queriendo redimirnos de esta culpa; creer que jamás habrá paz ni prosperidad, ni moralidad, ni verdadera civilización, mientras un pequeño número de hombres tenga en sus manos los medios con los cuales, directa ó indirectamente puedan comprar todo, corromper todo, dominar todo, ponerlo todo al servicio de acrecentar constantemente la facultad de comprar, de corromper y de dominar; tener fe en que la paz y la prosperidad verdadera se obtendrán libertando el trabajo de la esclavitud económica que lo oprime y no lo asegura, y en que, humani-

zándolo con distribución más equitativa, será más fecundo mediante el concurso de todas las fuerzas; y con esta fe, dedicarse á educar, á instruir, á ordenar las masas, á fin de que, convertidas en su mayoría en conscientes y concordes, puedan constituir legalmente un estado social, ya madurado, cuando ellas lleguen á él por la evolución; en el cual estado todos se encuentren en las mismas condiciones iniciales para la lucha de la vida, y el derecho á la vida esté asegurado á cuantos quieren trabajar y no lo consiguen, y no se leguen como herencia el ocio y la dominación, y el hombre no vea ya en sus semejantes enemigos que acuden á disputar la concurrencia, sino cooperadores fraternales: todos estos sentimientos y conceptos, que son, en resumen, la sustancia del socialismo, ¿me podrá Ud., señora, demostrar, me podrá al menos decir siquiera, que no sean tales que deba llamar la atención el que haya alguna alma noble incapaz de no acogerlos?

Una cosa sola puede responderme: — Que no son acogidos por todo el mundo, porque se fundan en una utopía.

Pero con esta contestación no me contradice; porque ¿cómo me podrá negar que

precisamente para ser utopista se requiere poseer una fe en nuestra naturaleza, un deseo del bien y un amor hacia la humanidad sólo posibles en ánimos honrados y en corazones generosos?

¡Y cuán fácilmente lo advertiría Ud. y se penetraría de ello, reconociendo que hasta ahora había estado engañada por los periódicos que lee, por los amigos á quienes cree, por todas las viejas ideas, no meditadas ni discutidas, dentro de cuyo círculo vive aprisionada, al admitirlas como buenas, si pudiese conocer de cerca aquella gente maléfica y dislocada, llena de pasiones y de propósitos inicuos, de la cual oye hablar con horror!

Por ejemplo: ha oído hablar de estudiantes socialistas de fijo, y se habrá lamentado con palabras amargas de que hasta haya llegado á ser atacada la juventud de tal lepra. Y bien: yo los conozco; y aun prescindiendo de las ideas que á ellos me ligan, puedo asegurarle que me parecen infinitamente superiores á los demás. Nunca aparece en sus conversaciones sobre el porvenir aquel duro propósito de abrirse camino en el mundo á cualquier precio, ni aquella maniática avidez de riquezas y placeres

que se halla arraigada en el corazón de tantos y tantos jóvenes de la clase de los socialistas. Tener un fin, un objetivo, un ideal en la vida, colocado fuera de nosotros mismos, tan alto y tan bello, les da una seguridad, una severidad de conciencia, una aversión hacia la frivolidad del lenguaje y de los actos ordinarios de la gente contenta, una repugnancia á la disipación insensata é insolente del dinero, una tendencia á meditar sobre los hombres y sobre las cosas, á buscar en todas las obras y manifestaciones del ánimo y del pensamiento, bajo las apariencias engañosas, aquello que hay de verdad, de humano y de benéfico... que no se encuentra jamás en los otros jóvenes, sino por excepción.

Todos sus mejores sentimientos se elevan en alas de aquella idea. Me parecen á la vez más maduros y más jóvenes que el resto de sus camaradas. Emplean un modo de familiaridad tan justo y tan amable con las gentes de las clases inferiores con quienes se mezclan; despliegan con las mismas un sentimiento de fraternidad tanto más sencillo y profundo, cuanto que se origina de las más íntimas y sanas razones, algo semejante á aquello que yo recuerdo del úl-

timo período de los entusiasmos patrióticos; soportan con una tan digna resignación las desconfianzas, las ingratitudes, á veces hasta las ásperas frases que en aquella fraternización se atraen, y anuncian y defienden las propias ideas entre los amigos hostiles y en el seno de sus familias, que los zahieren y hasta desprecian, entre las bur-las y los escarnios, con un tan valiente ardor, con una tan tenaz é ingenua fe en la victoria del bien, que... si Ud. los oyera, y los viese, Ud. que es buena y amable, se vería arrastrada á admirarlos, á amarlos, y á desear que su hijo, ya que no en otra cosa, en el corazón, se le pareciese, y pudiera—sin comprometerse, por supuesto, y conservándose inmune de la lepra de aquellas teorías—gozar de su sana y vivificante amistad.

Usted oirá con frecuencia hablar de obreros socialistas, y me figuro el concepto que habrá formado de ellos: los creará la hez de su clase. Y, sin embargo, señora, si hay una cosa bella en un operario, es verlo renunciar al juego y á la taberna, para ir á escuchar discursos y á razonar él mismo, al modo que puede, sobre cuestiones económicas y morales, que le obligan á un es-

fuerzo de la mente y que le despiertan el amor á la lectura y la necesidad de una vida más intelectual y el respeto á la ciencia y al ingenio; diga si no es prueba de ánimo elevado reconocer y predicar que la mujer no es una bestia de carga, á la cual se haya de golpear para desahogo cuando se está encolerizado ó bebido, sino un sér que tiene derecho á una mejor condición económica y civil, y á una nueva y más alta forma de respeto público; dígame si no es signo de dignidad no imitar el desprecio de los compañeros de trabajo delatores, á los prontos á inclinarse ante todos, á los vendedores de votos, á los brutos que tienen la conciencia en el vientre y postergan todo interés colectivo de su misma clase á cualquiera inmediata y aun pasajera ventaja propia; si es bondad y caridad hallarse siempre dispuestos á quitarse el pan de la boca ó á dar la monedita del cigarro ó de la copa, para socorrer á los compañeros reducidos indignamente á vivir en el arroyo, aun siendo desconocidos ó extranjeros; si, por último, no es estimable el tener viva conciencia de la fraternidad de los hombres y de los pueblos, y fe en una gran misión económica, política y social del *Estado*,

para cumplir la cual sea necesario que ellos mismos se coloquen en condiciones graduales de progreso, por todas las vías y en todas las formas, á fin de bastarse á sí; si el convertir el odio ciego contra los privilegios de la fortuna en aversión razonada contra la organización social, reconociendo que los privilegiados casi siempre carecen de culpa: privilegios que los forma y los obliga á ser lo que son, y que los mismos obreros, puestos en su caso, serían como aquéllos; si comprender y hacer comprender á los demás que no de la violencia desordenada y salvaje se ha de esperar un gran cambio de su suerte, sino de la conquista pacífica de los Poderes públicos, posible solamente por una sucesiva transformación de las ideas y una lenta victoria sobre la conciencia...; si todos estos no son signos de superioridad de ánimo y de inteligencia—y los signos son patentes, innegables para toda persona sincera, créalo—¿cómo puede Ud. negar que los obreros socialistas no sólo sean, sino que deben ser por necesidad, moralmente mejores que los otros y dignos del respeto de Ud. y de su simpatía?

Más á menudo aún oirá hablar de hom-

bres de doctrina y de ingenio, de publicistas ricos y famosos que hacen ardiente propaganda socialista, y escuchará tales cosas y de tal modo, que Ud. convocaría de buen grado un consejo de familia antes de decidirse á recibir uno de esos en su propia casa. Y bien: piense en ello un poco. Esto, es cierto, por el pronto: todos esos publicistas, desde el primero hasta el último, son necesariamente desinteresados; porque ninguno de los periódicos de que se valen puede remunerar su obra, si por acaso no dan encima de su prosa su óbolo; y más de uno sacrifica á la publicación una buena parte de lo suyo. Piense después que si son literatos y artistas puros, están obligados, aunque no fuese sino por sostener sus propias ideas, á estudios ingratos y difíciles, extraños á su natural, y hasta á rehacer casi con gran fatiga su educación intelectual, y que todos se condenan á tener en la parte de público á que se dirigen, tantos menos lectores y admiradores, cuanto más profundo es su pensamiento y más delicado su arte particular para exponerlo. Y si se trata de hombres de ciencia y de hombres políticos, no pueden aspirar ni á honores, ni á cargos, de lo cual está excluido el partido que los acoge;

ni obran por sed de popularidad, porque entre sus secuaces, todavía pocos y esparcidos, es imposible la popularidad, además de ser inconciliable con el espíritu del partido mismo, y bastante más difícil que en cualquier otro, no teniendo nada que esperar los socialistas de sus jefes, que nada pueden dar á ninguno. Y ni siquiera se puede decir que espera ventajas personales de un cambio radical de cosas, porque están hartos seguros de que no vivirán tanto para conocerlo, y que si, no obstante, acaeciese, como lo desean é invocan, sería tal su naturaleza que no consentiría á nadie ni riqueza, ni poderio, ni honores.

No queda, pues, sino una única ambición por la cual puede Ud. pensar, señora mía, que son movidos: la de ser enviados al Parlamento. Pero reflexione Ud. en ello un minuto: vea si—aun conseguida dicha ambición—ellos habrían elegido para satisfacerla un camino tan peligroso, y si se puede llamar propiamente ambición ir á la Cámara, en medio de un grupo minúsculo, para que su voz sea sofocada por todos los partidos concordes, para caer encima de ellos como sobre una cuadrilla de bandoleros. Piense, por tanto, busque, hágase hasta

buscar por sus amigos alguna razón, una sola razón, que le dé derecho á creer que aquellos señores no son gentes de buena fe, generosos, capaces, ya que no de otra cosa, de sentimientos y de intenciones, y llenos de corazón y de valentía.

¿Le parece, después de lo dicho, razonable el admirarse de que todos éstos sean capaces de sentimientos nobles? ¿O no le parece más justo que lo que llamaría la atención es que todos esos estudiantes, obreros, publicistas, fuesen incapaces de tales sentimientos elevados?

Le diré más: francamente, no veo ya bondad, generosidad verdadera sino en quienes profesan dichas convicciones. Conozco, sí, muchos hombres dotados de aquellas virtudes entre los que odian ferozmente las teorías socialistas, y aun mantengo con ellos sincera amistad. Mas desde que juzgo su ánimo con respecto á aquella idea, han caído un tanto en el aprecio que les profesaba y en el concepto en que tenía hasta á los mejores, debo decirlo con franqueza. No los encuentro ya lógicos, ni siquiera en la explicación de sus sentimientos más dignos. Veo sus pensamientos de fraternidad y de caridad sociales, tropezar á cada momento

en un obstáculo, detenerse, casi asustados, en los confines ante los cuales el ánimo de los socialistas posee mayor arrojo para lanzarse á todas las consecuencias. Percibo que la idea de un lejano daño de la clase á que pertenecen, echa una sombra sobre su antes sacro amor á la libertad y á la igualdad, convirtiéndolos secretamente en adversarios de la difusión de la instrucción popular, que habia sido anteriormente el más ardiente de sus deseos y aspiraciones. Son conducidos á cada paso á combatir nuestras ideas, á negar ó á ocultar miserias evidentes y culpas imperdonables; á hacer, para no ser arrastrados á ciertas concesiones, una selección circunspecta, no generosa ni clara, entre las injusticias sociales, contra las cuales deben sólo levantar la voz. Y encuentro que en la busca y propuesta de los remedios, se ingenian de varia manera, para dejar aparte, fingiendo no ver las causas á que no pueden tocar sin reconocer las injusticias que les conviene pasar por alto.

Y en cuanto á los creyentes más sinceros descubro un sentimiento religioso lleno de preocupaciones mundanas y de mañas, esforzándose por conciliar las cosas más

inconciliables, resignándose harto fácilmente al concepto de la necesidad de demasiados males; y en los incrédulos, para afrenta de sus ideas liberales, sorprende una demasiado frecuente tentación á refugiarse, por temor á un porvenir infausto, á sus intereses, acercándose á aquellas ideas del pasado que combatieron toda la vida, y á una religión en que no creen, pero con la que pretenden aliarse, aun á sabiendas de que no pueden lealmente servirla, ni cumplir sus pactos con ella. Y á los creyentes y á los incrédulos, finalmente, los veo esforzarse de continuo por hacer callar el corazón y la razón que, confusamente, pero sin tregua, les susurra la verdad, y procuran ocultarnos aquel su estado de ánimo: lo cual extiende sobre todos ligero velo de hipocresía, bajo el cual se me aparece de vez en cuando alterado su antiguo semblante de hombres de bien.

Estas cosas, naturalmente, pasan inadvertidas para Ud., porque no puede parangonar las personas que la circundan con la gente que Ud. juzga con el criterio de ellos. Pero lo observaría sin duda si pudiese hacer aquellas comparaciones. ¡Y cuántas ideas suyas se cambiarían si leyese aque-

llos libros y aquellos periódicos de todos los países que ve Ud. algunas veces amontonados en mi mesa, y que mira con marcado aire de repugnancia!

Descubriría una legión de pensadores potentes y serenos, de quienes se asombraría de haber ignorado el nombre hasta ahora, y de que cada una de las personas que la rodean, los ignoren: en los cuales se aduna la fuerza de una ardiente fe y la autoridad de una vasta y nueva cultura; naturalezas intelectuales, temples de almas nuevas, gallardas é ingenuas, apasionadas y pacientes á la vez; mujeres de ingenio viril y de corazón angélico; poetas incultos en cuyos versos informes relampaguean imágenes inmensas; autores didácticos solitarios, surgidos de la gleba, en los cuales se adivinan estudios fatigosos, comprobados, violentos como una lucha física proseguida por veinte años en la buhardilla y sin fuego, á prueba de sacrificios heroicos: una falange de escritores extraños, ásperos, atormentados, oscuros, de los cuales se ve á través de cada página sudar la negra frente y brillar los ojos sanguinolentos, quemados por la reverberación de los hornos, pero dotados de una elocuencia miste-

riosa, que la harían pensar, señora, día y noche.

Escucharía de rudas bocas de trabajadores verdades y razones que ningún libro las ha dicho jamás, narraciones de miserias y gritos del alma que la harían temblar como el murmullo de los sollozos de un mundo; palabras de piedad y de ternura que sería obligada á repetir á sus hijos y que no se le borrarían jamás de la mente. Y acabaría por amarlos á todos aquellos hombres de todas clases y de todos países, que llevan sobre la cervíz, como una estrella roja, la misma Idea: los cuales se cambian á través de los mares y de las fronteras palabras de fraternidad y de esperanza; y poco á poco, abrazando con el pensamiento el horizonte vastísimo, viendo fulgurar la Idea sobre miles de campos de batalla, y las legiones estrelladas avanzar y surgir por todas partes, engrosando á lo largo del camino como torrentes de inundación y sumergiéndose en cada oleada una ruina del pasado, sería quizá sacudida Ud. misma por un estremecimiento de entusiasmo, y exclamaría:—¡Es justo, es benéfico, es necesario que esto suceda!

Pero no: nada ocurriría á Ud. de cuanto

acabo de decir, y no le hago un cargo por ello, puesto que todavía está demasiado íntegro en su mente el férreo círculo de ideas heredadas, sin romper las cuales, no entran las nuevas. Y cuando además empezase en usted á operarse un cambio, si pasara entonces bajo sus ventanas una manifestación socialista, pidiendo los obreros, con la complicidad de Ud., la más justa de las concesiones, Ud., al ver aquellas caras, al oír aquellas voces, asustada y despreciativa, olvidaría en un punto sus lecturas, se desdeciría de todos sus asentimientos, asombrándose de nuevo de que se pueda ser socialista y poseer sentimientos honrados, elevados y agradables.

Por otra parte, he escogido á propósito para intentar persuadirla, este cuarto de hora de la vida nacional.

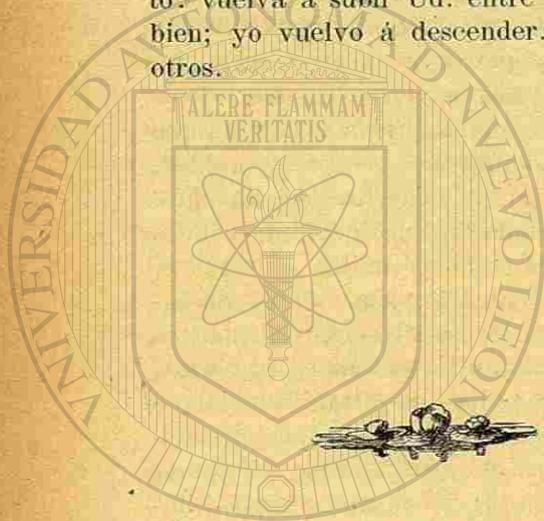
Y hasta en él, vea, nos separa un abismo; porque todo aquello que en estos días hace rechazar indignada de Ud. y de sus relaciones las nuevas ideas, produce en nosotros el efecto contrario.

Nosotros vemos una muchedumbre que parece la mayoría del país, imprecar, gritar, alzar los puños cerrados en són de amenaza contra una multitud de gente

arrojada á empellones en las cárceles, no culpables, en su mayor parte, sino de una ilusión, de un grito, de un impetu de ira provocada, y querer y aprobar que á los creyentes del nuevo verbo les sean violadas las casas, manumitidas las cosas que posean, impidiéndoles reunirse, hablar, quejarse, vivir, y acusarlos de toda clase de locuras y toda especie de infamias. Pues bien: todo ello no hace vacilar un instante, antes por el contrario, consolida profundamente nuestra fe; nuestra compasión no es hacia aquellos contra los cuales se clama, sino en favor de los que gritan; todo lo que acontece no nos parece mas que un incidente pasajero del gran camino victorioso de nuestra causa; y con más serena é imperturbable seguridad creemos que la razón, la verdad, la justicia, el porvenir, están de parte de los malditos, y que el fardo enorme de intereses y de fuerzas que pesa sobre sus cabezas, no es sino un monstruoso resto del pasado, del cual están contados los años.

Usted no lo cree; pero lo creerán sus hijos, lo verán sus nietos, y á los hijos de éstos parecerá imposible que sus antepasados no lo hayan creído.

Y ahora, la saludo con afectuoso respeto: vuelva á subir Ud. entre la gente de bien; yo vuelvo á descender... entre los otros.



CON MOTIVO DE LA PALABRA «CANALLA»

Y vosotros, ¿qué hicisteis entretanto los de espíritu flaco y *alta cuna*?
Derramar como hembras débil llanto
ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro á vuestras vidas y muralla,
y, siervos viles, á la plebe inquieta
con torpe lengua apellidar *canalla*.

¡Canalla! sí, vosotros los traidores,
los que negais al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca visteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente.

¡Canalla! sí, los que, en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría.

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo,
quehrantó las cadenas de la tierra.

(ESPRONCEDA.—*El Dos de Mayo*.) (*)

Es extraño que se continúe usando la palabra *canalla*, sin más ni más, para significar la hez del pueblo. Hay quien se sirve del vocablo para dar á entender cualquier tropel de gente, ó manifestación pública de gente *baja*, la cual, con ó sin ra-

(*) Hemos creído oportuno encabezar este trabajo con las cinco estrofas de la oda de nuestro ilustre poeta. (*N. del T.*)

zón, se lamenta de algo, pide, grita ó se muestra en público simplemente, callando.

No discuto el juicio. Pero digo que cuando oigo:—la canalla,—ó frases como ésta:—andáis con la canalla, servís, disfrutáis ú os dejáis explotar por la canalla,—tengo derecho para preguntar á qué canalla se refieren, porque no comprendo bien á quién se alude.

Hay en el pueblo *bajo* una cantidad de gente que no trabaja, campa por sus respetos de truhanería, anda de borrachera, roba, si se puede, no cree ni respeta nada, carece del sentimiento de la dignidad, del de amor á la patria, es más bien la deshonra y la gangrena de la patria misma, y acaba con frecuencia, ó merece, al menos, acabar en la cárcel ó en presidio. Y esta masa, aunque tenga en gran parte, en su favor, la excusa de haber nacido y crecido en la miseria y en la ignorancia, es innegablemente *canalla*.

Hay otra cantidad de gente, en otra clase social, la cual no trabaja tampoco ó trabaja en daño del prójimo, campa por los respetos de su jerarquía, anda en orgía y francachela, roba, si puede (y puede fácilmente y en grande escala), no cree ni res-

peta nada, carece del sentimiento de la dignidad, del amor de la patria, y hasta es más bien su deshonor y su gangrena, mereciendo acabar, aunque no acaba casi nunca, en presidio, ó en la cárcel al menos. Y ésta, aunque sea gente culta, que goza de bienestar, educada, ella también incontestablemente es *canalla*.

No busco especificar cuál de las dos sea más canalla. Pero repito que tengo el derecho de preguntar cuando oiga la palabra á cuál de las dos se alude; y puesto que la equivocación es posible, me parece justo lamentarme de que falte un vocablo para designar aquella hez, para decirlo así, *superior*, á la cual la voz canalla no se suele aplicar. Ciertamente se podría decir *canalla alta*, pero no corresponde con toda precisión á la necesidad del lenguaje. Se debería acuñar otro vocablo nuevo con aquella exacta significación.

Pedia cierto diputado francés una ley para embarcar en el mismo buque al hombre político corrompido y al anarquista homicida, «porque vienen á ser dos aspectos complementarios de un mismo orden social, enlazados entre sí como la causa y el efecto». Yo no me atrevo á tanto: me contento

con pedir que la hez del bajo pueblo y la hez de la alta burguesía se consignent ambas en el Diccionario con su sello particular.

La falta de un término colectivo para significar «las canallas» me parece que da á una de éstas, la *superior*, con respecto á la lengua nacional, una especie de inmunidad, que constituye una injusticia.

Esta injusticia del lenguaje pertenece á un vasto orden de injusticias, generalmente ignoradas, ó que se cometen inconscientemente, no ya con la hez del pueblo, sino con todo el pueblo. Por ejemplo: se usa con él una cortesía especial, de calidad inferior, como su pan.

¿Hay razón para que un caballero no haga más que subir la mano, á lo sumo, hasta el sombrero ó tocarlo con su dedo, para contestar al saludo de un operario que se quita el suyo enteramente ante el señor? ¿Una razón que justifique el *tuteo* con que se les trata, y el aire de amo con que llama como á los perros un jovenzuelo á un hombre de treinta años y un viejo á un hombre maduro, solamente porque los unos pi-

den ó quieren una cosa y los otros la llevan ó la hacen? ¿Una razón para volver la cara á la derecha si por este lado pasa una levita, y volverla á la derecha también si por la izquierda pasa una blusa ó una chaqueta?

Se dice que reinan la libertad y la igualdad; y, sin embargo, existen muchas personas que, dándoselas de muy demócratas, suelen adoptar un tono despreciativo, hasta sin advertirlo, cuando hablan con gentes de las clases inferiores, ó se creen en el deber, si son benévolos, de tratarlos con un burdo aire fraternal, para demostrar que saben descender hasta ellos. Hay muchos que, á la menor palabra que les desagrade, pronunciada por un hombre del pueblo, amenazan hasta con el castigo, como cuando eran permitidos los azotes á los villanos, y llaman bestia á un plebeyo por una supuesta injuria, aun siendo provocada, mientras que se tragan pacientemente el mismo insulto si se lo dirige otra persona *decente*. Y son innumerables los que á cada paso ó con cualquier motivo, discutiendo con el vulgo, hablan de hacerles prender, como si tuviesen á la policía en el bolsillo y organizada para su uso y servicio particular.

Id á las estaciones del ferrocarril, á las oficinas públicas, á los tribunales, por todas partes donde haya personas «civilizadas» que, por razón de su cargo, tengan necesidad de entenderse con toda clase de gente, y veréis, casi siempre, que al preguntar, al responder, en la compostura, en los modales, en el acento, en los semblantes, en todo, hay maneras singularmente distintas, según que tratan con personas de la propia clase ó de clase inferior ó superior, y muy especialmente notaréis ó una soberbia que expresa desdén, ó una forma de benignidad que se asemeja á la compasión. ¡Síntoma extraño, en verdad, que haría pensar á un hombre nuevo en el mundo, que lo observase, que la gente del pueblo tiene alguna grave culpa sobre sí de origen con respecto á la clase superior: culpa ó pecado que es racional y útil hacérselo sentir continuamente para que se avergüence y se arrepiénta!

Las ideas de que se derivan estos modales y procedimientos, se nos han imbuído en la cabeza desde la infancia.

Los niños oyen á la criada que anuncia las visitas en la forma siguiente: —Aquí hay un señor, ó una señora, ó: —Aquí hay un hombre, ó una mujer. ¡Como si un señor fuese más que un hombre, y una señora más que una mujer! Oyen, asimismo, de labios del padre ó de la madre, aunque alardeen de despreciar las vanidades aristocráticas, que hablan con cierto tono desdeñoso y compasivo á un tiempo, de determinados amigos de la casa, diciendo: —¿Sabes? ¡Su padre fué un trabajador del campo! ó bien: —Se ha enriquecido, pero huele todavía á albañil. Escuchan que tratan de holgazán á cualquier pobre diablo que llama á la puerta pidiendo limosna; pero del holgazán que vive de sus rentas, perciben esta exclamación: —¡Feliz él!

Si no estudian los niños, se les amenaza, como castigo, si no como deshonra, con ser puestos á trabajar en una fábrica ó en un oficio mecánico. El niño bien vestido que en el ómnibus ó en el tranvía se sienta al lado de una mujer harapienta ó de un hombre sucio, negro de carbón, nota al punto en el semblante de su madre una expresión de inquietud ó de repugnancia. Advierte los gritos de los jugadores en los bodegones,

tropieza con borrachos por las calles, gentuza del brazo de mujerzuelas que vocean indecencias, lee cosas de rateros y salteadores nocturnos en los periódicos, de rapaces que se dan de puñaladas por un quitame allá esas pajas, y observando que todos estos tipos pertenecen á una sola clase, adquieren hacia ella una aversión y un desprecio que les dura toda la vida. Y es porque el padre y la madre, al señalarles á aquella gente como hacían los Espartanos con los Ilotas, y complaciéndose con la repugnancia saludable que en ellos despiertan, no les añaden, como deberían:— Mirad: no creáis que estos vicios y estas fealdades sean patrimonio de una sola y exclusiva clase social; se juega, se riñe con armas, se ahoga la razón en las bebidas, se trata frecuentemente con pérdidas, se hablan obscenidades y se roba la bolsa al prójimo también en nuestra clase y en otras, á que no pertenecemos; solamente que se hace en parajes y de manera que tú no ves ni sabes. Odia, pues, y desprecia el vicio y la abyección, que pululan por todas partes; pero no la clase que, careciendo de arte y de medios para esconderlos, los enseña más, porque sería injusto é innoble.

Y así, por todos lados, conscientemente ó por ligereza, se enseña á los niños la injusticia, la doble urbanidad, la indulgencia para con las infamias barnizadas, y el hábito de mirar antes al traje que á la persona, y á evitar el pueblo bajo, por motivos de dignidad y de salud.

*
*
*

Es causa de todo ello, un error profundo al cual somos inducidos la mayoría por la conciencia orgullosa de nuestra superioridad, á saber: por considerar la ignorancia, la rudeza, la brutalidad, la pobreza del mayor número de nuestros conciudadanos, no como accidentes producidos por causas en las cuales ellos no tienen culpa, ó en la cual tenemos todos los demás una parte, sino como algo de congénito en los mismos, adquirido por natural tendencia; con lo que deben ser considerados casi como de una raza inferior á la nuestra: lo cual halaga más profundamente nuestra vanidad. ®

Con efecto, no se puede explicar de otra manera el desprecio con que se suele echar en cara al pueblo sus defectos y sus miserias, y la facilidad con que nos inclinamos

á creer que no hay remedio ni para aquéllos ni para éstas. La señora elegante se horroriza si se le asegura que su hermoso hijo, el abogado, esperanza del foro y honra de los salones, no habría sido distinto de aquel obrero que vocifera por la calle con la chaqueta al hombro; el cual plebeyo habría llegado á valer lo que su distinguido heredero, si no ya desde la cuna, si á la edad de diez años al menos, hubieran cambiado su respectivo puesto en el mundo. Aunque el operario sea bueno, honrado, y hasta inteligente, aquella madre señora se encuentra que existe un abismo entre ambos hombres, una diferencia semejante á la que puede haber entre un blanco civilizado y un negro salvaje.

Nuestro amor propio nos ha conducido á dar una importancia desmesurada á ciertos refinamientos de modales, de vestidos, de lenguaje y de gustos, considerándolos así como caracteres fisiológicos de una familia aparte, dentro de la familia humana; y la separación casi continua que hay entre nosotros y el pueblo en la vida social, ayuda á mantenernos en aquel erróneo concepto. Mil ejemplos de madres desnaturalizadas, de hijos ingratos y crueles, y de

hombres bestialmente sensuales ó bastos ó feroces que nos presenta cada día nuestra clase, no nos quitan de la cabeza la idea de que la dureza de corazón, la rapacidad, el furor de los bajos placeres, y la brutal violencia, sean casi cualidades específicas y características de las clases inferiores. Y esta preocupación, que es en los más un sentimiento sobre el cual no han meditado nunca, falsea todas nuestras ideas sobre las cuestiones sociales, llena nuestro espíritu de prevenciones irracionales y tristes, no nos deja ver en el mundo sino una sociedad culta y floreciente, que es precisamente la sociedad de los salones; tras de lo cual, la muchedumbre inmensa se nos aparece como una sombra que vaga sin otra mayor importancia que la del fondo oscuro de un cuadro, allá en los últimos términos, con respecto á las figuras principales que en el mismo campean, grandes é iluminadas.

*
* *

De esta verdad se tienen pruebas eloquentísimas en la lengua y en la literatura.

Sería un estudio curioso buscar todos los nombres de oficios humildes, aunque nece-

sarios y honrados, que se emplean todavía como un insulto, ó que sirven de términos de comparación para el escarnio, como cuando quienes los ejercitaban, esclavos ó siervos, no tenían el derecho de resentirse si se les aplicaba aquellos nombres despreciables; y más curioso sería aún escoger hasta en los escritores menos aristocráticos de ideas y más suaves de ánimo, las palabras y las frases irracionalmente injuriosas para toda clase de pueblo, usadas por aquellos sin intención malévolá y por la pura fuerza de la costumbre. En un drama de un célebre escritor francés, por ejemplo, hay un perfecto caballero, respetable y bueno por todos conceptos, que en un ímpetu de cólera, dice á un joven: —*Eres más cobarde que un ladrón y que un lacayo.* ¡Diantre: más vil que un criado!

Y sin embargo, en su larga vida de caballero, aquel autor dramático le sirvió sin duda más de un criado, que no sólo no sería vil, sino que quizás fuera hartó respetable, y al cual el amo no habría osado leer siquiera aquellas palabras.

Otro escritor de ánimo generoso, admirable por el uso concienzudo y prudente de las palabras, al describir la sacudida de

un pueblo que, después de muchos años de privaciones y de aniquilamiento á que lo había conducido un Gobierno inicuo, pierde la paciencia y asalta una panadería, donde, no sólo no mata á nadie, sino que deja en la contienda dos muchachos muertos y muchos heridos por las pedradas de los defensores, llama á aquella multitud tumultuosa la *gentuza*, ó lo que es lo mismo, el montón despreciable de villanos.

Buscando, buscando, se encontrarían innumerables ejemplos que no saltan en la lectura á primera vista. Y esta tendencia se advierte hasta en la educación intelectual, y en especialidad en la literaria, la cual fomenta, más que en ninguna otra, el orgullo, puesto que en vez de inspirar á la juventud sentimientos de compasión hacia tantos prójimos excluidos por necesidad de los goces delicados y fecundos del pensamiento, induce á aquella juventud, precisamente por esto, á despreciar á sus semejantes, como si no se levantasen hasta aquellas puras emociones, no ya porque no pueden, sino porque no quieren, y como si no quisieran á consecuencia de un sentido inmovible de aversión y odio, que debe ser castigado con el soberano desdén de los ilustra-

dos. El *profano vulgo* es una expresión típica que fotografía aquel desprecio.

Y uno de los efectos más dignos de notarse en tal educación es que haya escritores de elevado ingenio y de corazón noble, que aborrecen ciertos ideales de renovación social, á los cuales reconocerían de buen grado grandes ventajas para todos, únicamente porque están convencidos de que en la nueva sociedad bajaría la importancia y el crédito de la aristocracia intelectual. Todo esto está retratado en la iracunda exclamación de *¡ignorante!* que lanzan con frecuencia como un anatema á cualquier pobre diablo que por miseria no ha podido siquiera pasar por las aulas de un Instituto.

* * *

Muchas de estas cosas las ve ó penetra el pueblo con toda claridad; otras tiene la intuición confusa de ellas, ó las adivina ó sospecha. De aquí nace, en gran parte, la brutalidad, la insolencia, el cinismo, la grosería misma que se le echa en cara. De nuestros juicios orgullosos é injustos, de nuestro lenguaje despreciativo ó compasivo, el pueblo se venga con juicios atroces y con len-

guaje injurioso para nuestra clase. Odia la justicia y la autoridad, en nombre de las cuales, hasta en nuestras privadas contiendas, le amenazamos con demasiada frecuencia, y siempre dándonos aire de que no dudamos de que tendremos á aquélla de nuestra parte. Se ríe por amor propio ofendido de la cultura, y afecta despreciarla porque se le hace injustamente responsable de carecer de ella. Exagera la crudeza de los modales para escarnecer los refinamientos de la educación, de la cual ve que formamos barrera para separarnos de él. Detesta é insulta el lujo, porque comprende que no lo amamos tanto por sentimiento culto de lo bello, como porque sirve para mostrar nuestra superioridad y acrecentar la sujeción é inferioridad del pueblo. No nos agradece la cortesía, ó la rechaza porque comprende que no se es galante espontáneamente, ni la empleamos con el pueblo en la medida y forma de las cuales usamos con los que llamamos nuestros iguales ó de nuestra clase. Experimenta una acre complacencia al introducirse en medio de nosotros, en los sitios públicos, con ademanes y palabras de una familiaridad impertinente, porque sabe bien que su contacto nos

molesta, y hasta nos ofende. No ama, por último, antes por el contrario, desdén aquel trabajo manual que ve honrado por nosotros de palabra, pero despreciado de hecho, con mil señales indiscutibles.

Los justos y los benévolos de nuestra clase, no son en número bastante para compensarle de los procedimientos de la gran mayoría; ésta, voluntaria ó involuntariamente, le punza, le huye, le empuja como á cosa molesta; escapa de él como de una infección; lo considera como una especie de estiércol social, necesario sin duda para hacer florecer á los señores, pero del cual se querría, naturalmente, poder prescindir.

La sorda acrimonia que siente el pueblo, no se origina tanto del sentimiento de su inferioridad económica, cuanto de todas estas sensaciones desagradables acumuladas; y de la seguridad de que se considera únicamente como maldad natural, baja envidia y avidez de los bienes de que carece, lo que en realidad es, por el contrario, en gran parte, debido á un justo resentimiento provocado en él por la conducta de aquellos que poseen dichos bienes; los cuales, no contentos con gozarlos y defenderlos, hacen

de los mismos motivo de soberbia, y quisieran ser honrados y venerados, como si la posesión de la riqueza constituyese signo sagrado de una predilección divina.

*
* *

De esa verdad se deberían persuadir los padres y las madres, los profesores y maestros, para romper aquella tradición funesta de las preocupaciones, de los modales y del lenguaje, que avivan continuamente en el pueblo la división de las clases, amargando el sentimiento de la pobreza.

No es preciso ser socialista; basta tener corazón y buen sentido para desear que prevalezca en las clases superiores una nueva manera de comportarse con el pueblo; un modo, fundado en un respeto sincero y grave, en una indulgencia sabia, en una benevolencia que no tenga ni asomos de compasiva caridad ó de que se dignen los superiores descender hasta los inferiores; una forma que dulcifique el ánimo y levante la dignidad de quienes sean objeto de estas consideraciones.

Cada vez que me detengo en estas reflexiones, me viene á la memoria un colo-

quio singular entre dos ciudadanos americanos, al cual asistí en una solitaria factoría de las Pampas argentinas.

Habían trabado conversación un grande gaucho de cuarenta años, de aspecto rudo y preocupado, y el Presidente de la República, á quien el gaucho no había visto jamás. Ambos estaban de pie, uno frente al otro, erguidos y con el rostro levantado; ambos con el sombrero puesto, y al hablarse, se miraban frente á frente. No observé en la cara del gaucho ni una sonrisa, ni un movimiento, ni un gesto, ni una mirada, que expresase timidez, complacencia, admiración, intención obsequiosa, ni tampoco la menor altanería. Y precisamente él reflejaba á su vez el semblante y la actitud del Presidente, el cual, ni hablaba expresando sentimiento de superioridad, ni intención de cortesía, ni deseo de obsequio, ni esfuerzo alguno para aparecer sencillo, ni sospecha de dar temor ó idea de producir placer á su interlocutor.

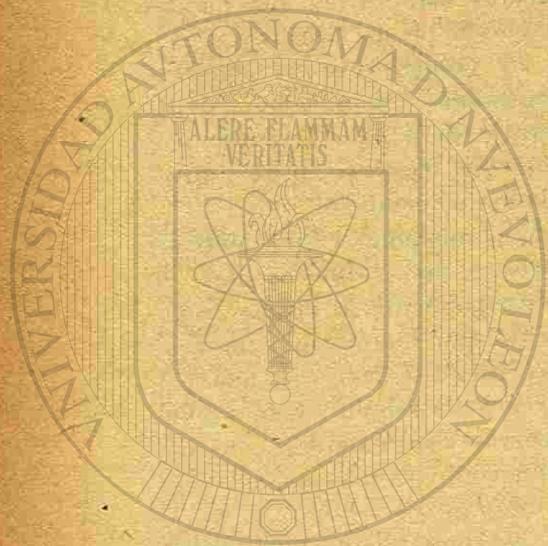
Aquél hablaba con la misma cara y con la misma voz natural y tranquila, con la cual habría conversado con un camarada suyo de la Pampa acerca de un asunto indiferente á entrambos. Éste hablaba, á su

vez, de la misma manera con que habría conversado con uno de sus Ministros.

Á quien los hubiera visto ú oído sin saber quiénes fuesen, y no mirando á la diferencia del traje, no le habría pasado por la imaginación que existiera entre ambos diferencia alguna de condición social.

Terminado el coloquio, el Presidente se tocó el sombrero y dijo: —Buenos días; el gaucho hizo exactamente lo mismo, repitiendo en el mismo tono, como un eco: —Buenos días. Aquél se acercó de nuevo á sus Ministros y á su séquito. Éste volvió entre sus carneros y sus caballos; y ni uno ni otro se volvieron para mirarse, una vez separados.

Pues bien: esta me parece una escena de la vida social del porvenir. Aquéllo que vi allí (y que allí es efecto de la indole nacional y de las condiciones particulares de vida de los habitantes de las Pampas) llegará un día que se vea en todos los países, por efecto de la profunda transformación social que se prepara; y esto sucederá cuando todos los hombres hagan su propio camino, pisando la tierra y sin que ninguno camine montado ó á cuestas en la espalda de una muchedumbre envilecida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CLAVEL ENCARNADO

A las once y media, mientras la camarera subía la escalera con grande dificultad, Alba, con la cartera del dibujo bajo el brazo, salvaba los escalones de dos en dos, llamaba a la campanilla con fuerza y se sentaba en el comedor, donde la esperaban el padre y la madre con los regalos por el día de su cumpleaños.

En un abrir y cerrar de ojos todo lo tocó: el ramo de flores, la sortija, el libro ilustrado y el canastillo de costura, brillando todo sobre la mesa puesta para almorzar, iluminada con un rayo de sol; después, dió gracias, riendo, abrazó y besó con ímpetu al padre y a la madre, y luego... se dejó admirar.

Estaba más hermosa que nunca aquella mañana: sus cabellos ondulados, y sus grandes ojos, parecían más negros que de costumbre, y el hermoso clavel rojo ro-

deado de violetas, formando un ramito que adornaba su pecho, prendido en los botones de su jubón blanco, no resistía la comparación, con el color de aquellos labios de la diminuta boca caprichosa é imperiosa de Albina.

Su padre estuvo un minuto contemplándola en adoración; y sus ojos, llenos de ternura, contrastaban particularmente con los amenazadores bigotes grises, que le llegaban desde la boca casi hasta las orejas. Bastaba una mirada para advertir que aquel buen hombre, con cara de soldado viejo y manos de antiguo obrero, más temido que amado de los 250 trabajadores de su gran fábrica, una de las más florecientes de Turín; bastaba una mirada, repetimos, para comprender que el Sr. Mazzi no era otra cosa que el servidor humildísimo de aquella chiquilla de doce abriles, en la cual parecía que se había afinado la sangre señorial de su padre.

Bella, hija única, delicada de salud, tenía todas las condiciones requeridas para ser el tirano de la casa. Una larga enfermedad sufrida por ella dos años antes, á causa de la cual perdió un año de estudio, y por cuya razón repetía ahora el último

curso de la escuela elemental del Municipio, había consolidado todavía más su imperio en el hogar doméstico.

A cada nueva imposición de Albina juraba el Sr. Mazzi que sería la última á que se accediera; pero cuando la veía entristecerse por una negativa, ó recurrir al arma terrible del ayuno para hacer triunfar su voluntad; cuando, sobre todo, veía hincharse por la cólera aquel hermoso cuello blanco y delicado, como si estuviera á punto de estallar, le faltaban todas las fuerzas para la lucha al rudo padre. Todavía intentaba una última prueba de resistencia, invocando el socorro de su esposa, la cual, con su blandura propia de una rubia gruesa é histérica, le aconsejaba ceder, en gracia á la paz, y luego... cedía en aras de la paz misma.

Así había crecido libremente en el ánimo de Alba una apretada é intrincada vegetación de pequeños y grandes defectos; la cual, sin embargo, no había sofocado la flor de la bondad y de la compasión, nacida en ella, y mantenida viva por una especie de casi maravillosa intuición, acerca de las miserias y de los dolores del mundo, que apenas conocía.

Cuando se creyó Alba suficientemente admirada, dijo á su padre:

—Papá, tengo que pedirte un favor.

Pero en aquel mismo instante apareció en la puerta la doncella, anunciando que el Sr. Boleri (abogado criminalista de ideas radicales, buen amigo de la casa), deseaba decir dos palabras al Sr. Mazzi.

Éste pasó á la vecina estancia, mientras que su hija, que entre otros defectos contaba también el de la indiscreta curiosidad, se aproximó á la entornada puerta para escuchar. Pero el diálogo no llegó á sus oídos más que á fragmentos.

Á las primeras palabras del abogado, dichas con su acostumbrado acento jovial, respondió el dueño de la casa con acento bien distinto:

—Lo siento, pero no puedo.

—Vamos, hombre—replicó el amigo,—no querrás desairar al Presidente honorario de la *Fraternidad Artesana*, á quien aquel pobre diablo ha venido á recomendarse. Es un buen obrero, al fin y á la postre; ha trabajado por espacio de nueve años en tu fábrica, y no has tenido nunca motivo para quejarte de él.

Mazzi repitió la anterior negativa, ex-

poniendo razones que la muchacha no oía. El otro volvió al asalto, y esta vez en serio:

—Está bien; pero piensa que hace seis meses busca trabajo y no lo encuentra; que al pedirte que lo vuelvas á admitir, reconoce su falta, si es que la hubo, y que, por último, tiene familia... y hambre.

El padre de Alba insistió en su actitud; quería hacer un ejemplar; sentía no poder acceder; habian pretendido luchar con él los obreros, y perdieron; tanto peor para ellos. Se trataba de una guerra entre obreros y patronos, y él no daba tregua; hacía lo que hacían ellos: servirse de todas las armas que tiene á mano. Así razonaba.

—Pero combates contra un desarmado, repuso Boleri; contra un vencido que te pide gracia.

—Me la demanda hoy y volvería á combatirte mañana. Es inútil que insistas. Lo tengo resuelto.

—¿Es tu última palabra?

—Lo siento por tí, que has tomado la cosa tan á pechos; pero es mi última palabra.

—Bien está—respondió el abogado, preparándose para salir. Te creía, no solamente más compasivo, sino más prudente

y ménos orgulloso. Que te haga buen provecho. Hazme el favor de darle á tu chica este ramo de flores y saluda á la familia.

El Sr. Mazzi volvió al comedor con la cara nublada y entregó á Alba el *bouquet*.

—Papá—le dijo ésta con voz débil,—admitite á ese operario.

—No—respondió el padre secamente. Pero se arrepintió inmediatamente de aquella dureza, y, suavizando el tono, añadió con dulzura:

—Hablemos de otra cosa, Albina mía. ¿No decías que tenías que pedirme un favor?

—Era ése precisamente.

—¿Cómo éste?—exclamó el padre deteniéndose en medio de la sala.

—Sí—replicó la niña acalorándose poco á poco,—era ése precisamente.—María Cinzano, compañera mía de escuela, hija de tu obrero, me ha hablado esta mañana, diciéndome que vendría un abogado á hablarte, para recomendarte á su padre; y ella me pidió que yo interviniese en el asunto... y haz, me dijo, que lo vuelva tu padre á admitir. Está sin trabajo; nos hallamos en

la miseria... y me ha regalado este ramito, por ser hoy el día que es para mí... yo le he contestado que sí. Después de esto, ¿podrás tú contestarme que no, y en el día de mi cumpleaños?

Y se abalanzó al cuello de su padre.

Pero con grande admiración suya, observó que no se sonreía.

—Tú has dicho que sí—le dijo con el semblante serio, porque tienes buen corazón; no te lo censuro, mas no puedo darte gusto.

—Pero, ¿por qué?

—El por qué no puedes comprenderlo.

—¡Ah! Lo comprendo bien. Son las razones que has dicho al Sr. Boleri, pero esas no son razones. Y luego, ¿cómo he de ir á decirle á mi amiga que has contestado que no, cuando hoy precisamente tenía que componer una pequeña redacción sobre el asunto de un señor caritativo que salva de la miseria á una infeliz familia? ¿Cómo encontraré la idea apropiada para este tema que me ha tocado en la escuela?... Te advierto que están en la miseria. Es preciso que lo sepas. ¡Ah, demasiado lo comprendo! Hace un mes que veo cambiada á mi amiga; está demacrada, sabe Dios lo que come, quizás sólo pan negro, cuando lo

haya; ya no estudia, y viene á la escuela con los ojos siempre llorosos; y ¿habré de ir á su encuentro para decirle que se muera de hambre?

—No hablemos más de esto—deslizó el padre.—Basta y sentémonos á la mesa.

—Corriente—murmuró la muchacha,—pero si ella no come, yo tampoco.

—¡Alba... te castigaré!

—Castígame.

El Sr. Mazzi cruzó los brazos sobre el pecho, y volviéndose hacia su mujer, que estaba sentada en el sofá y que escuchaba sonriendo:

—¿Sabes que esta chiquilla rebasa ya todos los límites? Nunca se ha visto una audacia semejante...—Y después, volviéndose hacia la muchacha, siguió: ¿Qué obligación tengo hacia un bribón que me plantó de la noche á la mañana, cuando tenia necesidad de él, y que ahora, reducido á la miseria por su culpa, me ofrece su trabajo, que no necesito?—Y volviéndose de nuevo á la mujer, continuó:—Figúrate, un presumido, un traidor, que el año pasado se puso al frente de una docena de compañeros, labrando su intriga á escondidas; formaron... una especie de sociedad cooperativa, y después, de

pronto, se despidieron de casa, y con qué aire. Fuéronse á ofrecer su trabajo á mis clientes, acuden al Municipio, hicieron hablar á los periódicos, y al cabo de algún tiempo, como era natural, están con las piernas al aire, después de haber consumido los fondos reunidos aquí y allá, Dios sabe cómo... y yo deberé ahora volver á tomar al cabeza de motin, para complacer á ese gran protector de todos los vagabundos y desocupados, mi amigo el abogado Boleri... Y volviéndose otra vez hacia su hija, añadió:—Tú no conoces á los obreros, ni sabes cómo son, pobre niña. No sabes qué casta de perros son todos ellos.

—Pues tú también has sido obrero—respondió con firmeza la muchacha.

—Sí, es cierto, y me enorgullezco de ello, porque era diferente de todos estos otros; por eso los conozco bien, y los trato como se merecen.

—No merecen ser tratados mal. Tú no habrías llegado á ser rico si no hubiesen trabajado por ti.

El padre se quedó mirándola y añadió:

—No parece sino que me han hecho una gracia. Ellos me dan su trabajo y yo les doy mi dinero.

La muchacha estuvo reflexionando un momento y luego replicó:

—Pero ellos te hacen ganar mucho más de lo que tú les das, y por eso te haces rico.

Á estas palabras, el Sr. Mazzi exclamó:

—¿Qué dices? ¿Quién te ha enseñado á razonar así? Y después de un momento de reflexión, añadió con mayor cólera: —Esta no es harina de tu costal... ¿Es acaso la maestra quien te imbuye semejantes cosas?... En los tiempos que corremos, no sería maravilla... ¿Lo he adivinado?... ¡Ah! Bueno; iré á decirle cuatro verdades á tu maestra.

—No ha sido ella— se apresuró á responder Albina.

—¿Quién, pues?... Lo quiero saber, ¿lo entiendes? y, ó me dices quien te ha enseñado esa manera de discurrir, ó voy mañana por la mañana á ver á tu Profesora.

—Lo he leído.

—¿En dónde?

—En unos libritos que tienes, y que tú mismo has traído á casa.

—¿Qué libritos? ¿Dónde están? Enseñámelos—gritó Mazzi con rabia.

Y Albina penetró, seguida de su padre, en el despacho. Abrió el armario de los

libros, se inclinó y sacó de un cajón de la parte inferior, bajo un gran álbum de dibujos de máquinas, varios opúsculos empolvados, y se los presentó á su padre. Eran: el *Catecismo del obrero*, el *Derecho al trabajo*, *Reflexiones de un desocupado*, que el mismo Sr. Mazzi, meses atrás, había arrancado de manos de ciertos jóvenes trabajadores de su fábrica. Habiendo visto Albina esconder aquellos folletos á su padre, como fruta prohibida, picada por la curiosidad, los había desenterrado y hojeado.

El Sr. Mazzi se ruborizó de indignación, exclamando:

—¡Hasta á tí había de llegar esta infamección! ¡No me faltaba más! Cogió los opúsculos, y haciéndolos pedazos, los arrojó á un rincón; y ahora—añadió levantando el índice de la mano derecha—ahora, ni una palabra más sobre este particular ¿me has entendido? ni ahora, ni nunca. Á la mesa, señorita!

Sentáronse á la mesa, y la hija apenas probó bocado. El padre, resuelto á mantenerse duro, hizo como que no reparaba. Ya

era tiempo, ciertamente, de que se mostrase hombre firme, si no quería llegar á ser el juguete de aquella chicuela.

No pronunció palabra el Sr. Mazzi durante el almuerzo, pero á medida que tocaba á su fin, iban cambiándose en su ánimo el sentimiento de la cólera por el del dolor, observando que, á pesar de las exhortaciones de su madre, Albina no comía.

¡Lo que son las cosas! Un día como aquél que él había imaginado iba á ser tan alegre. Otros años, en aquel día solemne, salía á plaza la historia de la pequeña, recordando sus picardigüelas de niña, sus primeras palabras, sus ocurrencias más ingeniosas, los pequeños triunfos de su belleza altiva de morena, todo lo cual había hecho palpar de orgullo al pobre padre. Aquel almuerzo había siempre sido una verdadera fiesta, mientras que ahora veía ayunar á su hija, con el semblante adusto y triste al propio tiempo, tragando él mismo un pan envenenado, con el corazón lleno de despecho.

La miraba de reojo, casi timidamente, porque conocía su terquedad y sabía que era capaz de pasarse en seco una semana por puntillo de amor propio, haciéndole sufrir

las penas del infierno, y exponiéndose á buscarse una enfermedad. Y todo por la bella cara de aquel gandul que le había ya procurado tantas otras incomodidades... ¡Ira de Dios! Al pensar que por culpa de aquél, su hija le proporcionaba tales penas; al recordar las pretendidas razones que había pescado la chiquilla en aquellos maldecidos librejos para arrojárselas al rostro con aquella petulancia, no se sentía capaz de conmiseración y se afirmaba más y más, con todassus fuerzas, en la resolución adoptada; y fijaba sus ojos sobre aquel semblante pálido, coronado de negros cabellos, casi en actitud de desafío, como si tratase de ejercitarse en la insensibilidad que necesitaba mantener por algunos días, si había de restaurar su autoridad paterna, en ruinas.

El almuerzo acabó como había empezado, tristemente, y con el último bocado en la boca, el Sr. Mazzi salió de la habitación, con paso firme y resonante; y Albina, que, siendo jueves, no tenía escuela por la tarde, permaneció en casa para escribir con mil esfuerzos, aquella composición cuyo

argumento le había señalado la maestra, acerca de la familia indigente, salvada por el rico benéfico.

Por la noche, la cena no fué más alegre que el almuerzo. La señorita comió apenas una hoja de lechuga y un bocadito de pan que hizo como que tragaba con gran trabajo, permaneciendo muda y cejjunta. Llegado cierto momento, sin embargo, el padre perdió la paciencia, y dirigiéndose á su mujer, exclamó:

—Sacude tu pereza. ¿Cómo puedes tolerar?... ¿No tienes nada que decir á esta impertinente que ayuna adrede para torturar á sus padres?

—¡Dios mio!—respondió con placidez la señora.—Sabes bien que con esta bendita criatura no se puede luchar ni vencer, y además... después de todo... da prueba de tener buen corazón. Conténtala de una vez, y que esto acabe. Me parece lo más fácil.

El Sr. Mazzi montó en cólera.

—¡Oh! Esto es maravilloso. Vaya un sistema de educación. ¡La madre, con menos juicio que la hija! ¿Pero no comprendes que si volviese á admitir á aquel bribón, me vería precisado á admitir á los demás, y que sería un desdoro, un acto de debilidad que

me quitaría por completo la autoridad en la fábrica? ¿Pero es posible que tú no comprendas jamás estas cosas? ¿Acaso tengo yo la culpa?... ¡Ah, qué consuelos me ofrece la familia!

Y arrojando la servilleta en la mesa, se marchó á su cuarto, sentándose allí en la obscuridad, y permaneciendo largo tiempo, masticando su rabia. La ira, sin embargo, no le privó de tener el oído alerta, esperando de un momento á otro percibir el paso de su hija. Quería convencerse de si no vendría como todas las noches á darle el beso de despedida. Y en el fondo de este pensamiento se encontraba la esperanza de que en aquel instante que es propio de las ternuras, cuando todo se acomoda entre padres é hijos, ella habría pedido perdón. Transcurrida media hora, oyó con efecto sus pasos y se enderezó como para ponerse á la defensiva y no perdonar en el primer momento; pero perdió un poco en sus fuerzas al notar que los pasos, en lugar de ser inciertos y tímidos, como esperaba, eran resueltos.

Cuando se vió delante la graciosa sombra de su hija, destacándose en la pequeña claridad crepuscular de la ventana,

estuvo á punto de aferrarla y estrecharla contra su pecho. Pero se contuvo.

Ella murmuró con voz fría:

— Buenas noches, papá.

— ¿No tienes más que decirme? — preguntó el padre.

La muchacha titubeó un momento; luego respondió:

— Admite á Cinzano.

— ¡Todavía! — gritó el Sr. Mazzi, poniéndose en pie de un salto... — ¡Ah, esto es demasiado! No. ¿Lo has oído? No, jamás, jamás. ¡Aunque ayunaras un mes entero! ¡Vete á la cama!

La chica se marchó sin responder, con paso de rebelde.

*
*

Transcurrida una hora, y después de haber andado por la casa, el Sr. Mazzi se paró con la luz en la mano, delante del cuarto de Albina, poniendo el oído en la cerradura de la puerta. Llegó hasta él el rumor acompasado de una respiración: dormía sin duda. Después de un momento de incertidumbre, abrió con sumo cuidado, y poniendo una mano delante de la llama de la bujía, entró de puntillas.

La muchacha estaba con todo el busto descubierto. Nunca le había parecido tan hermosa; pero sobre aquel rostro dormido, se pintaba todavía la tristeza; su labio inferior sobresalía un poco, con el gesto de las bocas infantiles, cuando se quejan del castigo ó de la riña y hacen pucheros por contener el llanto. Su respiración le pareció un tanto afanosa. De pronto se estremeció el padre al observar que tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como una muerta. A su imaginación excitada le pareció que aquella nariz aguileña se había adelgazado desde el medio día, que aquella carita se había demacrado, y con verdadera angustia le tocó ligeramente las manos para separárselas, con objeto de que no ejercieran presión sobre aquel corazón anhelante; y cuál sería su terror al ver entre sus dedos una mancha roja que le pareció sangre... Miró con más atención, y... reconoció el clavel rojo de Maria Cinzano. Entonces respiró, permaneciendo pensativo. Pobre Alba: mantenía la flor regalada por su amiga, sobre su corazón. ¡Era afectuosa y buena! Y se presentó á su mente la imagen de aquella otra niña que también en

aquel momento dormía quizá, con respiración afanosa, agitada en sueños por la dulce esperanza ó por presentimientos siniestros. Mas se rebeló de pronto ante la idea de la misericordia que iba á vencerle, apoderándose de su sentimiento otra vez, un raptó de coraje, al pensar que aquellos malvados habian descaradamente abusado de la bondad de su hija para llegar al logro de sus fines, turbando la paz de su hogar doméstico. ¡Qué canalla! ¡Pobre hija! Ya se repondría Albina y entraría en razón, mientras que aquellos miserables se morirían de hambre, en castigo á su perversidad!

Albina, además, era un carácter, por otra parte, que se debía corregir, un cerebro que era preciso regularizar. ¡Tener aquellas ideas á su edad!... ¡y en su condición social!... Picada ya del virus del socialismo... ¡ella! ¡su hija! Y pensó quitarle aquella flor contagiosa de las manos, para ponerla en aquel vaso de agua que estaba en la mesa de noche. Un sentido de respeto le contuvo, y después de haberla contemplado otro rato, con semblante melancólico salió sin hacer ruido, marchándose á dormir... viendo siempre ante sus ojos á la

hija atormentada, con aquella mancha roja en el pecho, como si estuviese herida en el corazón.

* * *

A la mañana siguiente, el Sr. Mazzi no fué, como de costumbre, á dar los buenos dias á su hija, antes que ésta se levantase. Alba se affigió mucho, porque esperaba que con el beso matutino le habria concedido la petición. Y se levantó con el firme propósito de proseguir la lucha.

Fué al comedor, donde la esperaba el café con leche, y colocando sobre la mesa como una insignia de guerra la copa de agua en que habia colocado el clavel rojo, se sentó ante la humeante taza, separó el pan, y estuvo esperando que se asomase su padre á la puerta, para hacerle ver que persistía en el ayuno provocador.

Se asomó en efecto, y echada una mirada al pan intacto, arrugó la frente y cerró la puerta. Entonces Alba golpeó la mesa con la cuchara y se mordió los labios... Todavía, sin embargo, abrigaba una remota esperanza. Todas las mañanas tenía ella la costumbre de coger una flor de las macetas en la terraza para colocársela en el ojal de la levita á su padre, quien salía orgulloso

y coquetón con aquel recuerdo diario de su hija. ¿Se habría marchado aquella mañana sin esperar la flor?...

Acaso, acaso no había esperado este mímico matinal, porque se aproximaba la hora de clase, y el padre no volvió á aparecer en el comedor. Por último, se vió obligada á ir á buscar los libros á su cuarto. Su padre salió de él mientras ella entraba. Acaso había ido, como en otras ocasiones, á leer á escondidas su composición. Esto le pareció á Albina una buena señal. Tosió, pero el padre no respondió. ¡Oh, con cuánto gusto se habría doblegado á suplicarle con las más dulces palabras que no quería ir á la escuela con la vergüenza de aquel *no* sobre la frente. Pero conocía á su padre demasiado la maquiavélica muchacha, y sabía que si existía algún medio de conseguir algo de su padre, no era ciertamente el de deponer las armas é inclinar la cabeza. Por esto no se movió para ir en busca del enemigo. Arregló los libros y los cuadernos con una última esperanza, pero ¡ah! oyó los pasos de su padre que se alejaba, oyó abrir y cerrar la puerta de la calle, apagándose aquella esperanza postrera.

*
*
*

Se fué á la escuela acompañada de la muchacha, con el corazón lleno de confusión y de tristeza, reteniendo el paso y parándose á cada instante á fin de llegar tarde, cuando todas sus compañeras estuviesen sentadas en sus sitios, y María Cinzano no tuviese tiempo para hablarla.

Albina se decía para sí amargamente: —O no sabe nada todavía, y vendrá á mi encuentro llena de esperanza, con el rostro bueno y sonriente, ¡y con qué cara le daré yo la triste noticia! ó le han dado ya la respuesta de mi padre, y la veré más pálida que lo de costumbre, descorazonada, con los ojos llenos de lágrimas ¡y entonces, cómo podré mirarla siquiera!

Pero María no se le presentó bajo ninguno de aquellos dos aspectos. Entró Albina en la escuela en el momento que entraba la maestra, y vió sentada á aquélla en su sitio, en el primer banco, encontrándose inmediatamente con sus ojos, que la esperaban.

¡Cómo le traspasó el alma aquella mirada aguda, fría, sarcástica, casi feroz, que le echó de arriba á abajo mordiendo el mango de la pluma! Era una mirada de odio y de desprecio, la sonrisa irónica de una enemi-

ga, la declaración de una guerra sorda é implacable que ya no la habría dejado jamás en paz. Alba se estremeció; pero por un sentimiento de altivez, se hizo fuerte, y debiendo pasar por delante del banco de su compañera para ir al suyo, detuvo el paso para disimular su temor. Pero fué peor para ella. María Cinzano, cuando Alba pasó á su lado, tuvo tiempo para susurrarle al oído con voz sofocada y casi silbando:—«Tu padre no tiene corazón.»

Alba sintió como una puñalada que le hubiese taladrado las sienas. Fué á su sitio con pasos desiguales, medio muerta y con los ojos ofuscados por densa niebla.

La maestra empezó la lección, pero ella nada percibía. Resonaba continuamente en sus oídos, como silbido de serpiente, aquella terrible palabra repetida mil y mil veces. Experimentaba hacia su padre un sentimiento de amarga compasión, una mezcla de envilecimiento y de rabia, y una tristeza profunda. De vez en cuando lanzaba una mirada á su enemiga, que le volvía la espalda encorvada sobre el banco, y sentía de pronto una violenta necesidad de vengarse, y una viva y melancólica commiseración á la vista de aquellos hom-

bros huesudos y de aquel cuello delgado como un hilo, que le hacían pensar en las privaciones y los disgustos á que su padre la condenaba; y apoyando los codos en el banco, se oprimía la cabeza con entrambas manos, haciendo grandes esfuerzos para no romper á llorar.

La maestra, una buena madre de familia, que medio á escondidas, mientras se daba la lección, remendaba la ropa á sus cinco pequeñuelos, observó á través de sus gafas verdosas el semblante desfigurado de la muchacha; y para distraerla de su tristeza sin preguntarle la causa, la llamó para leer la composición en su cuaderno como solían hacer todas, al lado de la mesa, en la plataforma, mientras la profesora seguía la lectura leyendo en la copia en limpio.

Alba salió de su banco y fué á la plataforma.

Faltáronle casi las fuerzas cuando se encontró sola allí, frente á frente de la masa escolar, con el cuaderno abierto entre las manos. Era un nuevo y peor suplicio para ella tener que leer en alta voz, á un paso del primer banco, casi cara á cara de María Cinzano, aquella desventurada composición, en la cual se alababa á un señor

benéfico que mediante un acto de generosidad y de delicadeza, salvaba de la desesperación á una familia pobre, siendo recompensado con calurosas gracias y ardientes bendiciones. ¡Qué sangrienta ironía!

Empezó por leer con voz tenue, con los ojos velados, como si estuviese leyendo el acta de acusación contra ella misma y contra su propio padre. No veía, pero percibía la mirada venenosa de su compañera sobre su cara, sentía que cada una de sus frases sobre la caridad y la generosidad de aquel protagonista munificente, provocaba una sonrisa de escarnio en aquella boca, á la cual su padre había negado el pan. Al llegar á cierto pasaje, impulsada por no sé qué curiosidad dolorosa, levantó los ojos un momento de la lectura y vió aquella mirada y aquella sonrisa. La voz se le escapó, subió á sus mejillas una oleada de sangre, y le tembló el cuaderno entre los dedos. Se venció, sin embargo, y recuperado el ánimo, volvió á leer, con el semblante cada vez más pálido y con un hilo de voz. Pero, de repente, cuando volvió la página para leer las últimas líneas, sus ojos se fijaron dilatados en la página de la derecha, donde

no habia ella nada escrito, como atraídos por algo inesperado.

—Siga V.—le dijo la maestra.

Pero la muchacha no contestó; sus ojos brillaban, su cara se encendió, se le hinchó el pecho, y de repente, con impetu extraordinario, arrancó la hoja del cuaderno, y arrugándola, se la arrojó á María Cinzano, que, asombrada, la cogió en el aire y la estiró sobre la banca. La maestra, admirada, se quedó inmóvil. María Cinzano leyó lo escrito en la hoja, permaneciendo un momento como en sueños; después colocó un brazo encima del papel, inclinó la frente sobre el mismo y se echó á llorar. Entonces Alba saltó desde la plataforma y besó á su compañera en la cabeza. Ésta le echó los brazos al cuello y le susurró en los oídos, sollozando: —¡Perdóname!

En el papel estaba escrito con lápiz, y en grandes caracteres: «Dirás á María Cinzano que su padre puede volver á la fábrica y que será bien recibido.»

Palpitando de alegría y de gratitud, apenas acabada la clase, Alba devoró el camino hasta su casa, haciendo ahogarse á

la criada que la seguía. Por poco no arrancó el cordón de la campanilla. Entró en el comedor como el huracán, se arrojó al cuello de su padre y le cubrió la cara de besos, sin hablar, con un impetu que le quitaba el aliento y le hacía brillar dos lágrimas en los ojos. Después que lo abrazó es cuando vió allí la cara jovial del abogado Boleri, con el cual el Sr. Mazzi, que había anticipado la comida, estaba para salir.

—Bien, bien—dijo el padre benévola-mente;—pero no creas que son tus escenas impertinentes las que han hecho que me doblegue.

Y la madre, con su flemática dulzura, añadió sonriendo:

—Ha sido el ramito de flores que te vió entre las manos mientras dormías.

—¡Ah! ¿Luego tuve una buena idea?—exclamó la muchacha batiendo las manos.

—¿Cómo *una buena idea*?—preguntó el padre.

—Sí—respondió Alba sonriendo,—la idea del clavel. Sentí que andabas en la puerta; sabía bien que acabarías por entrar. Entonces tomé el ramito de María Cinzano y fingí que dormía. Pensé: Papá es tan bueno,

que viéndome con la flor sobre el corazón le enternecerá y hará lo que deseo.

El abogado Boleri soltó la carcajada, pero el padre dió un paso atrás incomodado.

—¡Ah! Eso está mal hecho; ha sido una comedia. Esto me amarga la satisfacción...

—Vamos—repuso el letrado,—¿no has dicho que querías combatir á los obreros con toda clase de armas? Tu hija ha puesto en práctica tus mismos principios para conseguir sus fines.

—¡Oh, papá—le gritó Alba cogiéndole por un brazo—no me pongas esa cara, ya que has sido tan bueno! Ahora estás colérico, y yo no quiero. Y dirigiéndose á un rincón de la sala donde estaba en un vaso el clavel de la amiga, se lo puso en el ojal de la levita, diciendo:—Vete á la fábrica de buen humor. Allí encontrarás á Cinzano; trátale como has prometido en el cuaderno, y piensa que llevas sobre el corazón la flor que me regaló su hija.

El padre la contempló un instante y después la besó en la frente.

Pero cuando estuvo en la calle repitió á Boleri, apretando los dientes, su acostumbrada frase:

—Esta es la última; ¡juro al cielo que es la última vez que me vence!

—¡Qué disparate! —repuso el abogado;— ¡es la primera vez! Quiero decir que es el primer triunfo de una serie de nuevas victorias... lo mismo que tu hija es quizás la primera de una nueva generación de señoritas. Todas las grandes luchas sociales, querido amigo, empiezan por escaramuzas entre padres é hijos; la familia es el primer laboratorio de toda idea nueva. ¿Qué pretendes? Quieres que tu hija sea solamente buena para ti; y por el contrario, es hasta más justa que tú, y hasta ve más lejos. Tú eres el siglo décimonono; ella es el siglo xx: *uno armado contra el otro...* Y luego, se llama Alba; le has dado un nombre profético; prepárate á la lucha y conforta tu ánimo pensando que en mil familias como la tuya ocurrirá exactamente lo mismo. Resígnate desde ahora, porque en esta batalla, no serán los viejos los vencedores.

—¡Tonterías! —exclamó Mazzi cejjunto, y como distraídamente, hizo ademán de quitarse del ojal el clavel rojo.

—No; déjalo ahí—le dijo Boleri, sujetándole la mano, al observar el movimiento;—no serías cortés con tu hija, y ade-

más... te cae bien: te da el aspecto de... un joven socialista.

Mazzi hizo un gesto de desdén, pero sonrió y dejó el clavel en el ojal.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UN COMITÉ ELECTORAL SOCIALISTA

HACE cuatro años, una noche de Otoño, fui por primera vez a llevar mi óbolo al Comité electoral socialista. Estaba en una de las más pobres casas de una de las más viejas calles de Turín.

Atravesé dos patios oscuros, subí casi á tientas por una escalerilla, y entré en una habitación baja y desnuda, mal iluminada por una pequeña luz de petróleo colocada sobre una mesa sin barnizar, alrededor de la cual estaban sentados tres jóvenes obreros que escribían. No creo que ningún Comité electoral democrático haya tenido jamás instalación más conforme con la austeridad de sus principios.

En un rincón, sobre una caja, había un polígrafo de precio mínimo; en medio de una pared, un pedazo de papel manuscrito, fijado al muro, con la frase de Garí-

baldí: «El Socialismo es el sol del porvenir», paquetes de circulares amontonados en el suelo; ningún mueble, si se exceptúa la mesa y dos bancos; las paredes, manchadas de humedad; las ventanas con cristales rotos...; en suma, el aspecto de una cárcel.

—¡Pobre Comité socialista!—dije para mí;—¿qué podrás hacer desde aquí dentro?

Y pensando en otros Comités que en aquellos días se agitaban en grandes oficinas, en los salones de los periódicos, en los círculos de los partidos militantes, en las hermosas salas alquiladas *ad hoc*, en fondas, donde se preparaban las otras candidaturas, con cientos de servidores, con miles de pesetas y con innumerables medios de coacción y de corrupción, de los cuales pueden servirse todos los demás partidos políticos, y se sirven, para comprar conciencias y tener votos; y comparando aquel poderío lejano con aquella miseria presente, confieso que fui presa de un sentimiento de compasión y de tristeza, mezclado de aquel descorazonamiento amargo que nos produce la humillación de una persona querida, y una desconfianza repentina me venió: haciendo con sinceridad esta declaración, que me honra poco.

Me apoyé en una de las paredes y me puse á discurrir.

Entre tanto, entraban otros. Al entrar, tiraban al suelo las cerillas que les habían servido para iluminar la escalera. Eran obreros que venían del trabajo con los cabellos enmarañados y las manos negras; estudiantes, empleados, maestros, hombres maduros y jovencillos, alguno que otro encanecido. Entraban de dos en dos, en grupos, ó de uno en uno, y siempre en silencio. Algunos parecían cansados, otros preocupados. Pero apenas entrados, y estrechada la mano de los amigos, cambiaba la expresión de aquellos semblantes. Después se aproximaban á la mesa, y cada uno daba su óbolo en sucjos billetes de á peseta ó de cincuenta céntimos, ó en cuartos, que contaban en las manos. Daban los unos la botella de vino de que tenían necesidad; se privaban los otros de la provisión de tabaco de la semana; quién sacrificaba el precio de la localidad del teatro de aquella quincena, quién la merienda en el campo que hacía un mes venía preparando para un domingo...

—¿Y para qué?—pensaba yo mirándolos. Conocía una buena parte de ellos, y ha-

bía charlado con muchos. Ninguno esperaba una victoria, y ni siquiera una manifestación electoral notable. Nadie, aun confiando en acontecimientos extraordinarios y favorables y en la difusión maravillosamente rápida de la idea socialista, esperaba en una mejora cualquiera del propio estado; muchos, de un cambio próximo del estado social, tenían más bien que temer daños que no esperar beneficios, y yo sabía que lo sabían. Y, sin embargo, daban su dinero con la complacencia manifiesta de quien cumple un deber, del cual está profundamente persuadido.

En el rostro de todas aquellas gentes se transparentaba una conciencia firme y tranquila para servir una causa justa, estando en la plena posesión de la verdad, queriendo el bien de todos, y siendo dueños del porvenir. Se podía estar seguro de que no había allí entre ellos ni ambición oculta, ni conciencia comprada, ni voluntad obligada, ni consentimiento desconfiado.

Veía jóvenes estudiantes que llamaban por su nombre á obreros de cincuenta años; manos blancas que estrechaban manos negras; círculos de personas de todas clases sociales, entre las cuales resaltaba un

acuerdo de sentimiento, una forma de familiaridad que no había visto jamás en ningún tiempo ni en ningún país. Me parecía ver los elementos de nuestra sociedad disuelta, buscándose y uniéndose en un modo nuevo de sociedad, animado por un nuevo concepto de la vida y del mundo, dirigida por nuevas razones de estimación y de afecto recíproco y por leyes nuevas de respeto y de cortesía, más sabiamente civilizadas, más sinceramente cristianas que aquellas que vi seguidas en todas las demás reuniones ó comercio social de ciudadanos de distinta clase. Aquella reunión era para mí á un tiempo una realidad y una visión que apagaban un vago y ardentísimo deseo de toda mi vida.

Y á estos pensamientos, de repente, como por una llama, al impulso de un soplo, mi fe se reanimó.

—¡Ah! aunque creyere que todos sois unos ilusos (pensé para mí), os amaría y os admiraría igualmente, jóvenes simpáticos, rudos trabajadores, pobres viejos, que no tenéis otro impulso para esta obra y este sacrificio que la esperanza de un bien, del cual no gozaréis; y que soportando con valor las durezas de la vida y sofocando las

iras provocadas y desafiando las persecuciones públicas y sacrificando la paz doméstica, fundáis vuestra esperanza en el derecho del voto, conquistado con la sangre de vuestros padres: ó sea en la libertad, en la razón, en el presentimiento del triunfo necesario de la verdad y de la justicia!

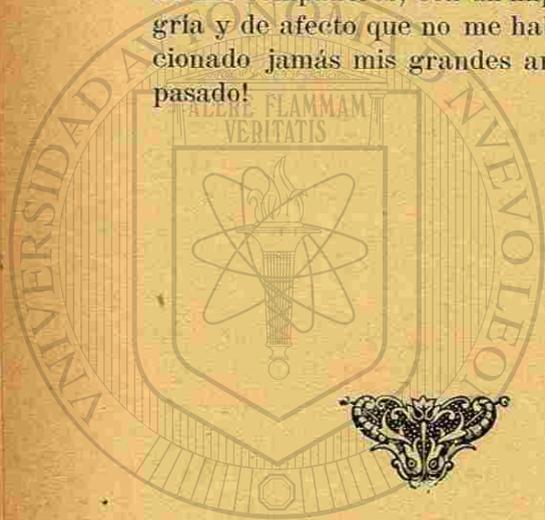
Pero no, vosotros no sois ilusos, porque la verdad no puede estar del lado de la ambición, del mercantilismo y del egoísmo; la verdad está en vuestra conciencia libre y serena; está en la santidad de vuestro ideal; está en la fraternidad generosa que condena y corrige las injusticias de la fortuna; está en la fe invicta que da á los jóvenes una madurez precoz, que rejuvenece á los hombres maduros, consuela á los ancianos y ennoblece á todos. Y toda propaganda de cada una de las grandes ideas predestinadas á mudar el mundo, ha empezado como ésta, en sitios oscuros, entre paredes desnudas, en medio de gentes desprovistas de todo, odiadas, calumniadas, escarnecidas, mientras los defensores del pasado, armados y ricos bajo todos conceptos, se daban buena vida divirtiéndose en espléndidos salones donde recordaban los aplausos de los

parásitos, y creyéndose seguros del presente y del porvenir.

Y de repente, con gran estupor, no porque faltase un lazo entre el pensamiento y la fantasía, sino por lo súbito de la aparición, vi ante mi la estatua de Ledru-Rollin, contemplada años atrás en París, erigida sobre su pedestal con una actitud profética, con la mano extendida sobre la urna como diciendo: «Aquí está la salvación.»

Y entonces, recorriendo el tiempo con la imaginación, vi aquella pobre habitación ensancharse, abrirse otras salas lejanas, unas tras otras, en todos los barrios de la ciudad, todas rebosando, con una muchedumbre semejante á aquella que tenia ante mis ojos; y todas aquellas multitudes agitadas y ardientes, saludaban con vivas frenéticos los anuncios de las grandes victorias electorales que llegaban uno tras otro de los barrios y cuarteles y de todas las pequeñas y grandes ciudades de Italia; y entre los *vivas*, las manos blancas buscaban las manos negras y se abrazaban jóvenes y viejos, cambiándose los afectos fraternales y filiales de aquellos que hoy se amenazan y se odian.

Corté el soliloquio y penetré en el grupo de mis compañeros, con un impulso de alegría y de afecto que no me habían proporcionado jamás mis grandes amistades del pasado!



A LOS NIÑOS «IRREDENTES» (*)

PARA EL 1.º DE MAYO

UN saludo á vosotros en este día de fiesta y de esperanza, en el cual todavía no pensáis.

Jamás tan piadosamente como en este día os busca y abraza nuestro pensamiento, recorriendo por todos los países *civilizados*, donde la ambición de riqueza de una parte y el hambre de otra, hacen que se incline la infancia con un trabajo que le contrista el alma y le devora las fuerzas.

Dentro de una atmósfera tétrica, velada por el humo de la fábrica, por las nubes de azufre, por el polvo de carbón, por los miasmas de las lagunas, pasa la procesión infinita de los pequeños trabajadores, desde

(*) Admitida esta palabra en español y no teniendo otra con que traducirla exactamente, la dejamos en la forma usual. (N. del T.)

los sepultados en las minas del Norte, que se arrastran desnudos en el fango y en las tinieblas, con el saco colgado del cuello, hasta aquellos que sudan en las bodegas de la Sicilia, enfermos y contrahechos, nutridos con un pan horrible, mojado en el nauseabundo aceite de sus propias lámparas; pasa el ejército misérrimo de los niños oprinidos, con las caras exangües y demacradas, con las manos y los pies heridos y llagados, los unos cayéndose de sueño, los otros llorando en silencio; filas de muchachos marchitos y anémicos, encorvados como viejos, que pueblan el aire de toses secas y de anhelos dolorosos; pasan los envenenados por el fósforo, los cegados por los hornos, los mutilados por las máquinas, los quemados vivos por las explosiones del *grisú*, los sepultados por los hundimientos, y mil ojos al pasar se fijan en los nuestros, apagados, duros, desdeñosos, suplicantes, que nos dicen:

—Tenemos una infancia sin cuidados, una adolescencia sin alegrías; tendremos una juventud sin salud y una vejez sin cariño, y á muchos de nosotros nos espera el hospital ó la cárcel, ó antes de tiempo la tierra donde otros chicos de trabajadores

nos esperan, innumerables, ó nacidos ya con la muerte en su propio sér, ó matados en la cuna por los narcóticos, ó acabados, aniquilados por los malos tratamientos y por la inanición... Éste es nuestro destino; ¿por qué?

Y otras cosas nos dicen aquellos ojos. Nos dicen:—La ley Protectora de la infancia, violada con mil engaños, la complicidad de los padres famélicos, el soborno de los inspectores, la indiferencia de las autoridades, la hipocresía de una sociedad civilizada que cree pagar toda su deuda dando la mano al uno por ciento de los miserables que ella misma sepulta; y la aberración de una caridad que va á buscar miserias y dolores á miles de millas de distancia de aquellos que le gimen alrededor; y la injusticia de un mundo que vitupera la inercia en aquellos en quienes se apagó por las fatigas precoces el amor al trabajo, y señala como causa única de la miseria los vicios que ella misma siembra y de que da el primer ejemplo, y castiga sin piedad los delitos á que es inducida tanta gente por una ignorancia y por una corrupción de las cuales no tiene culpa.

Y pasan todavía, y pasan sin cesar, los pequeños esclavos, resignados unos, protes-

tando otros, enfermuchos, atontados, temerosos, con el rostro desencajado, dirigiéndose á las cabañas, ó á las grutas, ó á las cuadras, ó á las buhardillas infectas de las grandes ciudades, donde la promiscuidad salvaje de los sexos acaba por corromper el cuerpo y el alma. Y mientras nos oprime el corazón aquel coro de gemidos y de imprecaciones, nos entristece más amargamente una voz llena y tímida que resuena por encima de aquel coro, y que nos dice: «No hay remedio.»

¡Ah! ¡No lo creáis, muchachos! Por cuanto hay de más sagrado en el mundo, os juro que no es verdad. Si lo fuese, deberíamos escupir sobre la palabra *civilización* cada vez que la encontrásemos impresa en los libros.

Llena es la voz que dice al miserable: «desespera». Vana es aquella que les dice: «esperad todo del cielo, y nada pretended de los hombres». Una fuerza inmensa se levanta en el mundo en pro de vuestros padres y de vosotros mismos, y es llegado el día en el cual ella palpita en millones de corazones y habla en millones de labios, por todas partes, donde llora un niño expósito, donde se extiende en vano á buscar

trabajo un brazo viril, donde suspira un anciano sin pan, después de haber trabajado mientras le duraron las fuerzas.

Y no solamente entre vuestros compañeros de fatiga y de decaimientos se levanta aquella fuerza, si que también en las bellas casas que envidiáis, en medio del bienestar de los placeres que vosotros no gozaréis jamás; de esa parte se adelanta una generación que vosotros creéis indiferente ó desdeñadora de vuestros dolores; una muchedumbre de niños y jóvenes, de manos blancas y de semblante sonrosado, en cuya mente entra cada día una idea que ofusca su serenidad, que atormenta sus conciencias, que conmueve, dilata y levanta sus corazones, que les empuja hacia vosotros, que los prepara á los sacrificios generosos y los arma y los amaestra para combatir con amoroso valor por la causa vuestra y de vuestros hijos.

No; los hijos nuestros no tendrán en el porvenir, pensando en la infancia de los trabajadores, la malhadada visión que llena nuestro pensamiento de tristeza y de vergüenza.

La infancia se ahorrará, porque todos los hombres trabajarán, y la producción

tendrá por fin la satisfacción de las necesidades comunes, no el lucro de unos pocos, y la máquina será sierva, no tirana del hombre. Vuestros hijos irán á la escuela, porque todos tendrán derecho á cultivar el espíritu hasta el límite señalado por el reconocimiento de la aptitud y de la dignidad del hombre civilizado; crecerán contentos y benévolos hacia todos, porque no crecerán ya en la miseria tétrica y la fatiga bestial que confunde la conciencia y pervierte el corazón: amarán el trabajo y la vida porque éste será debido y recompensado humanamente, y aquélla no será ya una guerra fratricida para la cual unos nacen armados y otros inermes, en la cual, por un fuerte ó un astuto que triunfa, mil débiles sucumben, sino una lucha ordenada y honrada de todos para cada uno, y de cada uno para todos, de la cual aparecerá la necesidad y la justicia con la misma luminosa evidencia con que nos aparecen aquellas verdades elementales que son los fundamentos propios de la razón y de la conciencia humana.

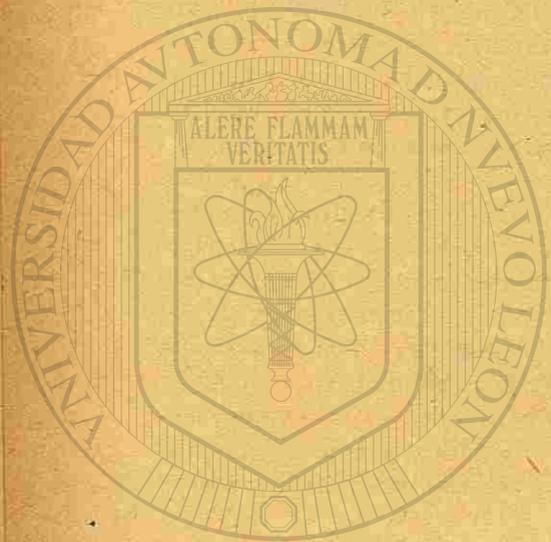
Si: éste es el porvenir, como es cierto que nos sustenta la tierra y nos ilumina el sol.

¡Y vosotros, niños, fijad en el ánimo la

fecha del 1.º de Mayo, que nada os dice todavía! Un día llegará en que esa fecha os quiera decir también á vosotros: concordia, esperanza, victoria, pacificación; Cristo ha vuelto después de veinte siglos para repetir de nuevo: «*Dejad que los niños vengan á mí*»; ó lo que es lo mismo: dejad que sean niños, que crezcan con la sonrisa en el rostro y con la frente elevada al cielo, porque Dios no quiere que se amase la riqueza con la sangre de las venas infantiles y con el tuétano de sus huesecitos y con el precio de su inocencia y de la bondad de su alma.

¡Cristo volverá, hijos míos: hay que celebrar su futura vuelta, invocarlo y confiar en él: y hasta vosotros percibiréis que Él se aproxima!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



RECUERDO DE LAS CATACUMBAS

FEBA delante de nosotros lentamente, llevando encendido el cerillo y arrastrando las sandalias, un pequeño fraile. Por algunos sitios tenía el corredor casi la anchura de sus hombros y nos cubría con su sombra.

Es violenta y triste la primera impresión que se experimenta bajando desde la grande Roma, llena de luz y de vida, á aquel frio cementerio subterráneo donde sobre la muerte ha pasado todavía la devastación, y donde se ven unidos todos los más tétricos aspectos de una cueva, de una gruta y de una cárcel.

Se camina de mala gana por aquellos parajes, percibiendo el olor húmedo de la tierra, desconfiando del piso desigual, y pensando con inquietud que si el fraile desapareciese, se perdería el aliento á fuerza

de correr y hasta quizá la razón, antes de encontrar la salida.

Pero poco á poco, aquel laberinto de angostos corredores, aquella hilera de bocas sepulcrales que renegrean por las paredes, como grandes bocas semiabiertas, aquellos pequeños huecos dedicados á los oficios del culto, donde los fieles se agrupaban estrechamente, como cuando esperaban en los circoes la irrupción de las fieras, todo esto atrae y subyuga el pensamiento.

Si todavía queda, entrando en las Catacumbas, algún pensamiento profano, cede, desaparece ante la vista de la primera ampolla de vidrio inerustada en la pared, en la cual buscáis las huellas de la sangre que fué encerrada en ella, y casi un último movimiento de la vida que huyó de las venas del mártir; si queda algún pensamiento profano, huye á la primera lectura de alguna de aquellas inscripciones sencillas, conmovedoras, como *Pax Tecum* y al lado el nombre de pila, que no os parece leer sino oír proferir á vuestro alrededor, por la voz apagada de quien amó y sepultó á aquel que se llamaba de aquella manera.

El fraile se detenía de cuando en cuando, para iluminar la cripta de una familia,

de la cual ha desaparecido todo resto, ó los nombres de peregrinos de otros siglos, grabados en la piedra, ó una figura sutil, dibujada en la pared y al lado de la cual blanquean unos cuantos huesos: y nos parece que aquellos ojos nos miran profundamente con mirada inmóvil de mil ochocientos años, como si esperasen con fe invencible el cumplimiento de una promesa.

Pero más que nada, nos detienen los huecos mortuorios de niños, tan estrechos al parecer, que ni aun su pequeño cadáver podría entrar en el vano, á menos que se le embutiese á la fuerza como cuerpo todavía vivo que se rebelase á entrar en la sepultura. ¡Ah! Allí también están los niños que os llegan al corazón; aquellos pobres pequeños cristianos, echados á dormir unos sobre otros, amontonados, casi aplastados, oprimidos hasta en la muerte por la tierra, como habian sido en la vida por el terror, y tan alejados de la luz del día y lo verde de los campos, embutidos allí más que sepultados, como carne maldecida.

Y al surgir los sentimientos de piedad, cae toda la repugnancia que producen aquellos lugares. Una curiosidad grave y reverente os lanza hacia adelante por aquel

laberinto tenebroso; buscáis con ávidos ojos epitafios de los sepuleros, como si no todos os debiesen ser ignotos; sentís poco á poco como una opresión y sacudida del vínculo que os unía á los muertos que allí reposaron, y el nombre de cristiano que ellos tuvieron común con vosotros, os resuena en el ánimo con nuevo sonido dulce y solemne; os guía bajo aquella bóveda, por último, casi lejano recuerdo de recuerdos lejanos suaves y misteriosos, que pasan por la mente en tropel, sin forma ni palabra, á manera de melodía apenas comprendida...

¡Cuán alejada os parece la capital de Italia! Pero más en lontananza aún, los monumentos y manifestaciones de otra religión, las soberbias Basílicas doradas, las lujosas carrozas pontificales, que habéis visto poco antes encima de vuestras cabezas, en aquel mundo donde brilla el sol.

* * *

Se baja á otro piso de la galería y se vuelve á andar en la sombra, tras del fraile. La luz ilumina, al pasar, corredores laterales donde apenas cabe una persona, y que tuercen en la oscuridad á los pocos pasos

de la entrada; se perciben otros caminos rellenos de arena y otros principiaos á cavar y dejados sin concluir, los cuales se enlazaban quizá con una red de subterráneos más vasta y complicada. Se pasa bajo bóvedas que hacen inclinar la frente; se baja algunos pasos como hacia la orilla de un precipicio, luego otra vez se sube lentamente, se torna á descender, se vuelve y se revuelve y parece que se anda sobre los propios pasos, reconociendo en crucijadas, cubiculos, sepulturas vistas anteriormente, cuando en realidad todo es nuevo.

A veces, el eco de vuestros propios pasos os engaña. Nos parece percibir el ruido de las pisadas de otras gentes detrás de nosotros, pasos que se aproximan y se alejan en los corredores de al lado, ó del piso superior ó del inferior, rumores como de gente sorprendida que huye y se desparra por todas partes, corriendo de puntillas.

En otros momentos, cuando el fraile avanza un breve espacio delante de vosotros, permaneciendo un tanto invisible, el ruido de sus hábitos y de sus sandalias, no parece el suyo; suena como si en vez de andar hacia adelante, se aproximase ca-

minando hacia atrás, y surge en vuestra fantasía como si fuera encuentro milagroso, como la aparición de un espectro de aquella necrópolis que estaba esperándoos al volver de la esquina, inmóvil y mudo, cerrando el paso como á incrédulo sacrilego; y entonces la mente empieza á soñar y veis pasar vagamente á lo largo de las paredes negras, á la claridad oscilante de la lucecilla, hombres pálidos y austeros, cabezas inclinadas, caras estoicas, ojos encendidos por el llanto y la esperanza, que se fijan en nuestros ojos con expresión de bondad inefable; grupos furtivos de gente pobre y humilde, confusión silenciosa de niños, de ancianos, de siervos, de gladiadores, de colonos, de patricios que marchan con paso lento, con lámparas de arcilla en la mano, y pasean como sombras por aquellos recintos; y de los largos caminos llegan á vuestros oídos salmodias de infinita dulzura, y por las puertas de los cubículos, sollozos de madres que colocan en la fosa los cuerpecillos de sus ángeles, diciendo con acento de sobrehumana certidumbre: —«Te volveré á ver; espérame tranquilo, hijo mío»—y escucháis á vuestras espaldas los pasos graves y el respirar anheloso de los

fieles que traen los cuerpos lacerados por las fieras y destilando sangre...

¡Cómo debían amarse! ¡Cómo debían amar á su Dios vilipendiado, escarnecido, sirviendo de befa, pintado en los muros con cabeza de animal, pendiente de un patíbulo infame! Y aquellos cristianos daban la carne al fuego ó á las torturas ó á las fieras, antes que confesar que no amaban á su Dios y no creían en Él. Ante tales imágenes se dilata é ilumina el pensamiento dentro de aquel laberinto fúnebre que vió tanto adiós supremo, tanta resignación, tanto dolor, valor tanto; comprendéis con la misma reverencia amorosa que la memoria de aquellos muertos os inspira, ser vosotros sus hijos y sus herederos, pero con sentido agudo de amargura, con la amargura de no poder dar al servicio de vuestra fe, el santo amor de la pobreza y el heroico desprecio de la vida, con el cual ellos profesaron sus propias ideas.

La imaginación entretanto os produce durante aquella peregrinación un singular engaño: vuestro pensamiento no se ocupa de la Roma actual, sino que lo que sentís sobre vuestra cabeza es la Roma antigua: pensáis y sentís como si al volver á salir [al

aire libre, debiéseis encontraros entre los esplendores y los horrores del Imperio de los Césares, y cuando se os presenta la imagen de la Roma moderna, que habéis convenido con vuestros compañeros de viaje en visitar una hora más tarde, os produce un sentido tan marcado de extrañeza, que quedais maravillados de vuestro mismo estupor, como si se tratase de un caso jamás experimentado, de doble conciencia.

Se baja todavía otro piso, y de éste á otro, respirando un aire que parece cada vez más frío, en medio de una obscuridad que parece cada vez más densa, en un nuevo laberinto de galerías estrechísimas que suben y bajan, que se abren á lo largo y se entrecruzan; que se ensanchan en unos lados, flanqueados de tumbas, de criptas, de oratorios donde al rayo de la lucecilla creemos siempre ver brillar las pequeñas redomas de vidrio con la sangre de los mártires; donde todo se repite al parecer con uniformidad; donde se perciben las mismas figuras de antes, pintadas ó grabadas en los muros, de abiertos ojos, con aquella mirada

profunda que pregunta y espera una respuesta.

En algunos puntos, los corredores se estrechan, las bóvedas se bajan, todos los huecos se empequeñecen, haciendo el efecto de que la tierra está para cerrarse tras de nosotros, y sepultarnos vivos. Entonces se apodera del ánimo un sentimiento de opresión, un estremecimiento en que las ideas se desesperan ante aquella soledad obscura de todos aquellos cementerios colocados unos sobre otros, encima de nuestras cabezas, de todos aquellos intrincados ámbitos, de todas aquellas filas de sepulcros, de todas aquellas sombras informes que se han visto alargarse sobre las paredes, de todos aquellos pasos misteriosos, cuyo eco ha herido nuestros oídos, de todas aquellas miradas vacías de las figuras pintadas en los muros.

Pero basta aun entonces, el nombre de una muchacha desconocida, con una palma burdamente dibujada al lado, y con aquella simple indicación de *mártir*, grabado todo ello con líneas y caracteres desiguales en la piedra, para que vuelva el ánimo al estado primitivo, resucitando el sentimiento dulce y luminoso, el mismo que se experimentó anteriormente, é igual á la impresión

sentida y soñada en los días más puros de la primera juventud, ante la imagen de Cristo. La mente pasa desde aquella necrópolis á las otras cuarenta ya descubiertas, y á las innumerables aún inexploradas, se espacia por toda la extensa y profunda obscuridad de esta ciudad subterránea donde habitaron millones de muertos, y que ocupaba por completo el recinto de Roma, y entonces se comprende toda la potencia prodigiosa del soplo que desde allí hacia afuera ha levantado el mundo, y conforta el ánimo esta idea, surgiendo en la inteligencia un grande pensamiento. Hélo aquí:

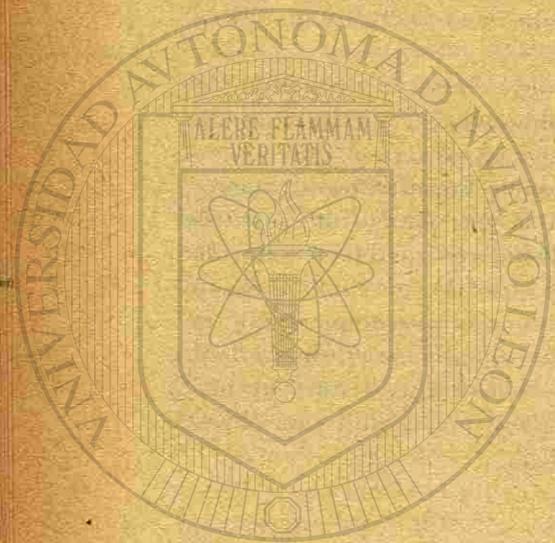
Si hay todavía en el mundo un amor inmenso y una inmensa esperanza, nacida de aquella que irradió de las catacumbas, la fuerza maravillosa que se libertó de estas finieblas, no ha muerto en los hombres; esa fuerza está solamente esparcida, ó sin conciencia de ella misma, ó comprimida; pero se recogerá, saldrá á nueva luz, se esparcirá victoriosa otra vez sobre la haz de la tierra, y derribará otros idolos mentirosos, y romperá otras cadenas inicuas y elevará ella también monumentos que desafiarán á los idolos, y cantará himnos á sus mártires en todas las lenguas humanas, y celebrará

sus victorias con las fiestas más poéticas y más solemnes que hayan existido, alegradas por el sol!

¡Si, la historia empieza de nuevo, los anatemas á los nuevos creyentes lo anuncian, porque no son otra cosa que un eco débil y temeroso de los antiguos ultrajes!

Esto pensaba yo, cuando un soplo de aire puro hirió mi rostro; la luceilla del fraile se apagó, y brilló sobre mi cabeza un rayo de sol. Pero no interrumpí el hilo de mi discurso, sino cuando estuve fuera de la iglesia de San Sebastián; y esto, por prudencia, al ver pasar por la calle una pareja de orden público.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



Á LOS CHICOS DE UN COLEGIO

QUERIDOS niños: Vosotros sois en vuestra condición presente como viajeros recogidos en la popa de un barco que está para zarpar emprendiendo largo viaje. Tened fe en una travesía feliz de variados y grandes espectáculos, alegrada por emociones gratas y nuevas, y por todas las comodidades de una vida tranquila.

Bueno es que tengáis esta confianza que constituye la poesía y la fuerza de vuestra edad; pero pensad desde este momento que no atravesarán sólo los iguales y los amigos, el Océano; que en el extremo opuesto del hermoso salón en que os sentaréis alrededor de una espléndida mesa; más allá del ancho espacio por donde paseáis libremente, leyendo y discuriendo sobre cosas agradables, va con vosotros una muchedumbre de gente pobre y abandonada, que

apenas cuenta con sitio para moverse, que está expuesta á la intemperie y á las enfermedades, y llena de tristes recuerdos, turbada por presentimientos siniestros, más melancólica aún, porque contempla vuestro alegre bienestar; y pensad desde ahora que ese gentío se compone de vuestros hermanos y de vuestras hermanas, que trabajaron y trabajarán para vosotros, y que os están ligados por el doble vínculo de la sangre, y de la religión de Cristo. Fijad en vuestra mente, ante todo, este pensamiento:

Que habéis nacido afortunados; porque aquellos que no reconocen y no aprecian en ellos mismos los favores de la fortuna, no ven y no compadecen en los demás las heridas de la desgracia.

No creáis, sin embargo, que vaya á censuraros que no apreciéis bastante vuestra condición privilegiada; porque nacidos con buena suerte, é inexpertos sobre todo otro estado, es natural que consideréis vuestra fortuna como cosa que se os debía, y todavía más aún, que no la estiméis suficientemente buena, y que os quejéis de muchas cosas que parecerían bienes inestimables y extraordinarios para los niños desdichados:

Pero reflexionad en lo que os voy á decir:

Por la noche, cuando en vuestro dormitorio del barco recordéis con amargura de prisionero el cuarto y la cama de vuestra casa, pensad un poco en los innumerables muchachos de vuestro país que en las grandes ciudades duermen en montón con sus familias, arrinconados en miserables buhardillas donde entra el viento por los rotos cristales de las claraboyas; ó en tétricos escondrijos de donde sacan la cabeza fuera de la entrada, para no morir ahogados en el impuro ambiente del cuchitril; pensad en los otros innumerables que duermen en infectas cuadras, en abiertas pocilgas, en cabañas donde se filtra el agua, en cuevas horadadas en las montañas ó entre las paredes de horribles zaquizamies, entre bestias y estiércol; pensad en los que duermen en el suelo pelado ó sobre la paja podrida, agrupándose y temblando de frío, sin otro cobertor que sus propios andrajos, ó en los que dormitan en carros á lo largo de solitarios caminos, ó en los que en el fondo de los barcos dormitan también agitados por las ondas, ó en aposentos de fondos ó de fábricas clamorosas, en donde sufren el suplicio de un sueño cien veces interrumpido; pensad en todos aquellos pobres muchachos que en-

vidian la casa al perro, la jaula á las fieras de las colecciones y que no son vagabundos ni ociosos, notadlo, sino que pasan la noche de aquella manera, después de haber trabajado durante el día entero en faenas duras ó repugnantes que estaríais obligados vosotros mismos á hacer si ellos no las hiciesen: porque son trabajos sin los cuales la sociedad no puede vivir; pensad en todo esto, muchachos, y no os parecerá triste el dormitorio, ni dura la cama, ni escaso el descanso.

Vosotros, como todos los chicos de vuestra condición, acordándoos de la mesa de familia, os soléis quejar de la comida del colegio. Y bien: cuando os sentéis á comer, pensad en la manera como se alimenta la mayor parte de aquéllos que cultivan la tierra, de la cual procede todo alimento; pensad que millones de ellos trabajan doce horas al día, al sol, á la lluvia, á la nieve, entre el polvo de las eras y en el agua de los pantanos, combatiendo, con una lucha sin tregua, con el fuego y el hielo, con la tormenta y con la escarcha, con los insectos y las criptógamas, temiendo el pedrisco que destruye en una hora la fatiga de un año, con las inundaciones de los ríos que devas-

tan los campos, con los diluvios de nieve que sepultan las casas; pensad en los que caminan descalzos sobre las piedras para no romper los zapatos, que andan diez horas á pie para ganar una peseta, que aguzan el cerebro para ahorrar un céntimo; pensad que miles de miles de ellos no pueden ni siquiera comprar toda la sal necesaria para condimentar la harina de centeno, de maíz, de avena, de todo menos de trigo, con que se quitan el hambre: pan que si lo comierais os revolvería el estómago; que no beben mas que agua durante todos los 365 días del año, que consideran la carne como un lujo de príncipes, y que se encontrarían felices si pudieran alimentarse una vez por semana con lo que vosotros os alimentáis dos veces al día... ¡Pensad en todo esto, muchachos, y tendréis por opipara la mesa frugal á la cual os sentáis!

Os quejáis alguna vez de los estudios fatigosos, de la libertad restringida, de la disciplina severa. Mas reflexionad sobre cuánto deberíais estudiar para que vuestro cansancio intelectual equivaliese al cansancio físico permanente de cientos de miles de trabajadores de vuestra propia edad.

Pero vosotros decís: esos trabajadores

trabajan con los brazos, mientras que nosotros lo hacemos con la mente; la naturaleza de ambas faenas es distinta; á cada uno lo suyo.

Está bien, pero puesto que de los dos campos ha tocado á vosotros el más agradable y fecundo, los otros tendrían derecho á deciros que para cumplir verdaderamente con vuestra obligación dentro de vuestra esfera, deberíais trabajar con mucha más constancia y mayor fruto de como lo hace la mayor parte de vosotros; ellos trabajan todos, y muchos, más de cuanto les consiente sus propias fuerzas; mientras que ¿cuántos de vosotros trabajáis de verdad y cuántos en toda la medida de vuestras fuerzas?

A vosotros os parece dura la vida de los estudios, que tienen, sin embargo, tantos reposos y tantas compensaciones: mientras que ellos carecen de vacaciones, de premios y de honores.

Os doléis de la falta de libertad, en tanto que ellos, agotadas las fuerzas, cuando ha terminado la jornada, no pueden siquiera gozar de aquella poquísima que les está concedida.

Vosotros os quejáis de la disciplina; ellos también la tienen; pero una disciplina sin

indulgencia y sin cortesia, que en vez de exhortar, amenaza; en vez de censurar, pega y sacude y castiga al culpable, arrojándolo sin pan en medio de la calle. Reflexionad en todo esto, muchachos, y estudiaréis con más ardor, y os parecerá más dulce el descanso y el recreo, y os resultará más fácil la obediencia.

Estudiad; pero no penséis que el privilegio de la cultura os da derecho á mirar con desprecio á la multitud que no sabe porque no puede ni pudo estudiar. No creáis tampoco que la cultura por sí sola, sin la fuerza de la razón, que procede en gran parte de la cualidad del carácter; sin el impulso del ánimo, que busca sinceramente lo verdadero y lo justo, basta á dar al hombre ilustrado una gran superioridad sobre el ignorante.

Pensad en que lo mismo hace desvariar la pasión que la ignorancia; que la mente docta de un hombre de ánimo malévolo no comprende muchas cosas, comprendidas por la inteligencia indocta de un hombre bueno y generoso; que quien emplea la propia ilustración sólo en beneficio de la ambición y de los propios intereses, despreciando y burlándose de la incultura de los

demás, no es otra cosa que un refinado bárbaro, armado de todas armas, en daño de sus hermanos, mucho más perjudicial á la sociedad que el perverso ineducado.

Meditad en que en la gran muchedumbre exhausta de todo estudio, hay también un gran número de inteligencias fuertes y agudas, con las cuales en muchas materias resulta ardua la disputa hasta para los ingenios más cultos.

Pensad en cuántos hombres nacidos de las ínfimas clases sociales y crecidos sin ninguna educación escolar, se han elevado con la simple virtud del buen sentido y de la experiencia, prestando grandes servicios á sus semejantes. Pensad en aquella sentencia de un grande italiano, que dice: «El sentimiento de benevolencia que surge en el corazón del fatuo, es más noble y más importante que el amplio y sublime concepto que nace en la mente de un gran pensador.» Pensad en todo esto, muchachos, y seréis modestos.

No os enorgullezcáis tampoco por el lenguaje y los modales de caballero, en los cuales os educó la familia y continúa educándoos el colegio; no quitéis á estos dones todo su mérito, considerando que quien no

los posee está destituido de las cualidades caballerosas del ánimo, porque las formas distinguidas no son sino un indicio, nunca una prueba. Pensad en cuántos hablan y tratan como señores por arte y costumbre, porque es necesario aquel arte para vivir y dominar ó mantenerse en la clase social en que se ha nacido, y que causas ligeras bastan á hacer mudar modales y lenguaje á quien más se envanece de poseerlos distinguidísimos.

Considerad cuán poca cosa es la bella forma de la conversación y del trato social con respecto á la profundidad misteriosa del alma humana, en cuya belleza se esconde, hasta que una casualidad hace que se desborden tantas fuerzas benéficas ó tantos maléficos instintos, de los cuales no tenemos siquiera conciencia vaga. Reflexionad todavía en que el hombre noblemente educado, no en las formas sólo, sino en el corazón, no mide su cortesía con la condición de las gentes con quien trata, sino que es cortés con todo el mundo de una manera tal, que se le reconoce á la legua, y que hasta comunica él á los demás y casi impone involuntariamente hasta á los más rudos, la delicadeza de sus propias mane-

ras. Meditad en que la inspiración y la norma de la más delicada cortesía proceden del sentimiento; considerad también cuánta bondad y cuánta benevolencia hay en el mundo, que tiene la voz dura y la palabra vulgar. Recordad cuántos actos admirables de generosidad, de caridad, de piedad se cumplen continuamente por gente ruda que no sabe expresar aquellos sentimientos con los labios... Pensad en todo esto, muchachos, y seréis amables y amados.

No busquéis tampoco satisfacción al orgullo en la conciencia de ser honrado, porque vosotros empezáis apenas la vida, y la empezáis bajo los más lisonjeros auspicios, sin sufrir ninguna de las privaciones, ninguna de aquellas necesidades dolorosas que tientan el ánimo y lo inclinan al mal. Considerad que ninguno se puede envanecer de ser honesto de verdad, hasta tanto que ha sido expuesto en una gran prueba, y que es demasiado fácil tomar por honradez el silencio de nuestras necesidades satisfechas. Del aborrecimiento que os inspira el delito no se deduce jamás la equidad que mide el grado de la culpa y que enfrena la tendencia funesta, que hace desesperar á la naturaleza humana. Pensad que una gran

parte de los más infames malhechores nacieron entre el vicio y la infamia, crecieron sin cuidados, sin escuelas, sin alegrías, sin fe; que odiaron porque no fueron amados, que son crueles porque fueron oprimidos, que son corrompidos porque vinieron al mundo con la sangre envenenada ó tuvieron envenenado el espíritu desde la cuna, y que fueron amamantados en el delito antes de tener razón y conciencia, empujados hacia él, hasta forzados por aquellos mismos que tenían el sagrado deber de educarlos en el bien, y que hasta se les impuso el crimen con la autoridad y la fuerza... y hubieron de sucumbir, obedeciendo, á la práctica del mal.

Reflexionad que se fabrican ladrones y asesinos de la misma manera que se fabrican los puñales de que ellos se sirven, y que muchas de estas armas son en sus manos lo que en las nuestras, los propios instrumentos de nuestras profesiones. Y en estas bajas pasiones, y en estas obras inicuas de la hez de la sociedad, tenemos todos un poco de culpa, todos: culpa de descuido ó de mal ejemplo ó de provocación ó de injusticia. Pensad en todo esto, amables chicos, y tendréis conmiseración...

Por último: en la hora en que estáis contentos del mundo, en la cual sentís más vivamente las satisfacciones de los sentidos, de la inteligencia y del amor propio que proceden de la risueña estancia, de la vida cómoda, del trabajo fácil, del culto de lo bello, de las lecturas agradables; pensad que para procuraros aquellas satisfacciones, concurren y concurren de continuo miles de criaturas humanas, que no disfrutaron de semejantes goces.

Considerad que para construir la hermosa casa que habitáis, muchos niños como vosotros han traído y llevado grandes pesos por escalas inseguras, á alturas terribles, bajo el fuego del sol y el azote del viento; que para extraer el carbón que os calienta, otros niños se han arrastrado encorvados con un saco á la espalda, cayendo y levantando en el fango y en la obscuridad de las galerías subterráneas, donde el calor achicharra las carnes; que para adornar, dorar, colorear, pulir mil objetos que os alegran la vista; que para traer os cien cosas necesarias ó superfluas de lejanas tierras; que para tejer los paños y las telas con que os vestís, fabricar el papel, fundir los caracteres de imprenta para los libros que os instruyen y

os deleitan, otro sinnúmero de niños respiran desde la mañana hasta la noche un aire impregnado de las emanaciones de substancias nocivas, en talleres estrechos y oscuros, entre vapores acres y estrépitos ensordecedores de las máquinas; reflexionad que para daros el bienestar y los placeres de que gozáis, una gran multitud de muchachos y de jóvenes crecen deformados por los trabajos precoces, mueren consumidos por la tisis, sucumben sepultados por los hundimientos de los desmontes, quedan aplastados por los accidentes del trabajo, caen al mar desde la punta de los mástiles, ciegan ante el rojo de las bocas de los hornos, permanecen mutilados cuando no pierden la vida por las ruedas y volantes de las fábricas, ó mueren quemados vivos por los gases y explosiones de las minas. ¡Pensad en todo esto, queridos niños, y honraréis la pobreza y amaréis á los obreros y bendeciréis el trabajo!

Sí, pensad en todo esto, y preparaos con esos pensamientos para el porvenir. Reflexionad en que no será el único ni el primero de vuestros deberes el abriros un camino honorable en el mundo, sino que deberéis procurar abrirlo también á otros;

que no basta desear el bien del prójimo, que es preciso afanarse para provocarlo; que no es suficiente ser bueno, sino que es indispensable suscitar la bondad á nuestro alrededor; que no es bastante ser honrados, sino que se necesita preparar con todas las precauciones y fuerzas posibles, que á la mayor parte de los hombres no les sea tan terriblemente difícil el conservarse virtuosos.

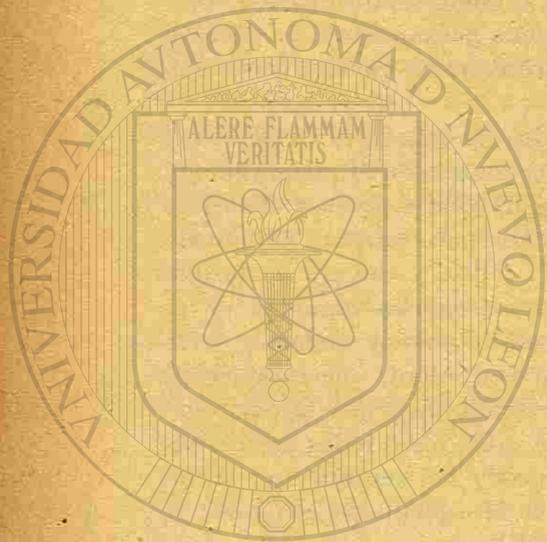
Recordad aquella muchedumbre que os señalé al principio, la cual viajará con vosotros á través del océano de la vida; pensad que ella trabaja y lucha para todos, con la fortuna y con la naturaleza, y que es pobre, no es ilustrada y es infeliz, y que confortarla, iluminarla, levantarla á un estado mejor, á que aspira y á que tiene derecho, es un deber de cada hombre, un interés de todos y de cada uno, y una ocupación suprema de toda sociedad cristiana y civilizada.

Formad por esto desde ahora el propósito de que cada vez que en el curso de la vida surja en vuestra mente ú os sea anunciada una idea ó sugerida una obra ó aconsejado un sacrificio que creáis útil al tal fin indicado, vosotros os dedicaréis á esa idea,

os entregaréis á esa obra, cumpliréis ese sacrificio con ánimo resuelto y altivo. Proponéos este noble pensamiento, y encerrad el generoso propósito en vuestro pecho con estas palabras:

«Amo á mis semejantes; llevo en el corazón sus dolores; creo en el mejoramiento del alma humana y en el proceso victorioso de la civilización, que extirpará del mundo la miseria y el delito, y elevará á las muchedumbres á una nueva dignidad en la vida; confío en la fuerza inmortal de lo bueno y de lo verdadero, que establecerá entre los hombres la justicia y la paz; consagraré á este santo ideal todas las fuerzas de la inteligencia y del sentimiento, infundiendo mi fe en el espíritu de mis hijos, y muriendo con ella.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CAUSA DE LOS DESESPERADOS

CIERTOS enemigos del socialismo nos dicen frecuentemente con acento despreciativo y dándose aires de que aducen un argumento de gran fuerza:

«El socialismo, en el fondo, no es otra cosa que la causa de los desesperados.»

Y emplean la palabra *desesperados* como si pronunciasen la de *proletarios*; y usando aquel vocablo, reconocen, sin quererlo, que quien nada posee debe entregarse naturalmente a la desesperación.

«¡El socialismo es la causa de los desesperados!»

¡Pues en esto precisamente está su fuerza! ¡Sería curioso que fuese la causa de los que gozan de bienestar!

Pero aquellos mismos que lanzan semejante sentencia, cuando hablan con un socialista *no desesperado*, le dicen:

—Usted, para ser consecuente, debería repartir hasta su último céntimo.

Lo cual equivale á asegurar:

—Usted debería reducirse á la condición de *desesperado*.

—¡Cómo! Si soy pobre, me decís que soy socialista para apoderarme de lo ajeno; si tengo algo, me decís que no soy socialista porque no soy pobre... ¿Qué lógica es ésta?

Y sin embargo, existe una cierta lógica en todo ello, aunque escondida. Y es la siguiente: que á aquellos socialistas que no tienen al cuello el nudo corredizo de la necesidad, no se les puede reducir al silencio con un tirón de la cuerda, como se consigue con tantos otros.

Pero, aun admitiendo que no esconda aquella lógica tal pensamiento, es fácil rebatirlo. No hay uno solo de tales polemistas que no asegure:

—«Yo también soy socialista; pero socialista cristiano.»

Y bien: si sois *cristiano*, ¿por qué, para ser consecuente, no dáis hasta el último céntimo á los pobres como os prescribe explícitamente Jesucristo? No tenéis ni siquiera la excusa de no poderlo hacer sin perder la independencia necesaria á vues-

tro apostolado; porque para predicar el cristianismo no se necesita ser independiente. ¿Por qué no lo hacéis los que afirmáis que basta el Evangelio para resolver la cuestión social?

A esta pregunta no me dió ninguno todavía respuesta satisfactoria.

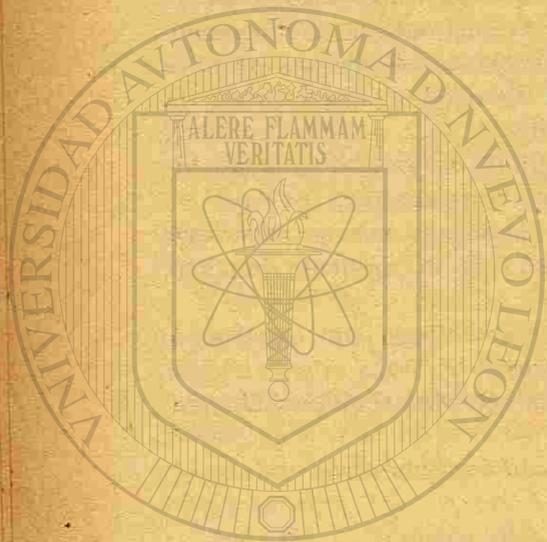
Uno solo, molestado por no saber qué contestar, saltó con la siguiente impertinencia:

—«Todos los socialistas son ustedes, ó tontos ó bribones.»

Estaba en mi derecho replicando lo que le repliqué:

—Y usted es lo uno y lo otro.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



EN UNA FESTIVIDAD ESTUDIANTIL

Á LAS NIÑAS DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

No puedo deciros más de todo cuanto sé os dicen en la escuela aquellas educadoras que tenéis alrededor, formando la más bella corona que puede honrar la infancia, y que hoy también como siempre se hallan más contentas y felices con vuestra alegría que altaneras y orgullosas de su propia obra.

Escuchad, pues, mis palabras como un eco de su voz; y aunque los primeros honores en este día se deben á las alumnas, dejad que á las maestras vuelvan, y les dirija el primer saludo en nombre de mis colegas y de vosotras; en nombre de las 10.000 niñas, á las cuales ellas dedicaron en el pasado año escolar sus frutos mejores; dejad que yo lo asegure de parte vuestra, y mien-

tras expreso á todas la gratitud pública, surja en el corazón de cada una de vosotras, el nombre de una de ellas, reverenciado y dulce como el de una bienhechora y una amiga.

Ellas os han dicho, sin duda, entre otras cosas: sabéis que el premio obtenido os debe dar ánimos para cultivar en lo sucesivo con más asidua tenacidad las bellas dotes intelectuales que os han dado honor; y os han añadido que no cultivéis únicamente (como tendemos á hacer todos) las facultades que experimentásteis ya como más fuertes, teniendo preferencia por los estudios que nos resultan fáciles, en daño de aquellos que cuestan más fatiga. No os fijéis tampoco en el concepto de poseer mayor ó menor aptitud para uno ú otro de aquellos trabajos varios que os son impuestos, porque sobre la índole y sobre los límites de una inteligencia salida apenas de la infancia, no puede formar jamás juicio exacto ó pronóstico cierto ni siquiera el maestro más sagaz.

Desconfiad, por el contrario, de las facultades más prontas y rápidas, las cuales con demasiada frecuencia, ó porque la seguridad las adormece ó porque el orgullo las exalta, nos hacen traición; y acordáos de

que son muy á menudo las facultades perezosas, las que, heridas por el amor propio ofendido, consiguen victorias más completas, y complacencias más profundas; y decid á aquellas de vuestras compañeras más inclinadas á descorazonarse, que por pruebas infelices no pierdan jamás la fe en sí mismas: porque muchas ruedas de la inteligencia no se ponen en movimiento en algunas, sino por la acción lenta del tiempo; y otras saltan y se vuelven casi de repente en edades diversas ó por las sacudidas de un acontecimiento, ó por el impulso de una pasión ó la estrechez de la necesidad; y es increíble para todos aquellos que no tengan experiencia, cuánto puede la voluntad y el ejercicio para fortificar, afinar y corregir este maravilloso y misterioso conjunto del entendimiento, que únicamente la indolencia acepta como completo é inmutable algo que nos es dado por la naturaleza.

Proseguid en el estudio las unas y las otras con el valor sereno de vuestra edad, en que todo pensamiento es una esperanza; y para excitaros en el trabajo, pensad que en el campo no surcado todavía más que en la superficie, encontraréis cavando vetas de metales preciosos y fuentes de aguas

saludables, de una virtud mayor que todas aquellas que habéis pensado, ideado ó imaginado; y que por la razón misma de que el trabajo más fácil es aquel de las primeras horas del día, el trabajo de los primeros años de la vida así lo es; y que cada conquista de vuestras inteligencias, será una alegría para quien os ama, y un orgullo para quien os amará, y un bien para quienes educaréis en el futuro.

Os han dicho otra cosa vuestras maestras: que vuestro entendimiento os impone un más estrecho deber, el de ser prudentes, buenas, modestas y corteses. Y la razón es manifiesta, porque vosotras, más que otras, estáis en grado y aptitud de comprender el motivo de vuestros deberes, y de discernir sus causas secretas y de prever el efecto saludable y triste de todo acto vuestro; porque la superioridad de la mente que vosotras, más que las demás, tenéis, os da la fuerza de dominar la voluntad, de gobernar el instinto, de suscitar y de alimentar en vosotras mismas los pensamientos y los afectos más dignos; y porque la corona del ingenio es como una corona usurpada si sobre la frente que la lleva no resplandece un alma hermosa.

Vosotras comprendéis esta verdad y daréis pruebas de comprenderla; mejor dicho, ya las dáis desde ahora seguramente.

Cuando de la conciencia, precisamente teniendo ingenio, nazca una tentación de orgullo, vosotras, para rechazarla, pensad en cuántos otros ingenios, acaso más felices que el vuestro, permanecen por falta de cultura desconocidos por ellos mismos y por el mundo como tesoro escondido; y cuántas nobles cabezas, hechas para el trabajo del pensamiento, pasan la vida encorvadas sobre una faena mecánica, porque no les ha tocado en la frente el dedo de la fortuna. Vosotras consideraréis que la vanidad del talento es hasta más culpable que la de la fuerza, porque no tiene siquiera la excusa de no comprender su estupidez; es carácter propio de quien tiene gran talento, sentirse humilde delante de los grandes horizontes de la Ciencia y del Arte, ante los cuales se desconcierta el entendimiento mezquino, y si hay hombres de alto ingenio que parecen soberbios, no es su soberbia sino una máscara con la cual cubren su cara para mostrar al mundo una frente más vasta: una pobre máscara transparente que cuan-

do están solos se quitan con desprecio, y no se la ponen nunca sino con vergüenza.

Vosotras no déis oídos ni siquiera á la voz del amor propio, cuando os digan que, si no por el ingenio, que es un don de la Naturaleza, podéis enorgulleceros de aquello que sabéis, porque es fruto de vuestro estudio. No: vosotras comprendéis cuánta parte de vuestra cultura debéis á la rara valentía de quien os enseña, al alimento que da al pensamiento la vida fecunda de las grandes ciudades que habitáis, y á las mil comodidades y excitaciones que os ayudan é instruyen en la vida, desde la escuela sana y alegre, hasta la fiesta en que resuena en cien corazones vuestro nombre; y para echar fuera toda vanagloria del ánimo, evocad la imagen de aquellos millares de niñas que han aquilatado el estudio hora por hora, por el trabajo y la pobreza, y que por valles fríes y por ásperos senderos, en medio de las nieves y de los hielos, caminan hacia una escuela donde falta fuego, para volver á una casa donde falta la luz y todo refrigerio al espíritu; y que mientras estudian lo que vosotras, y aprenden y hacen honor á sus pobres escuelas solitarias, piensan en vosotras algunas veces, como en her-

manas lejanas, como en criaturas privilegiadas por innumerables bienes, á los que no osan siquiera levantar el pensamiento para abrigar una vana esperanza de su posesión en el porvenir.

Y si á cualquiera de vosotras os tienta alguna vez el orgullo, naciendo de sentimientos del bienestar envidiado en que vivís, yo sé bien lo que os decís á vosotras mismas; vosotras, que tenéis talento para sofocar aquellas vanidades, os preguntaréis: ¿Qué mérito tengo por haber nacido entre las comodidades? El mismo que la mariposa por haber nacido con las alas doradas; y ¿cómo debéis ensoberbeceros por la riqueza que conquistaron vuestros padres? Cada uno en nuestra sociedad está tan estrechamente ligado al entrelazamiento de las necesidades y los auxilios recíprocos, con el trabajo de todos, que ninguno puede vanagloriarse de deber toda su propiedad á su propia obra, y ninguno puede desconocer que debe la mayor parte á la sociedad y á la fortuna, y ¿no es cierto, seguiréis diciendo, que lo superfluo con que me envanezcó debería, observando las leyes santas, darlo á quien falta lo necesario, y que envanecerme de esto es ofender dos veces á esa santa ley? Si,

vosotras decís esto allá en el fondo de vuestro corazón; y comprendéis también, mejor que otras, que sólo una cosa puede, en medio de tantas lamentables desnudeces, disculpar la pompa del terciopelo y el oro, y es que al esplendor de la persona responde en la mujer la grandeza del ánimo, y que respetando y confortando la pobreza, ella tenga fibra para soportarla cuando la desventura se la arroje á su paso, y tenga valor para desafiarla cuando se la imponga el honor.

Y cuando vuestros padres, con una cara y un acento desacostumbrado, os hacen un reproche que os parece injusto ó más grave que vuestro error, vosotras no cedéis á un resentimiento en contra de ellos, las que tenéis agudo ingenio; vosotras comprendéis que no con vosotras y por vosotras, sino que sólo se incomodan por las injusticias del mundo, la ingratitud de los amigos, la turbación de la salud y del ánimo, sofocado por las preocupaciones: y todo ello fué la causa oculta que los venció en aquel instante; pero que su corazón no ha cambiado, y que después se dolerán de haberos afligido. Y aceptáis de buen grado la censura que no os correspondía, recordando que á

véces esperásteis de ellos con el corazón tembloroso el castigo merecido, y no recibisteis sino una admonición benévola ó un beso compasivo en la frente; y os confortáis pensando que dentro de pocos años, cuando os confíen los dolores que vosotras no podéis ahora comprender, entonces los consolaréis, y pasaréis vuestras manos sobre sus ojos y les obligaréis á sonreír, y perdonarán á los eaemigos, y volverán al trabajo, y amarán inmensamente la vida otra vez por obra é influjo de vosotras.

Y cuando, por último, sentís contra una compañera vuestra, el rencor por una ofensa ó el comienzo de uno de esos odios sin causa que constituyen una de las miserias más deplorables de nuestra naturaleza y queréis perdonar aquella ofensa ó vencer aquel odio, pero que ese sentido de orgullo obstinado os invita á persistir en él, atando vuestra voluntad, ¿tendréis necesidad de que yo os diga, á vosotras las de culto ingenio, de qué manera debéis romper ese nudo? Pensad por cuántas duras pruebas pasará en la vida, aun siendo afortunada, vuestra compañera; pensad en que perderá la juventud y perderá á sus padres; que perderá una á una todas las fuerzas y to-

das las esperanzas que hacen amar la existencia. Figuráosla en vuestra mente cuando sollozará sola con la cabeza entre las manos, llamando por su nombre á una criatura amada que no responderá ya á su voz; y cómo estará ella misma el día que llega para todos, muda é inmóvil en medio del dolor de su familia arrodillada, y entonces sentiréis que se une á vosotras con el vínculo fraternal de la pena y de la muerte, y se os caerá del pecho el orgullo como una sierpe muerta, y os dará repugnancia haber preferido un instante el sentimiento amargo é innoble del odio á la santa dulzura de la indulgencia.

Sí, vosotras así pensáis y así obráis; la inteligencia educada refuerza é ilumina vuestra bondad; pero como estimáis el talento y el saber más que la riqueza, también colocáis en las aspiraciones y afectos vuestros, la bondad por encima del talento. Vosotras comprendéis que separado de aquélla es infecundo, ó es pequeño, ó no es noble, pero aquélla es benéfica y bendita y puede ser grande y gloriosa aun sin el talento. Vosotras sabéis que la bondad no es solamente sabiduría y fuerza, sino también serenidad, también gracia, también belle-

za. Vosotras comprendéis que ningún arte, ningún adorno de flores ó de perlas puede dar á la cara de la mujer aquello que le da el rayo del alma; que ni la perfección de las formas, ni los colores ardientes de la pasión, ni la altanería luminosa de la gloria, ni siquiera el relámpago visible del genio, son tan hermosos como la sonrisa que nace del corazón; y que todos los torrentes de luz que esparce el sol en el universo, no valen lo que la chispa esplendorosa en los ojos de la criatura humana que ama, compadece y perdona.

Pero vosotras me preguntaréis á mí y á cuantos suelen deciros lo que yo os digo: Vosotros que nos dáis tanto sabio consejo, ¿los habéis puesto siempre en práctica cuando érais muchachos? No ciertamente.

Pero esta es una de las más fuertes razones, precisamente, para obligarnos á repetirnos aquéllos principios de continuo, como la madre repite mil veces al niño las mismas palabras de afecto, á fin de que le queden impresas en el corazón. Precisamente porque no fuimos á vuestra edad como queremos que seáis vosotras; porque sabemos por experiencia cuánto pesa en la conciencia tal pensamiento, cuán doloroso

es para quien censura una culpa á los propios hijos escuchar como una voz lejana que nos echa en cara la culpa misma, privándonos casi del derecho á la censura; por preservaros á vosotras en el porvenir de un tardo remordimiento que aniquila la autoridad y turba la acción educadora, nosotros os rogamos, os aconsejamos que seáis mejores que nosotros.

¿Por qué? Porque no es verosímil creer que se olviden los pequeños actos díscolos y tristes, y los pecados de ingratitud que se cometen de niños, como se olvidan los cometidos después, más graves; pero quedan aquéllos fuertemente dibujados en la blanca matutina de la memoria que da relieve á toda imagen por tenue que sea, y nos parecen más graves porque los cometimos en un tiempo en que cada rostro nos sonreía y el mundo no nos había hecho todavía mal alguno, y en cambio de mil beneficios y de mil cuidados, no se nos pedía más que estudiar, por nuestro bien, y ser amables con quienes nos amaban! ¡Y cuántas veces nos esforzamos en vano para arrojar de nosotros aquellas sombras que nos descoloran de repente hasta las más merecidas satisfacciones del amor propio; cuántas veces

nos quisiéramos ver delante un momento de nuestro padre y de nuestra madre á quienes hubimos contristado y ante los maestros á quienes hubimos ofendido y hasta al más pobre y humilde de los niños á quien hicimos llorar con una palabra despreciativa ó con un insulto, para inclinar nuestro orgullo viril, y decirle:

—Vosotros nos habéis perdonado, pero el corazón nos lo censura todavía.—Purificad en nosotros la memoria de nuestros primeros años; dadnos por segunda vez un segundo perdón y con él nos concederéis la paz!

Acoged, pues, con el alma abierta nuestra exhortación; dejad que os la repitamos á vosotras de manera especial, porque á vosotras será confiada la parte más íntima y más difícil de la educación; porque á vosotras más que á los hombres, pertenecerá inspirar en aquellos que vendrán, los sentimientos en los cuales consiste la esencia más pura de la civilización que cada generación transmite á la que le sigue. A vosotras os tocará mantener la armonía de los afectos y de las obras, en el sagrado asilo donde suena nuestro primer grito y nuestro último suspiro; donde se reposa de las batallas de la vida y se renuevan las fuerzas

para volver á combatir, y donde se obtiene el más querido premio de la victoria y el consuelo más profundo de las derrotas. Sí: á vosotras os espera inclinar á la clemencia al padre severo, recoger el secreto del primer afán de la niña, hacer que caigan los primeros odios del corazón del jovencuelo y reanimar su espíritu postrado por las vigili-
as ardientes de la inteligencia ó por las rudas fatigas que quebrantan los músculos.

Sí; vosotras ya lo comprendéis: es la mano que mece al niño en la cuna, la misma que cura más pronto la herida al hombre aterrado por la primera sacudida del mundo; y el beso de adiós que envía á tierra lejana más atrevido y confiado al que va en busca de fortuna, es el beso de la boca que le enseñó á orar; y cuando vuelve después de larga ausencia y se presenta en la casa paterna con la respiración sofocada y con los brazos abiertos, le compensa de pronto de todas las tristezas del alejamiento y le devuelve en un instante todos los recuerdos y todas las bondades, todas las ternuras de la infancia en su alma, el grito de su madre!

A tan alta obra preparad el corazón y la mente.

Pero no á esto tan sólo, no: es una ardua y santa cosa el gobierno de la familia, pero no abraza todos los deberes. Pensad desde ahora que la mujer debe expresar su pensamiento ó su afecto más allá de las paredes domésticas; que no es lícito considerar la casa como una roca desde la cual se puede mirar con corazón tranquilo ó con estéril sentimiento de compasión, las miserias y las tempestades del mundo; que la mujer ha de hacer de la familia el hogar, no la tumba de las grandes ideas; que debe avivar con su aliento lo que está á su alrededor despertando el generoso entusiasmo nacional, y el espíritu de sacrificio por el bien público; y no es una mujer cristiana si cuenta los dolores de su corazón, porque Cristo no numeró las criaturas humanas que debíamos amparar y socorrer, ni impuso á la caridad límites de muros y de montañas, sino que abrazó con su verbo al mundo y nos dió tantos hermanos cuantas son las almas inmortales.

Y si no tenéis que cumplir el más grave y el más amable de los oficios á los cuales puede ser llamada la mujer; si por necesidad ó por propósito debéis luchar por la vida con vuestras solas fuerzas y sólo

vosotras mismas, como ocurre hoy día á innumerables hermanas vuestras, animáos desde ahora pensando en cuántos nuevos campos de trabajo útil y honrado que se creyeron por siglos cerrados á la mujer por la naturaleza, ó le fueron prohibidos por la costumbre y las leyes, se van abriendo uno tras otro ante el esfuerzo animoso de vuestra inteligencia y por la fuerza triunfante de vuestro derecho. Tened fe en el poder de vuestro sexo, y considerad la obra benéfica de muchas formas, inmensa, que la mujer presta en la sociedad presente, desde el hospital á la fábrica, y desde el asilo de la infancia á la oficina de la Hacienda pública, desde el más alto grado de la enseñanza científica al más duro trabajo que se cumple en las entrañas de la tierra, con la certidumbre de que ninguna forma de fatiga, que ningún ejercicio viril del propio ingenio y de las propias fuerzas puede quitar á la mujer que permanece honrada y buena, la bella aureola de hermosura y de poesía con que la naturaleza y la civilización la han coronado.

Una sola cosa no hacéis con que nosotros nos enorgullecemos como privilegio nuestro: no combatis en los campos de batalla,

pero arriesgáis también la vida bajo la enseña de la Cruz para socorrer á las víctimas del hierro y del fuego; y también sois más intrépidas que el hombre cara á cara á la muerte obscura que reclama un valor sin embriaguez y sin ira; y no son héroes los hombres sino allí donde son fuertes las mujeres; y no hay apóstol ni mártir de una santa causa al cual no haya dado un soplo de su alma, ó una prometida valerosa, ó una esposa heroica, ó una gran madre.

Un último consejo, jóvenes: tenéis delante más de medio siglo de vida; disponéos á ver grandes cosas: el mundo agitado por graves conflictos, acontecimientos lisonjeros y dolorosos y solemnes que no puede predecir la ciencia humana; y bien, suceda lo que suceda, cualquiera que sea la clase social á que pertenezcáis, sean los que fueren en el porvenir el interés y la fe de los vuestros, acordáos de que no os equivocaráis jamás recomendando á todos que conserven la equidad en medio de las pasiones, la magnanimidad en las luchas, la dignidad en la desventura propia y el respeto en la desgracia ajena; que será siempre vuestro supremo deber, extender la mano suplicante entre la furia del vencedor

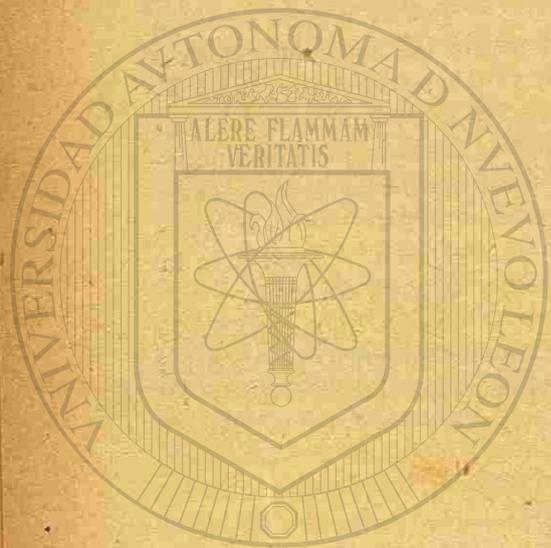
y la angustia del caído, y que una virtud divina está puesta en vuestro corazón y en vuestra palabra para aplacar la cólera ó desarmar la violencia, á fin de que todo santo ideal de civilización y de justicia triunfe sobre la tierra sin sangre y sin llanto, con la majestad lenta y tranquila de un astro que se levanta en el horizonte.

Volved ahora á vuestros alegres deberes de hijas y de alumnas; volved á llevar á la escuela el buen ejemplo, á la casa el amor, y la bondad en la vida á cada paso. A vuestros cuidados, ¡oh maestras! con renovada fe os confiamos la sangre más querida de la patria, las flores más delicadas y más sagradas de nuestra esperanza. Y vosotras, jóvenes, pagad á vuestras profesoras con afecto y con trabajo, la deuda de gratitud que os liga á vuestra augusta madre, la ciudad, porque es ella la que os dió esas maestras y desea que en ellas, sus hijas beneméritas y predilectas, la respetéis y la améis. Y si á fijarse allá dentro de vuestra alma, puede servir que yo os diga que os estaré agradecido siempre por la atención amorosa con que me habéis atendido, estad ciertas de ello, ciertas de que para mi también es éste uno de los bellos días del año y

de los más dulces premios de todo trabajo, y que aun dentro de mucho tiempo también en aquellas horas en las cuales todos los recuerdos de la vida se atropellan y presentan en la mente, como para darnos el último adiós, será una de las más queridas imágenes de mi pasado, esta hermosa aureola de flores palpitantes, este gran tesoro de esperanza y de juventud, ante el cual tuve la alegría y la gloria de abrir mi alma.

¡Hasta dentro de un año, hijas mías! ¡Volved más crecidas y tan bellas, y que Dios os proteja y os bendiga!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

POR LA PAZ

I.—Á LOS MAESTROS.

SERÍA obra útil para el triunfo de la paz que se procurase corregir en las escuelas, y en particular en la enseñanza de la Historia, la demasiado fácil y ciega admiración hacia las grandes carnicerías y los famosos verdugos; combatir la ligereza, el lenguaje inconscientemente bárbaro con que se acostumbran los jovencitos á contar y describir los estragos más horrendos, con la falsísima idea de que son una sola cosa la indiferencia hacia el derramamiento de sangre y el valor; educar á los jóvenes para que admiren la valentía guerrera, unida á un sentimiento de piedad profundo hacia las víctimas y de alto respeto hacia la vida humana; hacer, sí, que al sentimiento de la necesidad y hasta de la santidad de ciertas luchas cruentas, se una siem-

pre el de un horror doloroso por esta necesidad misma, y la esperanza de que un día, ella no sea ya para la humanidad mas que un recuerdo funesto, sin que se tengan que levantar en lo sucesivo más estatuas de héroes sobre pedestales de carne humana lacerada.

Si esto se hiciera, no acontecería frecuentemente el caso de oír á personas civilizadas y agradables, que no por otra cosa sino por espíritu aventurero ó por ambición de gloria patriótica ó por afán de educación nacional, expresar plácidamente el deseo de una guerra, sin que diez voces indignadas se levantasen en contra de aquella afirmación, protestando contra aquella palabra de guerra, la más estúpida, la más malvada que puede salir de los labios del hombre.

II.— PARA TEMPLAR LAS FIBRAS...

Hace tiempo que cierto filósofo escribió lo siguiente:

«Si se asegurase la paz perpetua, la humanidad se pudriría.»

É ilustró su concepto añadiendo:—La guerra es necesaria «para templar las fibras de las naciones.»

¿Las fibras de qué parte de los elementos de las naciones?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos millones de hombres que en los campos, en los talleres, en las minas, en las montañas, en el mar, sudan sangre para vivir condenados á un trabajo sin tregua, que cuando no postra, ó no mata, hace el alma y el cuerpo de hierro?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos millares de hombres de todas clases sociales, para los cuales toda la vida es una áspera lucha con la desgracia, un eterno esfuerzo obstinado é impotente para salir de la obscuridad y de la estrechez, una lucha continua y no merecida, rodeados de privaciones, de humillaciones, de desengaños, que arrastran cientos de cientos al suicidio?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras todos aquellos innumerables infelices á quienes los infortunios y las desdichas y los delitos arrancan ferozmente de sus brazos á las personas más queridas, abriendo en sus corazones heridas que sangran sin cesar, arrojando en sus almas una tristeza que dura hasta la muerte?

¿Tendrán necesidad de templar las fibras

todos aquellos miles de criaturas, valientes y magnánimas por naturaleza, que en cada ocasión de desventura privada ó pública son los primeros en ofrecer y en dar el propio trabajo, y hasta la propia sangre, sin ambición y sin recompensa; aquellos centenares de actos virtuosos, oscuros ú olvidados, que honran más altamente la naturaleza humana?

¿Tendrán necesidad de haber templado las fibras aquellos millares de jóvenes y de hombres maduros, á quienes los deberes de su respectiva profesión y una ambición noble y útil, todos, en el arte y en la ciencia, en el amor apasionado del trabajo, sacrifican el bienestar, los placeres, la libertad, la paz, segregándose del mundo y acortándose la vida?

Todos esos, ciertamente, no tienen necesidad de vigorizar las fibras de su ánimo en la guerra.

Pero si se separan todos éstos, ¿qué es lo que resta de una nación, mas que un montón de parásitos que gozan de la vida; de ociosos debilitados por el aburrimiento, de aventureros, de holgazanes, de adinerados jugadores, de almas nulas ó tristes ó extravagantes, que ni siquiera aman la patria ó

la gloria, por no tener en sí mismos nada de grande ó de bello?

¿Es quizás para vigorizar las fibras del espíritu de esas gentes, para lo que se cree necesario y deseable que de tantos en cuantos años corran sobre la tierra torrentes de sangre generosa y de llanto desesperado?

No es posible.

Y entonces, pues, debe ser corregida así esa fórmula: «La guerra es necesaria para templar la fibra de los ejércitos.»

Esto, tal vez, pensaba el buen filósofo; pero por pudor filosófico no se atrevió á decirlo.

¡Deploremos la sentencia, y... alegrémonos del pudor!

III.—UN EPISODIO DE LA BATALLA DE CUSTOZA.

De cuantos episodios de guerra he leído ú oído, aquel que me ha hecho pensar más á menudo y con más detenimiento, es el que me contó un valiente oficial que tomó parte en el mismo.

En la batalla de Custoza de 1866, no recuerdo si sobre las alturas de Montecroce ó de otra colina, en una de aquellas alter-

nativas de asaltos y contra-asaltos, en las cuales las columnas de una ó de otra parte se rompían en tropas desordenadas y en piquetes, algunos de los cuales iban errando por algún tiempo entre el humo, ó se detenían uno ó dos como perdidos, llegaron á la carrera sobre la cúspide procedentes de las dos partes contrarias, dos puñados de extraviados italianos y austriacos, todos tan deprimidos por el cansancio y extenuados, que en el acto mismo de verse se pararon unos enfrente á otros, como obedeciendo á la orden de sus jefes, reducidos á la impotencia absoluta de dar un paso más ó de hacer siquiera un acto ofensivo.

Permanecieron los unos y los otros bajo los rayos ardientes del sol, chorreando sudor, con las bocas abiertas y los ojos fuera de las órbitas, anhelando horriblemente, y mirándose como estupefactos.

Apenas tomado aliento, uno de los austriacos primero, después dos, después casi todos, metieron el dedo índice en el cañón del fusil, y, sacándolo fuera, se lo enseñaron á los nuestros sin decir una palabra: ninguno tenía el dedo negro de la pólvora. Aquel acto quería decir:—No hemos disparado, no hemos matado, ¡no matéis!

—«Fueron pocos momentos—me dijo el oficial,—pero en aquel brevísimo tiempo, como se dice que ocurre á los naufragos antes de perder la conciencia, me cruzó por la mente un pensamiento lucidísimo, casi venido sobre una onda de otros pensamientos atropellados y fugaces que no me expliqué sino más tarde á mi mismo.

Cuanta piedad hacia el prójimo puede entrar en el corazón de un hombre que tenga la muerte en la garganta, entró en mi corazón en aquel punto. Pensé que aquellos soldados no nos odiaban, que ni siquiera los otros compañeros de armas odiaban á nuestros compañeros. No era aquella grandísima mayoría la que había querido semejante guerra: que todos sabían comprender la injusticia de la causa por la cual combatían, y que hubieran dado, á haber podido, la razón á nuestros potentes derechos, á la faz del mundo; que era, pues, en aquel caso, como en otros mil, una fuerza extraña al mayor número, al país verdadero, una lucha de orgullo de los intereses de unos pocos, lo que habían lanzado á tantos miles de hombres á una guerra injusta é inútil; y, como un relámpago, me hirió la mente la idea de que un día, con el impulso

de la civilización, en aquel como en otros países, aquella fuerza habría sido vencida, porque las cuestiones entre los pueblos se resolverían por la libre conciencia de aquellas grandes muchedumbres, en las cuales no nace espontáneamente la ambición ni el odio inicuo, y que un encuentro terrible, miserable como aquel que yo veía, no sería ya posible entre criaturas humanas civilizadas.

Todo esto fué como una visión instantánea; por una y otra parte hicieron desaparecer de los dos lados los piquetes, que se reunieron á sus respectivos cuerpos. El combate volvió á emprenderse, y acaso alguno de aquellos soldados que al verse se habían ahorrado recíprocamente la vida, de lejos, sin verse siquiera, se mataron los unos á los otros.»

Este hecho me trae á la imaginación cada vez que pienso en la guerra el eco de una voz que repite obstinada y solemnemente con acento de compasión profunda y casi de sobrehumana certidumbre, lo siguiente:—Si, día vendrá en el cual, lo que dijeron aquellos pobres soldados austriacos á los soldados italianos, le dirá uno á otro pueblo: «¡Yo no mato, no me matéis!»

IV.—ES UN ERROR...

Es un error creer que se educan los jóvenes para el valor y el sacrificio patriótico, sembrando en sus corazones el furor por la gloria soldadesca y la fiebre del orgullo nacional, que no es el amor á la patria, sabio y consciente, sino el orgullo individual venenoso. Lo que se siembra en ellos, al par que este sentimiento, es un deseo loco de la fuerza, un desprecio fácil y cruel hacia la vida del prójimo, y otras pasiones y tendencias que los separan del culto á los altos ideales. Pero en cuanto á hacerse así ciudadanos fuertes y soldados intrépidos, la cosa varía y es muy distinta.

En los campos de batalla y en los motines de la vida en las ciudades, se ve que resultan mal muchos de aquellos de quienes se podía esperar más en la lucha, muchos patriotas furibundos y *corta-cabezas* terribles; lo mismo que hombres cuya educación literaria ó militar hacían pensar que estaban preparados para ciudadanos valerosos ó valientes soldados; y en cambio, se ve que muestran una intrepidez y una firmeza inesperada jóvenes y hombres maduros de

carácter grave y modesto y de ideas tranquilas y razonables, los cuales no habían dado antes ningún indicio acerca de sus propias fuerzas.

La firmeza y el valor en éstos se deriva de un sentimiento profundo de dignidad personal; de la conciencia de combatir por una causa justa, de un concepto particular que tienen de la vida, y de otras cosas que están más ó menos bien definidas en el fondo de su alma. Sobre la fuerza de éstos carecen por completo de poder é influjo aquellos que creen formar ciudadanos heroicos gritando perpetuamente á la juventud: —*¡Patria!, ¡armas!, ¡sangre!, ¡guerra!, ¡gloria!*

Éstos no hacen sino sembrar en el viento y retardar el camino de la civilización, manteniendo viva la preocupación funesta de que se fortifica un pueblo embriagándolo de ambiciones y haciéndole adorar el sable.

V.—¡ABAJO LAS ARMAS!

(Brindis en un banquete á favor de la paz.)

Es una satisfacción no menos viva que extraña la de poder expresar en una reunión de predilectos amigos una idea en

que todos estáis de acuerdo. Hace tiempo que me pregunto á mi mismo, y será acaso una pregunta ingenua, por qué todos los hombres honrados y sensatos de todos los países no están con nosotros; por qué obstinación y por qué mala inteligencia, hasta algunos que no crean posible conseguir nuestro ideal, no se asocian cordialmente á nuestra obra: tan cierto y evidente me parece el efecto benéfico que ella produce, con la simple difusión de los sentimientos en que se inspira.

Nosotros llevamos dentro una herencia malhadada de falsos conceptos y de tristes pasiones: oscura y casi ignorada vanguardia de barbarie que forma entre todos como una cantidad enorme de materia explosiva difundida por cada pueblo, la cual, espontáneamente ó por arte de unos pocos, hasta por una causa fútil se puede á cada paso inflamar, estallando la calamidad terrible de la guerra. Y bien: este peligroso resto de barbarie, ocultado bajo un aspecto engañoso, queremos aferrarlo, analizarlo, hacerlo ver en su esencia verdadera para deshonorarlo y destruirlo, á fin de que en la decisión de las luchas entre los pueblos tenga una parte siempre mayor la Razón,

una parte siempre menor la Muerte. ¿Quién honradamente nos puede rehusar su concurso y su ayuda?

Nosotros decimos á los padres y á las madres: «Educad virilmente á vuestros hijos, pero que no sea un instrumento homicida el primer juguete que ponéis en sus manos, que no sea la ficción de los estragos el primer recreo de su fantasía, porque es un demasiado viejo y funesto error el de secundar en un niño el instinto de la ferocidad, creyendo educarlo en el valor reflexivo y generoso del hombre civilizado.»

Decimos á los jóvenes de todos los países: «Amad la patria, pero que vuestro amor patriótico esté animado por un más sabio y amplio amor, que en cada pueblo nos haga honrar las virtudes y bendecir su fortuna como las de un necesario aliado, en la eterna lucha por la existencia y por la civilización en que combatimos todos con la naturaleza; y que no sea aquel otro amor hinchado de orgullo, enrojecido por los celos, que se agiganta ante cada sombra, se rebaja á cada anhelo, y tiene necesidad de excitarse con el odio—el más injusto, el más ingrato de los odios,—aquel que alcanza

y abraza á millones de criaturas humanas desconocidas é inocentes.»

Decimos á aquellos á quienes está confiada la defensa nacional: «Bello es tener el ánimo dispuesto al supremo sacrificio por la patria, noble la ambición de merecer su gratitud, pero que ninguna ambición os mueva á desear la guerra por la guerra, porque de todos los excesos del egoísmo, éste es el más horrendo; y quien lo acoge en el corazón, no es ya el defensor de su propio país, sino el sanguinario enemigo y doblemente culpable, porque se esconde bajo las insignias y uniformes de sus más predilectos hijos.»

Decimos á los profesores y á los educadores: «Inspirad á los jóvenes la admiración de las grandezas antiguas, pero no confundáis en una misma admiración las almas grandes y las de los aventureros afortunados, porque es pervertir en la juventud el sentimiento de la justicia; no los acostumbraís á considerar la matanza de los pueblos como la de los hormigueros que se pisan al pasar, porque será agotar en ellos las fuentes de la compasión; no inculquéis en ellos el concepto de la necesidad fatal de la guerra, porque es extirpar en ellos la fe en la

civilización é inducirles al desprecio de la raza humana; no les digáis que las fuerzas morales de los pueblos no se templan sino con el hierro y con el fuego, porque ahí están el trabajo, la ciencia, la caridad, la miseria y el dolor que os gritan:—Nos bastamos para hacer héroes y mártires sobre la tierra,— y cada día os muestran una verdadera legión.»

Decimos, por último, á los creyentes: «¿Qué cosa es la Religión, que no sólo no predica la paz, sino que pide á Dios que se derramen torrentes de sangre, y le da gracias mientras está la sangre todavía humeando? Venid con nosotros, si es verdad que lleváis en el alma el amor y el perdón; levantad la voz por nuestra causa, si no renegáis de Jesucristo cuando invocáis su reino en la tierra.»

Esto decimos nosotros: y para conseguir el alto fin, tenemos una fe profunda en el poder de la palabra, razonada y desapasionada, infatigablemente repetida y difundida desde la escuela al taller, desde la Iglesia á los Ateneos, desde las oficinas á los hogares, gritando en todas las lenguas y en todas las fronteras, primeramente miles, después millones de voces, hasta que sea tan

formidable el rumor, que haga caer de la mano la empuñadura de la espada despiadada y el hacha infame.

¡Es un sueño! nos gritan, y bien, si, es un sueño; pero como aquél que tras de la furia de los odios y de las guerras civiles, cuando Italia era toda pedazos sanguinolentos, debían alimentar nuestros antepasados, mostrando en el porvenir como un prodigio increíble, que todas aquellas fronteras desaparecerían, todas aquellas iras se apagarían, todos aquellos implacables fratricidios se desarmarían, y que todos los italianos se reunirían alrededor de una sola bandera.

Pues bien: el sueño de hoy se cumplirá como se ha cumplido el de entonces.

Sí; soplad en la llama de la vanidad patriótica; reavivad los recientes y antiguos rencores; alzad barreras aduaneras; cubrid de fortalezas los confines: ¡contra los grandes ríos que corren á mezclarse en el Océano, no hay dique que imponga impedimento alguno! Los pueblos civilizados van unos hacia otros, empujados por una fuerza á la cual nada resiste; reconocen poco á poco, como más imaginarias que reales, las repetidas aversiones de raza, el

antagonismo de los intereses, y confunden ideas, usos, costumbres, trabajo, arte, sangre, yendo con rapidez tan maravillosa multiplicando y apretando entre sí, bajo el impulso de las necesidades crecientes, los vínculos de la vida, que la idea de romperlos con la espada por cualquier causa, parecerá dentro de poco tan absurda y abominable como la de resolver las cuestiones internas de una nación lanzando unas contra otras sus provincias, encendidas por furores salvajes de la Edad Media.

Esta es la fe de todos nosotros; fuerza y confortación divinas de nuestra alma; fe que ni siquiera sería en lo más mínimo disminuida, aunque una gigantesca guerra europea estallase mañana mismo.

En cuanto á mi, tengo todavía otra idea que á los más de vosotros parecerá ilusión.

Creo que la idea de la paz ha recorrido ya, por efecto de fuerzas extrañas á vuestra propaganda, un camino bastante mayor de aquel que nos parece á nosotros mismos; bastante mayor del que el orgullo herido de un gran pueblo puede consentir que se afirme. Creo que las cuestiones internacionales, que son hoy un peligro, tendrán una solución lejana, pero pacífica,

comprendidas en una mutación general de cosas.

Creo también que á las muchedumbres innumerables que piden alimento, vida intelectual, justicia, no se les responderá mandándolas como ganado al matadero; después de lo cual, para preparar nuevas conquistas y nuevas defensas, se volvería á empezar por tenerlos hambrientos, más despiadadamente que antes. Creo que este execrable exterminio de pueblos, del cual huye la imaginación horrorizada, y que hace veinte años pende sobre nuestras cabezas como una maldición de Dios, no seguirá; que la aurora del vigésimo siglo no se levantará sobre esta vergüenza del mundo.

Yo lo creo; vosotros acaso lo esperáis: ¡alcemos, pues, juntos los vasos y saludemos como un corazón solo y con un solo *viva*, esta santa esperanza!

VI.—LA GUERRA EDUCADORA.

Dijo el general Moltke que la guerra desenvuelve en el corazón humano sentimientos nobles.

Se puede decir lo mismo de todas las grandes calamidades públicas, incluso de

ésta. A propósito de la peste de Milán, dice Alejandro Manzoni que en el público infortunio y en la larga perturbación de cualquier orden que sea, se ve siempre un aumento, una sublimación de virtudes; pero sin embargo, añade, no falta nunca un aumento, y de ordinario mucho más general, de perversidad.

El juicio de Moltke, por consiguiente, no expresa más que una verdad á medias, menos que media verdad. Que muchos concuerden con aquel juicio, se deriva de ser considerada como exacta la definición de que la guerra es un duelo entre dos pueblos; mientras que es falsísima dicha definición, porque en la mayor parte de los actos y de los procedimientos reputados como legítimos en la guerra, no hay sombra ni asomo de sentimiento ni de concepto caballerescos, en los cuales se informa el desafío entre los hombres de honor. La guerra, ciertamente, ofrece á los valientes y á los generosos muchas ocasiones de demostrar con pruebas honradas la propia virtud, y muchas de esas acciones individuales se muestran en todas las guerras llevadas á cabo, hasta por la parte que combate por una causa inicua.

Pero estos hechos que llevan á cabo únicamente hombres fuertes y nobles, no son sino pequeños y raros episodios: no son la guerra.

Cuando se combate al enemigo (como se trata de hacerlo siempre) con dobles elementos numéricos de fuerza y con todas aquellas ventajas de las armas, del tiempo y del terreno, que dan la certidumbre absoluta de la victoria, como la del hombre que luchara con un chiquillo; cuando desde una altura conquistada se *ametralla* con vivísimo fuego al montón de los que huyen, de los cuales no se ve sino las espaldas; cuando, guiados por el espionaje y la traición, se asalta en las tinieblas y durante las horas de sueño un campamento mal guardado, y allí se siembra la muerte, antes que se pueda intentar siquiera un principio de resistencia; cuando se cae inesperadamente mil contra ciento sobre un convoy de víveres, se destroza la escolta y se apresa el convoy, dejando hambrientos á miles de hombres que se batieron quizás heroicamente el día anterior; cuando desde lejos muchos miles y sin peligro arrojan sobre una ciudad nubes de hierro y de fuego y se mutilan monumentos de arte, seculares,

bibliotecas y edificios de utilidad pública, y se extermina en sus lechos mujeres, ancianos y niños, enfermos y heridos; cuando á los ciudadanos de una población, desarmados, se les arrebatan, con las armas en la mano, restos de dinero, á quienes después de haberse empobrecido por la patria, procuraban intentar el último sacrificio; cuando hasta por necesidad, y sin ferocidad, se invade la casa particular, se arrastra prisionera en rehenes á la familia atemorizada y temblando, y se les arrebatan los comestibles y los animales, y se devastan los campos á los colonos hambrientos y suplicantes; cuando, estando ocultos tras de los muros ó de los setos, se mata por la espalda á los exploradores solitarios ó se fusilan ciudadanos por el solo hecho de haber defendido la patria sin vestirse de uniforme, ó se dispara por detrás á los prisioneros inermes y cansados que procuran escaparse; cuando se hace todo esto — y se hace continuamente, en todas las guerras — ¿cuáles son *los sentimientos nobles que se pueden desenvolver en el corazón humano?*

La verdad es que para hacer todo esto, como es preciso hacerlo, vigorosamente, se necesita sofocar, por el contrario, en

el humano corazón, todos aquellos sentimientos.

Bastaría para probarlo, entre millares de ejemplos, el siguiente: que un escritor conocido en Europa, y nada sospechoso de animadversión hacia Alemania, ha observado que los obreros que afluyeron á Berlin en aquel breve periodo de prosperidad fastuosa y ficticia que sucedió á la guerra con Francia, experimentaron un gran cambio, ante el cual él se pregunta á sí mismo: «Si ellos habian conservado en el fondo de su nervio visual la imagen de los hombres muertos y de las ciudades incendiadas; porque se habian hecho violentos y pendencieros, indiferentes á las heridas y á los homicidios y fáciles para servirse á cada paso del cuchillo».

Pero, ¿qué más? El mismo general Moltke nos da una prueba en el apéndice á su *Historia de la guerra franco-prusiana*, con una frase que quizás él no hubiera escrito si, cuando vino á la punta de su pluma, hubiera venido á su imaginación al mismo tiempo el juicio más arriba citado. Es la página donde habla de su encuentro con el Príncipe de Bismarck en el campo de Sadowa, cubierto de cadáveres despedaza-

dos y de heridos encharcados en la sangre, en el momento en que, llegando el cuerpo de ejército del Príncipe heredero, Moltke escribe:

«*Nosotros galopábamos alegremente á través de estos campos, sin mirar los horrores que por todas partes se nos ofrecían.*»

¡Tal efecto había producido en su corazón, bueno de naturaleza, sin embargo, la guerra: esa guerra que despierta en el espíritu humano sentimientos nobles!

VII.—LA GUERRA Y LA MENTIRA.

Podría escribirse un libro útil que demostrase cuántas mentiras se dicen y ponen en curso durante una guerra; cuántas leyendas absurdas crea la ambición de los individuos, el orgullo nacional crédulo, la condescendencia de la Prensa interesada en adularlo, y la ignorancia infantil de las muchedumbres. Ni siquiera bajo este concepto sirve la guerra para *elegir los caracteres*, pues que alrededor de un pequeño número de héroes, y de un número mayor de combatientes valerosos pero no heroicos, surge un número grandísimo de charlatanes

y de jactanciosos y de sus cómplices conscientes ó cándidos, que ofrecen todos juntos á quien conserva sereno el espíritu, uno de los espectáculos más dignos de compasión que puede presentar de sí misma la naturaleza humana.

Y no hablemos de los héroes, que no habiendo tomado parte en ningún hecho de armas, afirman dentro de un cierto número de años, cuando se han confundido los recuerdos de los acontecimientos, de *haber visto el fuego* de todas las batallas; ni de aquellos otros que, no habiendo estado en un combate mas que como espectadores, fuera del peligro, se envanecen pasado cierto tiempo de haber tomado parte vivísima en aquella campaña, y después, entre su propia familia, entre sus amigos y en el público en general, despiertan una consideración que no se merecen. Pero de aquellos mismos que combatieron y arriesgaron su vida de verdad, ¡cuántos mienten los sentimientos que han experimentado, cómo agrandan los actos propios y ajenos y dan como verdadero lo que es pura fantasía! Se tiene la prueba de ello en la diversidad grandísima y en las contradicciones enormes que se encuentran en las narraciones de los mismos

que asistieron al mismo hecho de armas, no ya muchos años pasados, sino pocos días después que aquél se realizó.

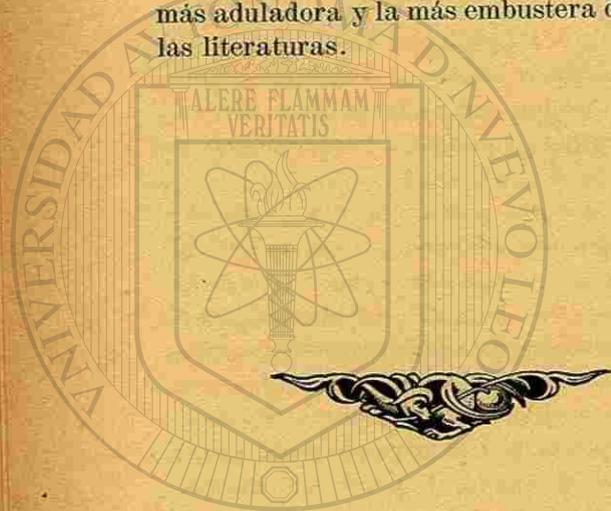
Ciertamente que hay hombres de temple casi superior á la naturaleza humana, que dan ejemplo ante los peligros supremos de una tranquilidad de ánimo maravillosa, que ejecutan actos y pronuncian palabras, hasta al morir, dignas de la admiración de un pueblo. Pero son en realidad raras excepciones, y nunca son muchos, sino que la imaginación ambiciosa los multiplica. De diez veces, nueve, aquellas frecuentes descripciones de gentes que no parpadean ni se estremecen bajo la lluvia de las balas, que bromean acerca de los propios miembros destrozados y que expiran gritando ¡viva! son purísima fábula; las cuales hasta se han exagerado las más de las veces, llegando aun á inventar cosas tan impudentes y pueriles, que hacen reír ó asomar el desprecio en los labios de cualquiera que haya estado una sola vez en el campo de batalla.

Así, hace poco hemos leído un combate en el cual, mientras la muerte diezmaba las compañías, una fila de combatientes producía tal alegría, *que era un verdadero Carnaval*; y un oficial que, medio ahogado en un

pantano, mató á no sé cuántos y puso en fuga al resto de un piquete enemigo; y de *tres soldados* que prendieron á 100, y otros tantos y tales prodigios! Hasta que cierto valiente oficial levantó la voz para que se pusiese término por respetos al sentimiento de la dignidad nacional á la fabricación de semejantes leyendas.

En todos los países, durante todas las guerras sucede lo mismo, y acaso más en las guerras desgraciadas que en las victoriosas, por una razón fácil de comprender; cuyo hecho hasta puede hacer dudar de la verdad de la sentencia que «las derrotas templan los pueblos enorgullecidos, reconduciéndolos á la justa apreciación del propio valer». Ni esta es la última causa de la persistencia de un aventurero y provocativo espíritu belicoso en gran número de hombres que no vieron jamás la guerra más que en los cuadros; es decir, un santo fanatismo creado en ellos por las mentiras convencionales y tradicionales de la guerra misma, por la facilidad del heroísmo y la multiplicidad de los héroes: concepto fatalísimo que se comunica y se transmite en todos los escritos históricos, apologéticos y poéticos relativos á la guerra, en todos los cuales se

informa la educación de la juventud, y hace también que la literatura guerrera sea la más adulatora y la más embustera de todas las literaturas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS



UN ENCUENTRO

Cierto domingo de Septiembre, paseando por la calle principal de Berna, percibí un sonido de tambores que hacía acudir mucha gente hacia la Torre del Reloj, de donde procedía el ruido, y dirigiéndome yo también hacia aquella parte, vi el tropel de gente que se abría en dos alas para dar paso á una procesión, precedida por una charanga, con uniforme, que entonaba en aquel momento alegre marcha.

Detrás de la banda aparecía doble fila larguísima de muchachas y muchachos, pequeños los primeros, un poco mayores que niños los de detrás, y así sucesivamente, hasta jóvenes y hombres maduros. Iban todos vestidos con decoro, muchos con cierta elegancia, limpios, bien peinados. Las muchachas lucían todas una corona de flores en la cabeza. Los hombres, flores también

en los sombreros; todos, ramitos en el pecho y en la mano, y de trecho en trecho llevaban entre dos una media luna de flores, una especie de arco triunfal, entretejido de hojas, de efecto extraño y elegante. Me llamó la atención la manera de andar cadenciosa y la compostura y seriedad digna, de todos aquellos chicos, pues parecía que se tratase de una ceremonia solemne.

Pasaron después, de dos en dos, y con el mismo paso é igual medida, cientos de muchachos mayores y muchachas jóvenes, y mujeres de edad madura, todas vestidas de día de fiesta, muchas adornadas con flores, sencillas y silenciosas. Algunas llevaban ricos gallardetes de seda clara con inscripciones alemanas, otras, grandes banderas de varios colores, y adornadas, con aire de complacencia y de devoto recogimiento, como si fuesen portadoras de imágenes sagradas.

Después de las mujeres venían de cuatro en cuatro, marchando militarmente, con otros oriflamos y otras banderas, hombres de todas edades con cintas y flores en los ojales, todos vestidos de día de fiesta, notables hasta los más modestamente ataviados, con limpieza propia de señores, que no

había visto jamás en procesión alguna popular de Italia, y que me dejó en el ánimo una duda con respecto á su condición social, aunque por otras varias cosas me parecieron obreros en su mayor parte. Pero lo más notable era la expresión general de las caras y de las actitudes, la expresión de una alegría franca, de una altivez tranquila, de la confianza del propio derecho y de la propia fuerza y del respeto público y de la tolerancia severa que ofrecía la ciudad al paso de aquella procesión.

Y después de aquel primer desfile, otra banda de música pasó ordenada y brillante como la primera, y después otras filas de niñas y de niños coronados de flores, y mujeres decorosamente vestidas y de aspecto también decoroso, y luego otros cientos de hombres vestidos, más bien que de obreros, de empleados, con otras banderas y otras cintas. Y ni siquiera un grito salió de aquellas filas, ni un golpe de risa, ni una palabra en voz alta, ni un acto descompuesto, ni una mirada dirigida á los que contemplaban el paso de los mismos, que no significase serenidad y respeto hacia ellos y hacia el prójimo. Y no guardaban otra actitud las gentes de todas clases que asistían al desfile

de la procesión, entre cuyo público no se veía ni un gesto, ni una sonrisa, ni un ademán, ni cogi al vuelo una palabra que expresase un sentimiento ó un pensamiento del cual los que desfilaban pudiesen ofenderse.

—Una viva curiosidad, mezclada de una gran simpatía más viva aún, me impulsó á preguntar quiénes fuesen y á dónde iban todos aquellos hombres y todas aquellas mujeres que daban tan hermoso ejemplo de fraternidad y de dignidad de ciudadanos, recibiendo de sus conciudadanos una demostración de respeto tan digna de un pueblo culto y de un país civilizado. Y dirigiendo mi pregunta al primero que tenía al lado, me contestó atentamente:

—Son los socialistas, que van á celebrar una de sus fiestas al campo.



EL SOCIALISMO EN UN SALÓN

(FRAGMENTO)

ENCONTRE en casa de Cambiari una docena de convidados, los cuales habian acabado entonces de tragar una de las succulentas comidas que el dueño de la morada daba cada quince días á un incierto número de amigos; porque hacía invitaciones, por olvido á varios, hasta á horas distintas.

El pequeño salón, en el cual la desarmonía de los muebles y de los colores y el amontonamiento de la quincallería rota ó despiciada por los chicos, indicaba el tono de la vida de aquella familia, estaba lleno de bote en bote en el momento que nos ocupa.

Pero, á Alberto, preocupado con su idea, no desagradaba aquella muchedumbre, que

de la procesión, entre cuyo público no se veía ni un gesto, ni una sonrisa, ni un ademán, ni cogi al vuelo una palabra que expresase un sentimiento ó un pensamiento del cual los que desfilaban pudiesen ofenderse.

—Una viva curiosidad, mezclada de una gran simpatía más viva aún, me impulsó á preguntar quiénes fuesen y á dónde iban todos aquellos hombres y todas aquellas mujeres que daban tan hermoso ejemplo de fraternidad y de dignidad de ciudadanos, recibiendo de sus conciudadanos una demostración de respeto tan digna de un pueblo culto y de un país civilizado. Y dirigiendo mi pregunta al primero que tenía al lado, me contestó atentamente:

—Son los socialistas, que van á celebrar una de sus fiestas al campo.



EL SOCIALISMO EN UN SALÓN

(FRAGMENTO)

ENCONTRE en casa de Cambiari una docena de convidados, los cuales habian acabado entonces de tragar una de las succulentas comidas que el dueño de la morada daba cada quince días á un incierto número de amigos; porque hacía invitaciones, por olvido á varios, hasta á horas distintas.

El pequeño salón, en el cual la desarmonía de los muebles y de los colores y el amontonamiento de la quincallería rota ó despiciada por los chicos, indicaba el tono de la vida de aquella familia, estaba lleno de bote en bote en el momento que nos ocupa.

Pero, á Alberto, preocupado con su idea, no desagradaba aquella muchedumbre, que

en otra ocasión le hubiera resultado molesta. Apenas entró, sin embargo, advirtió en más de una cara, y por un ligero murmullo, que durante la comida debían haber hablado de él y de sus actos, imaginándose de cuáles se trataba. Había allí dos ingenieros, un contratista de obras, varios empleados jubilados, que también encontrara alguna otra vez, desconocidos casi todos, luciendo chalecos blancos y vistiendo de etiqueta, y tres señoras jóvenes, además de numerosísima progenie del dueño de la casa, de la cual asomaban los hociquillos, posados detrás de los respaldos de las sillas, viéndose á varios convidados con los ojos brillantes y las mejillas de escarlata, en quienes se adivinaba el prurito de una discusión. Alberto se preparó á un asalto, y éste le fué dado casi inmediatamente; primero, en forma de broma, después, poco á poco, seriamente, pero con una tan manifiesta ignorancia de los elementos de la cuestión, con tan ingenuo tropel de los más absurdos lugares comunes, que él continuó parando los ataques con golpes de argucia, sin perder ni un solo instante su buen humor. Cuando los asaltadores empezaban su tarea, llegó la visita del matrimonio

Luzzi; la señora rebosando vida, encerrada en un fresco vestido color *habana*, que daba á su rostro morenillo, marcado con un lunar, gracia adorable: y este espectáculo cortó de repente toda discusión.

Alberto expuso entonces á Cambiari en un aparte, la idea de su trabajo y le dijo su deseo de hablar con Baldieri.

—¿El anarquista Baldieri?—exclamó Cambiari dando un paso atrás, y añadió en tono de advertencia:—Alberto, ten cuidado.—La cosa, además, por otra parte, no era tan fácil; Baldieri hablaba con él con entera confianza, porque era un burgués lógico y sincero, ó sea un enemigo abierto y declarado; pero con un burgués socialista, con un revolucionario hipócrita, como él los llamaba, raza ésta más odiosa para aquél que los reaccionarios rabiosos, debía ser harina de otro costal. El peligro además de que se le dijera que no. Sin embargo, insistiendo Alberto, le prometió que le hablaría, y le dió algunos informes. Era un obrero culto, había seguido los estudios de segunda enseñanza, aunque no completos; parecía un empleado burgués; pero que se diese por avisado: no debía esperar cumplimientos de parte de él. Después le dijo bajando la

voz, señalando á la tertulia:—Si te vuelven á atacar, tira adelante y sal del paso bromeando, te lo ruego.

Con efecto, volvieron á atacarle; un viejecillo inválido, condecorado, áspero, de conocida avaricia, le preguntó:

—Francamente, Alberto,—agitando una mano en el aire—pero en suma, ¿á cuál de las escuelas socialistas pertenece Ud., se puede saber?

Alberto respondió:—¿Para qué sirve decir la escuela á quien no acepta ninguna, y hablar de remedios sociales, á quien no cree más que en males irreparables, y hasta niega que existan?

Nosotros no negamos los males—respondió otro,—pero queremos repararlos con la caridad.

Alberto se acordó en aquel momento de que en una suscripción pública del invierno pasado, aquel señor había enviado á un periódico 2 pesetas por sí y 50 céntimos por cada uno de los miembros de su familia, figurando todos en las columnas del mismo; y había resultado que hacía estampar siete veces su apellido por poco más de un duro. Es decir, la tarifa aproximada de las inserciones por anuncios.

—¡Conque la caridad!—le dijo.—Entonces, bien está, pero cuide Ud. de no arruinarse.

La estocada era fuerte; las señoras no pudieron contener la risa. La Luzzi ocultó el rostro con el abanico.

Un desconocido cubrió la retirada del viejecillo repitiendo su pregunta.

—Diga, pues, ¿es colectivista, es comunista? Y para la igualdad absoluta en un nuevo orden social, ¿pondría Ud. al par á Dante y á un estúpido?

—¿Y qué perdería Ud.—repuso Alberto—con aceptar una semejante reorganización social?

Se oyeron arrastrar algunas sillas, pero el herido no sintió el golpe al principio. Viendo, sin embargo, sonreír á la señora Luzzi, sospechó algo y dijo picado:

—Usted oficia de socialista con un segundo fin.

Alberto le miró con estupor y preguntó sonriente:

—¿Para tener sueldo y condecoraciones?

El otro permaneció un poco desconcertado, y después añadió:

—Para hacerse elegir diputado.

Alberto se echó á reír.

—Pero, querido señor, busque un modo más ingenioso para llamarme tonto. Sería como si me embarcase en Génova para llegar más pronto á Venecia.

El desconocido quiso responder, pero el viejo empleado cubrió su voz para decir ásperamente:

—No creo que se pueda profesar en serio semejante idea. Un burgués socialista no es más que un negro afeitado.

—Esa frase no es suya —exclamó Alberto.

—¡Oh, señor caballero —recalcó la Luzzi:

—Ud., pues, reconoce que pertenece á una raza inferior! —La frase hizo reír. Alberto se volvió á mirar á la señora y le dijo:

—Hé aquí mi aliada.

Pero varias voces le asaltaron todas á la vez, preguntándole por qué si era socialista, no empezaba á repartir su propiedad entre los que no tenían nada. —¡Oh, bella ocurrencia! —respondió Alberto; —pues por dos motivos sencillamente: primero, porque si me redujese á la pobreza, perdería mi independencia; y debiendo pedir trabajo y dinero á la burguesía, no sería ya libre de manifestar mis ideas; y segundo, porque hoy, tal como está constituida la sociedad, no pudiendo mis hijos ganar para vivir

antes de los diez años, ó morirían de hambre, ó deberían dejar los estudios para ponerse á trabajar en un oficio.

—¡Magnífico! —gritó el empresario de obras con aire de triunfo. —Pero si es usted socialista, ¿por qué no pone á sus hijos á trabajar en un oficio manual?

—Porque no tengo derecho á forzar su voluntad y quitarles violentamente de la clase en que han nacido; si esto lo hiciese con su consentimiento, por efecto de las ideas que hoy reinan, serían despreciados, tanto por la clase de la cual saldrían, cuanto por aquella en la cual entraban.

—¡Pobres razones! —repuso un viejo comandante retirado, amigo de Luzzi. —Quien está persuadido de una idea, debe sacrificarlo todo. Usted debería ser el primero en dar ejemplo.

Á este señor contestó la señora Luzzi:

—Si eso es así, señor comandante, ¿por qué Ud., que quiere libertar á Trieste de Austria, no toma un fusil y parte el primero para la frontera?

El comandante se volvió diciendo que la comparación no era apropiada; pero la señora Luzzi añadió:

—Es posible; pero ¿qué me dice Ud. de

la contradicción en que incurren tantos, diciendo al que es socialista, si es rico, que debe dar todo á los demás, y si es pobre, que es socialista porque no tiene nada que perder? ¿Qué lógica es ésa?

Todos permanecieron un tanto desconcertados, pero hicieron como que tomaban aquella manera de argumentar en broma, y cambiaron la conversación, para preguntar á Alberto qué idea tenía sobre la propiedad, y si el socialismo quiere obligar á todos á que trabajen.

—El socialismo—repuso Alberto—no quiere abolir, simplemente, sino la propiedad que da manera de vivir sin trabajar.

—Jamás se llegará á eso—exclamó el comandante. La propiedad es un instinto, y hasta la ardilla, hasta el topo de los campos, son propietarios, porque reúnen para el invierno provisiones abundantes, de las cuales sobra una parte para la primavera. Véase, pues, que hasta entre las bestias se ve que tienen lo superfluo, porque han sido previsoras.

—Pero los animales—respondió Alberto—hacen sus provisiones por sí mismos; no se las mandan hacer á los demás, y no se aprovechan de otros que no han trabajado

para reunirlos, así como los topos no les dejan á sus hijos dinero, sino provisiones para que vivan.

—Esas son bromas—respondió uno de los dos ingenieros;—no hay necesidad de recurrir á los animales. Usted, que es literato, debería saber la definición que ha dado del hombre un gran escritor. El hombre es un animal propietario. ¿Qué tiene que responder, señor profesor?

—Pues le respondería que no discuto aquel epíteto con quien se aplica aquel substantivo.

La Luzzi se echó á reír; el ingeniero se encogió de hombros y dijo:

—No son cuestiones para poderse tratar con juegos de palabra y de ingenio.

—Pero, ¿cómo quieren que discuta—respondió Alberto riendo,—si me asaltan ustedes todos juntos, y no me dejan tomar aliento?

—La propiedad es fruto del trabajo.

—No toda, ni siempre.

—¿Cómo no toda, ni siempre?

—Eh, vamos, vamos!—dijo Cambiari al ingeniero.—¿Qué trabajo te han costado á tí las 80.000 pesetas que ganaste vendiendo los terrenos de San Salvanio en

diez veces más del precio en que los adquiriste?

—¿Eres socialista tú también?—le respondió el interpelado.

—Cuando estoy desocupado—repuso Cambiari.

—Pero aquel es un caso excepcional—dijo el comandante.—Tomemos á nuestro contratista, que está allí presente; él no trabaja ya con los brazos, pero es más benemérito que si trabajase, porque con la propiedad adquirida da trabajo cada año á 200 obreros.

—¿Da trabajo?—interrumpió Alberto.—Perdone Ud., mi comandante; yo pregunto si no son los 200 obreros los que le dan su trabajo á él.

—¿Cómo?

—Sin duda: si el trabajo de aquellos 200 obreros no le proporcionara á él muchos miles de pesetas, ¿les daría ocupación?

—Esa es una argucia.

—Una argucia de abogado—añadió el empresario.

—Sí, es el abogado del trabajo, y hará este caballero la defensa de los desheredados, «el amigo de los obreros», título de un almanaque de 10 céntimos.

—¡Ah! ¿Es Ud. amigo de los operarios que descansan el lunes porque se emborrachan el domingo?—preguntó un señor gordo que tenía las manos cruzadas sobre el vientre.

—¿Y por qué no?—dijo la señora Luzzi con sonrisa encantadora.—¿No es amigo de Ud., que descansa toda la semana?

Todos se echaron á reír, hasta el señor gordo; y esta vez Alberto se volvió hacia la señora con un movimiento de viva simpatía, que ella percibió.

—Eh, querido señor—repuso el empresario:—usted hace de abogado de los obreros sin conocerlos, pero cambiaría de idea si tuviese que ver algo con ellos. Reacios para la faena, bribones, ignorantes y presumidos, todo á la vez, maldicientes, furiosos contra sus amos..... ¡Un buen obrero es una mosca blanca, créalo usted!

—No comprendo—respondió Alberto,—pero si los obreros son holgazanes, ¿quién ha hecho todo el enorme trabajo manual del cual la sociedad tiene necesidad diariamente? También se emborrachan otros muchos señores en lugares más limpios, es verdad, pero sin la excusa de tener por casa cuevas en las cuales repugna pasar la no-

che y sin la ventaja de poder esconder la borrachera en un *simón*. ¡Que son ignorantes! Esto es verdad, y no tiene disculpa. Cuando los veo volver á casa por la noche, reventados de diez horas de trabajo, yo me pregunto: ¿Por qué no van al Círculo filológico? ¿Que hablan mal de los amos? Pero me parece que Ud., á su vez, no hace el panegírico de ellos!

—Bien respondido, seguramente, pero le repito una cosa: sólo quisiera que tuviera que entenderse con ellos una semana, y después me daría su parecer sobre las ocho horas de trabajo.

—El trabajo es un freno—indicó sentenciosamente el viejo empleado.

—Es un freno que mata; no es ya un freno, es una cabezada.

—Y quieren suavizarla los profetas socialistas predicando el trabajo de tres horas al día.

—Es un absurdo—dijo dulcemente un señor que hasta entonces no había hablado,—aun por respeto á la Religión. El trabajo es un castigo á que Dios ha condenado á los hombres, y no sería un castigo si se redujera á tres horas.

—Entonces—respondió Alberto,—usted,

que vive de sus rentas, no desciende de Adán, porque Dios no le ha condenado al trabajo.

—Sí, pero por mi trabajó mi padre.

—Y ¿por qué—preguntó la señora Luzzi—Dios ha castigado á su padre y á Ud. no?

El señor permaneció tan desconcertado, que para ayudarle el ingeniero, su vecino, apostrofó de improviso á la dueña de la casa:

—¿Nos dice Ud. su parecer, señora Cambiari?

La señora volvió hacia él su cara ingenua, y respondió con amable sencillez:

—Mi parecer es el de todos, creo yo.—¿Por qué se trabaja? Para vivir; luego cuando se tiene para vivir, para qué se ha de trabajar.

Aplaudieron todos riendo, excepto Alberto, que buscaba con su mirada los ojos de la señora Luzzi, los cuales se escapaban; pero la discusión se reanimó alrededor del acostumbrado argumento de si los obreros tienen ó no razón para quejarse, y todos se echaron encima de Bianchini. El comandante dijo que el bienestar era lo que los echaba á perder. El señor gordo, que

siempre mantenía las manos sobre su vientre, aprobó, añadiendo que precisamente por aquella causa no era siquiera de desear un mejoramiento notable del estado de ellos.

—Está probado—añadió,—está probado,—repitió alzando la voz, para cubrir la de los chicos que gritaban en un rincón— está probado que con disminuir el precio de los géneros alimenticios, aumenta el número de los delitos contra la propiedad;— y agregó bajando la voz—y contra el pudor.

—Si así fuese—respondió Alberto,—los italianos serían los más castos de la tierra.

—Si fuese verdad—añadió la Luzzi,—usted que es un tan fino gastrónomo, ya habría sido arrestado.—Muchos se echaron á reír, otros hicieron gestos de desaprobación.

—Pero Ud. hace mal—volvió á indicar el señor sin turbarse—porque es la mala nutrición, la mala alimentación la que entristece al hombre.

—¿Sabe Ud. el proverbio alemán, *Der mensch ist was er isst?* El hombre es lo que come. Ó, en otros términos:—Dime lo que comes y te diré quién eres.

—¡Pero, Sr. Luzzi!—exclamó Cambiari volviéndose.—Su señora de Ud. es socialista, y acaso ella catequice á usted.

Luzzi, que no había todavía abierto la boca, movió la cabeza en actitud de compasión hacia su mujer, como dando á entender que era una loca. Después expuso sus propias ideas, poniendo en sus ojillos de topo una expresión finísima de astucia. Eran todos enfermos de imaginación. El socialismo constituía un fantasma creado por los burgueses, el cual se asemejaba á cierto paciente que, á fuerza de hablar de una enfermedad que no tiene, acaba por sufrirla de verdad. Él había adoptado el propósito de no desplegar los labios en aquella controversia, porque le causaba lástima. Todos se encogieron de hombros. Aquel Luzzi no tenía sentido común. El socialismo existe, por desgracia, y demasiado crecido; pero era el socialista de clase media aficionado, el que más fortificaba su vida. Son ellos—dijo el viejo empleado á Alberto, repitiendo palabras recientemente leídas—quienes juegan con el monstruo todavía pequeño, naciente, con una cinta al cuello, como si fuera un corderillo, y le van haciendo crecer poquito á poco, sin pensar que un día

sacaré las uñas y los dientes y devorará á ellos mismos y á los demás.

—Precisamente pienso eso mismo— respondió Alberto.

—Y ¿es acaso eso lo que Ud. desea?

—Yo no deseo más que el bien de todos.

—Á costa de algunos. ¿No es verdad?

—Sería siempre eso más justo que el bien de algunos á costa del de todos.

Todos protestaron á coro. El empleado hizo un gesto de desdén, y la discusión estaba á punto de tomar mal carácter, cuando Cambiari la interrumpió con una broma, y la cortó después, de pronto, la aparición de un criado, con una gran bandeja llena de copas.

Entonces todos se pusieron de pie, formaron varios grupos, conversando en voz baja y reconcentrada. Alberto siguió comprendiendo por los gestos y las miradas de unos y de otros, que le arrancaban la piel, y se apenaba de que las señoras no le eran menos hostiles que los hombres. Ya durante la conversación, no obstante las risas provocadas por ciertas respuestas suyas epigramáticas, él había cogido al vuelo y había advertido y sorprendido ojeadas malévolas y casi despreciativas. Y aquel abandono,

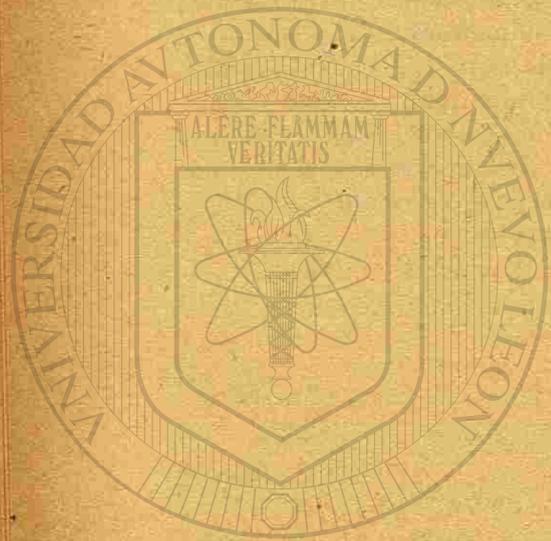
para el cual no estaba preparado, del sexo bello, que le había siempre acariciado con los ojos y con la palabra, le entristeció. Se encontraba solo en un rincón. Buscó con la mirada á la señora Luzzi.

Estaba al lado de él, como si hubiese adivinado sus melancólicos pensamientos.

Él le dijo bajo, pero con calor:—Gracias.

Y vió que sus ojos bellos, como no se lo habían parecido jamás, se velaron.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



UN REMATADO

ALBERTO, muchacho de diez años, jugaba en el cuarto de estudio de su padre, el cual estaba leyendo *La superstición socialista*, de Garófalo, cuando la muchacha entró a decir:— Ahí está Fulano de Tal. ¿Qué le digo?

— ¡Caramba!— exclamó el dueño de la casa, poniéndose de pie.— ¡Después de cinco meses de cárcel! que éntre al momento.

A aquellas palabras, «cinco meses de cárcel», el muchacho dejó caer su juguete, y se retiró a un rincón, mirando a la puerta con ojos inquietos, porque la idea de cárcel no la podía separar de la idea de delito.

Y permaneció inmóvil por el asombro, viéndolo a su padre correr hacia la puerta y abrazar afectuosamente al visitante, el cual era hombre de unos treinta y cinco años, de pálido rostro, vestido pobremen-

te, pero limpio, y de modales sencillos y francos.

El visitante y el visitado se fueron al hueco de una ventana, y emprendieron una conversación viva, compuesta, por una parte, de una lluvia de preguntas, y por otra de respuestas, sin un momento de reposo. Cuando, entre otras cosas, el muchacho oyó que el amigo de su padre había sido conducido á través de un pueblo entre la Guardia Civil, con esposas en las manos, como un famoso asesino que él había visto salir un día de la Audiencia, su estupor se cambió en tan claro desaliento, que el amigo, mirándole, lo advirtió; pero antes que él, ya lo había advertido su propio padre.

Este, pasado un instante, fué á coger un paquete de periódicos del cajón de la mesa, y llevándoselos al amigo, le dijo:

— Todo cuanto le tengo que decir está impreso en estos periódicos, que he recogido para guardárselos á Ud. Déles una ojeada y verá que siempre ha sido recordado durante su ausencia. Ahí he expresado mis impresiones.

El *malhechor* cogió los periódicos, se sentó de espaldas á la ventana y empezó á leer. Su huésped le dejó solo, y se volvió

al lado del chico, esperando una pregunta que le leía en los ojos.

El niño, con efecto, le interrogó en voz baja:

—¿Qué es lo que ha hecho... ese... señor?

—Ha hecho—respondió el padre sonriendo,—pues...ha hecho cinco meses de cárcel.

El muchacho permaneció un momento silencioso. Después preguntó tímidamente:

—¿Quién es?

—Eso es otra cosa—contestó el padre sentándose y atrayendo á sí á su hijo.—Esa pregunta me es más fácil contestarla, pero temo que tú no me comprendas. Escucha bien. Tú debes saber que hay en todos los países en general, un número de gentes, entre ellas muchos hombres de gran ciencia y de gran ingenio, y también muchos ricos, los cuales creen que muchísimas de las infinitas miserias é injusticias que afligen al mundo tienen remedio. Y piensan que el remedio es el siguiente: que la sociedad presente, en la cual la vida de cada uno es una lucha contra todos, se puede transformar en una gran asociación en que todos trabajen, no ya en beneficio y dependiendo de la fortuna de los menos, sino directamente en beneficio de la sociedad misma, la

cual podrá retribuir á todos equitativamente y por igual; sueñan con una gran asociación, en la cual no haya, como hay ahora, mas que una multitud de hombres que trabajan hasta matarse, y otra gran muchedumbre que no encuentra trabajo y que se muere de hambre, y otros miles de miles, en fin, que no trabajan y viven en la holgura. ¿Me has comprendido? Ahora bien: todos aquellos que desean y esperan que llegue el día en el cual todos los hombres trabajen de acuerdo por el bien propio y por el bien común, sin quitarse el pan de la boca los unos á los otros, sin odiarse y temerse alternativamente, y participando todos de las ventajas de la vida civil, como hijos de una sola familia donde todos son amados y protegidos de la misma manera; esos que de tal manera piensan, se llaman *socialistas*.

—¿Y qué hacen?

—Pues hacen esto: se dedican con todas sus fuerzas á demostrar á los demás que un tal nuevo estado de la sociedad como el que te digo, no sólo es posible, sino que se realizará poco á poco necesariamente, por la fuerza de las cosas; pero para conseguirlo más pronto y sin violencia, se nece-

sita que todos lo deseen y lo preparen, infundiendo en todos un concepto claro del socialismo y un sentimiento profundo de la concordia fraternal indispensable para que se cumpla; educándose para la ejecución de sus deberes y para el ejercicio de sus derechos; y que el único modo de llegar á la meta es que confíen la representación de sus voluntades á los mismos que están interesados en conseguirlo, ó sea que pertenezcan también ellos á la inmensa familia sobre la cual pesa la pobreza y la injusticia. ¿Me he explicado? Ahora bien: ese señor que ves aquí es un socialista. Es un obrero que trabaja para vivir; pero que todo el tiempo que le queda libre, lo ocupa entre las gentes á quienes es preciso enseñar estas razones, é infundir en los demás la propia fe, sin incitar odios contra nadie; y aún más, procurando borrar los odios donde los encuentra, exhortando á los voluntariosos para que se templen, y á los incultos para que estudien, y á los discolos para que se moderen, y á todos los pobres y descontentos para que tengan confianza en un porvenir mejor, al cual se llegará pacífica y legalmente, por la sola fuerza de la verdad y la justicia, cuando la verdad sea comprendida

por todos, y la justicia sea de todos querida. Y piensa tú también que él no se afana ni se cansa en esto por otra cosa que por conseguir su bien, del cual está cierto que no llegará á cumplirse en tiempo de que él pueda gozar del mismo. Él vive como un pobre, porque lo es; pero da á los demás aquello poquísimo que á él le parece superfluo y á nosotros nos parecería necesario. Si fuese rico, daría por sus ideas todo su peculio. Si le pidieran la vida, también la daría, porque no vive más que para su idea. Él tiene un pasado sin mancha, y es bueno y sencillo como un niño. Pienso en cuantos hombres he conocido en mi vida; pues bien: ése es uno de los más honrados, más desinteresados, más respetables que he conocido. Yo le quiero bien y le admiro.

El muchacho permaneció un poco perplejo, y mirando alternativamente, ya á su padre, ya al recién salido de la cárcel, preguntó al primero:

—Entonces... ¿por qué le han preso?

—Porque él piensa y dice todo lo que te he dicho.

—Pero, entonces, podrán prenderte también á tí, porque dices las mismas cosas.

—Sin duda.

—Y ¿por qué le han encarcelado á él solamente?

—Porque dice esas cosas más fuerte y más abiertamente, que es como se deben decir; porque es más desinteresado y más sincero; porque desea más ardientemente el bien, y porque es más valiente y más generoso que yo.

El muchacho no objetó palabra y estuvo mirando con ojos asombrados á su huésped, que continuaba leyendo.

—Mira—le dijo su padre al oído;—cuando ha entrado él, ha notado que tú has tenido miedo, como si fuese un ladrón. Tú le debes una reparación; ve y preguntale cómo está.

El muchacho se movió lentamente y fué á colocarse ante las rodillas del «rematado», sin osar decir palabra, pero como presentando su frente á una caricia. Aquél separó el periódico, y mirando al padre y al niño, comprendió y sonrió, pero su fuerte corazón, que en medio de las persecuciones y bajo la afrenta de las esposas, y ante los muros de la prisión no había jamás experimentado un momento de debilidad, fué sacudido por el acto de aquel niño, acto que representaba á sus ojos el movimiento de

una nueva generación, arrojada por un impulso generoso del alma hacia la causa sagrada del socialismo. Le miró un momento con ojos brillantes, después cogió entre sus dos manos aquella cabeza rubia, y estampó sobre aquella frente sin nubes, un beso... que le fué devuelto con efusión.

Acercándose el muchacho á su padre, le señaló con un ademán de extrañeza que su frente estaba húmeda.

—Déjala sin secar—dijo el padre:—esa es agua de Bautismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



SOCIALISMO Y PATRIA

Es verdad que el socialismo combate el amor á la patria?

—Á la *patrioteria*, sí; mas si por amor á la patria se entiende amar al pueblo en que hemos nacido, con el cual tenemos de común la lengua, la historia, el porvenir; amar á la tierra donde hemos pasado la niñez, donde nacieron nuestros hijos y están sepultados nuestros muertos, acusar al socialismo de combatir tales ideas es cosa estólida y absurda, como sería acusarlo de combatir el amor filial ó el amor materno; lo cual no es posible para quien tenga entrañas humanas. ¿Puede Ud. creer que si eso fuera verdad se hubiese convertido al socialismo tanto hombre generoso, tantos ciudadanos que por la patria han sufrido y combatido, y que sienten profundamente todos los afectos humanos? ¿Puede Ud. pensar que un

una nueva generación, arrojada por un impulso generoso del alma hacia la causa sagrada del socialismo. Le miró un momento con ojos brillantes, después cogió entre sus dos manos aquella cabeza rubia, y estampó sobre aquella frente sin nubes, un beso... que le fué devuelto con efusión.

Acercándose el muchacho á su padre, le señaló con un ademán de extrañeza que su frente estaba húmeda.

—Déjala sin secar—dijo el padre:—esa es agua de Bautismo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



SOCIALISMO Y PATRIA

Es verdad que el socialismo combate el amor á la patria?

—Á la *patrioteria*, sí; mas si por amor á la patria se entiende amar al pueblo en que hemos nacido, con el cual tenemos de común la lengua, la historia, el porvenir; amar á la tierra donde hemos pasado la niñez, donde nacieron nuestros hijos y están sepultados nuestros muertos, acusar al socialismo de combatir tales ideas es cosa estólida y absurda, como sería acusarlo de combatir el amor filial ó el amor materno; lo cual no es posible para quien tenga entrañas humanas. ¿Puede Ud. creer que si eso fuera verdad se hubiese convertido al socialismo tanto hombre generoso, tantos ciudadanos que por la patria han sufrido y combatido, y que sienten profundamente todos los afectos humanos? ¿Puede Ud. pensar que un

socialista, por el mero hecho de serlo, abandone la patria sin sentir un vuelco en el corazón, y no recordarla de lejos con tristeza y desear volverla á ver, después de muchos años, con profunda alegría? ¿Con qué fundamento se puede acusar á los socialistas, en los cuales se suele advertir el predominio del sentimiento sobre la razón, de tener cerrado el ánimo á los más fuertes y más naturales sentimientos de la humanidad?

—Y, sin embargo, es una creencia universal.

—Querrá Ud. decir una calumnia universal, lo cual es muy otra cosa. Amor á la propia patria significa amor al propio pueblo. Cuando se dice el pueblo de un país, se entiende más bien aquella gran muchedumbre que cultiva su tierra; que produce sus industrias; que forma el nervio del Ejército; que da el mayor tributo á su Erario, cuya prosperidad, moralidad y fuerza es una sola cosa, una misma cosa con la moralidad, la prosperidad y la fuerza de las naciones; porque sin ellas no hay ni nación ni vida. Ahora bien, desear que esta gran multitud se eleve á una condición de vida material y moralmente mejor; preparar

una organización social (aunque sea una utopía) en la que se dé un trabajo más humano, una compensación más equitativa, y se haga posible una existencia más intelectual y más digna, quitando del ánimo el terror continuo á la miseria y el sentimiento amargo de una inferioridad civil no justificada ni siquiera en la conciencia de quien las quisiera mantener; de manera que no sea ya la fuerza, sino la armonía de los espíritus y de los intereses quien mantenga unida la unidad del Estado; llevar en el corazón esta esperanza, de un mejor porvenir de ese pueblo, como la más santa de las aspiraciones personales, y con el fin de traducirlas en realidad; estudiar, luchar, renunciar á la paz, arriesgar la libertad, padecer, sufrir daños y persecuciones, diga usted, ¿no es amor á la patria? Y si esto no es amor patriótico, ¿con qué otro término, hágame Ud. el favor, podrá definirmelo?

—Y no obstante, la palabra «patria» ustedes no la usan jamás, ó muy rara vez, en la manifestación de sus ideas.

—Porque de esta palabra se ha falseado el sentido, y usándola no podemos ya entendernos con la mayor parte de aquellos que tienen siempre en la boca el vocablo

patria. Y sucede con esto lo mismo que con otros grandes nombres, que ya no contienen en la palabra la idea de la cosa. La palabra patria significa ahora para los más, algo abstracto y mal definible. Para algunos pueblos, es una institución política, ó una pura tradición histórica, ó un determinado orden económico, que hay que conservar y defender á cualquier precio. Para quien gritaba en el Parlamento que se debía esconder la gangrena bancaria por caridad patriótica, la patria era la Banca. En la mente de aquel emperador que dice que para conservar dos provincias conquistadas se debería matar desde el primero al último de los súbditos del Imperio que allí viven, parece que la patria no sea otra cosa que un determinado espacio de terreno señalado sobre el mapa geográfico con una línea de determinado color. Y para un gran número de patriotas de buena fe, el amor á la patria es la aspiración á una idea de grandeza, al cual parece debido y justo sacrificar todo y hasta el culto ideal unitario unido á él, ó sea, una conmemoración eterna del pasado, en la que se olvida el presente y no se piensa en el porvenir, y una fiebre permanente de la imaginación, que ve ó

busca cada día y por todas partes un peligro nacional, y querría que la vida de la nación se redujese á un tremolar continuo de la bandera. Gritando ¡patria!, se pretende que todos los lamentos cesen, que todas las injusticias se toleren, que todos los males se disimulen, que todas las grandes cuestiones permanezcan sin solución: como si la patria y sus hijos fuesen dos cosas separables y diversas; como si el bien de la existencia no fuese el fin último de todo; como si fuese razonable esperar un porvenir mejor sin mejorar el presente, y como si fuese posible hacer una patria próspera, feliz y gloriosa con millones de hombres pobres, enfermos y envilecidos. Por esta razón no nombramos la patria abusando de la palabra, y esto, porque su nombre está adulterado por muchos astutos que cacarean los servicios que prestaron á ella ó dicen que le prestaron; profanado y adulterado por muchos impostores que hacen de ese nombre una careta; por muchos mercachifles que hacen de este nombre un negocio. La palabra que éstos deshonraron, nosotros no podemos usarla para expresar la idea augusta y santa que tiene su verdadero significado.

— Sea en buen hora, pero en la idea de

fraternidad y de federación de los pueblos, ¿no se pierde naturalmente con todo eso el amor á la patria?

—¿Por qué? Al padre que dice á sus hijos: amad á vuestros conciudadanos como hermanos, ¿se le podría decir: mira que en el amor á la patria va perdido el amor á la familia? Sí cuando Italia estaba herida por las guerras civiles y cada ciudad estimaba fortuna propia la ruina de las ciudades vecinas, y se gloriaban de las banderas que les habían arrancado y de los hijos que les habían matado, si un italiano de Pisa, de Venecia, de Florencia, de Génova, hubiese dicho entonces á sus conciudadanos:—Esos odios son insensatos, esas guerras deben tener fin, y lo tendrán; la prosperidad de todos los italianos estará en el acuerdo entre todas sus ciudades, porque nos liga un orden de intereses más altos que aquellos que nos hacen ahora combatir, ¿se habría podido decir de aquel italiano que no amaba á su patria? Y la Idea internacional que anuncia el socialismo á los pueblos, ¿no es hija legítima de aquella que habría anunciado aquel italiano á sus compatriotas? ¿No es irracional juzgar desamor á la patria el deseo y la esperanza de que el bien

de ella se derive de una estable fraternidad de todas las naciones civilizadas, y no ya de la victoria violenta y pasajera de los intereses de los unos sobre los intereses de los otros? ¿En qué cosa perjudica este ideal á que cada pueblo conserve su unidad y su carácter, el amor á su tierra y á su historia, concurriendo á la gran obra del progreso general con la suma de aquellas facultades distintivas que le dan un ser propio y una gloria característica? ¿Y por qué pensar que aquella fuerza unificadora y benéfica, que pasa las fronteras de los pequeños Municipios, de las grandes ciudades y de los fuertes Estados, se detendrá eternamente en los confines de las naciones, ya ligadas por vínculos innumerables de derechos, de intereses y de pensamientos que crecen y se refuerzan constantemente? ¿Es posible afirmar que esto no llegará? ¿No es lógico esperararlo, no es justo desearlo, no es un deber quererlo? ¿Se puede decir que el que quiere esto no ama á la patria?

—Hasta todo eso puedo admitirlo; pero lo que llamamos nosotros ambición patriótica y orgullo nacional, vosotros no lo sentís.

—Es como si Ud. dijese á un padre:—

Reconozco que amáis á vuestros hijos; pero que deseáis que ellos sean respetados y honrados, eso no lo creo.

— Poco á poco...

— Vea la diferencia de las opiniones: creemos que aquellos sentimientos son verdaderamente fuertes y sanos sólo en nosotros. Nuestra ambición patriótica tiene otra meta, y nuestra altivez nacional no puede originarse de la misma fuente. Nos imaginamos que alguna vez, al encontrarnos en país extranjero, oiremos las siguientes palabras: — He ahí un italiano, saludémosle con respeto. Los italianos dan á las naciones un espléndido ejemplo. La gran lucha social se lleva á cabo en su país bajo la protección de una amplia libertad, no violada jamás por el Poder en beneficio de una parte, porque fué conquistada con la sangre de todos y es el fundamento sagrado del pacto nacional. La burguesía se defiende allí también por necesidad y por instinto; pero lealmente y con sabias concesiones, no con violencia, combatiendo las ideas, sin sofocar la palabra ni echar mano para combatir de las armas odiosas de la tiranía, que ella misma ha hecho derribar por tierra y rodar por el polvo. En poco

más de treinta años, su país ha levantado el edificio de una legislación social admirable. Todas las insensatas ambiciones han muerto en él. Todo el antiguo entusiasmo patriótico se ha cambiado allí en todas las clases en fuerzas fecundas de estudio y de sacrificio, dirigidas al supremo fin de extirpar la miseria, de difundir la cultura, de asegurar la concordia, de establecer la justicia. Ese es el único país de Europa en el cual, por generosidad y por sabiduría de todos, las grandes transformaciones sociales que son necesarias y que nada puede detener, se llevarán á cabo mediante procedimientos pacíficos que llenarán de admiración al mundo. Y bien: la sola idea imaginada de semejante juicio acerca de Italia, formado fuera de Italia, nos hace latir el corazón, y alzar la frente, y pronunciar el nombre de *patria* con un sentimiento de orgullo, de alegría y de altivez, que no puede ser más puro, más dulce y más profundo en el ánimo de ningún patriota. Pero vanagloriarnos de lo que nos parece vanidad y estulticia, enorgullecernos de lo que reputamos vergüenza y perdición, eso, ¡jamás!

— En resumen: que amáis la patria á vuestra manera.

—Ciertamente que en eso no hay culpa. La culpa está en no amarla de la mejor de las maneras. Esa es la cuestión. También hay diferentes modos de amar la propia familia. Creyóse en un tiempo que el que mejor amaba á la familia era el poderoso que sacrificaba todos sus hijos al primogénito ó mayorazgo, destinado él sólo á mantener el nombre y el esplendor de la casa, á costa de sus hermanos. Y este amor pareció sabio y prudente hasta en la sociedad que ahora lo juzga inicuo y cree que la primera ley del amor paterno es la equidad. Así, hay un amor de patria que quiere la gloria, aun al precio de la miseria, y se contenta con el orden á costa de la opresión, y sopla en la hoguera de los odios entre pueblo y pueblo, y se alimenta con el orgullo vacío y con las ideas muertas: y esta es una nación bárbara que condena nuestra razón y que nuestro corazón rechaza; y hay un amor patrio formado de caridad y de piedad que prefiere la prosperidad al fausto, la moralidad antes que la gloria, la paz en los corazones, la luz y el calor de la civilización, difundida igualmente; la patria, no explotada por algunos, sino bendecida por todos, y borrado de su limpio ros-

tro, antes que todo y á cualquier precio, la marca vergonzosa de la ignorancia y del hambre.

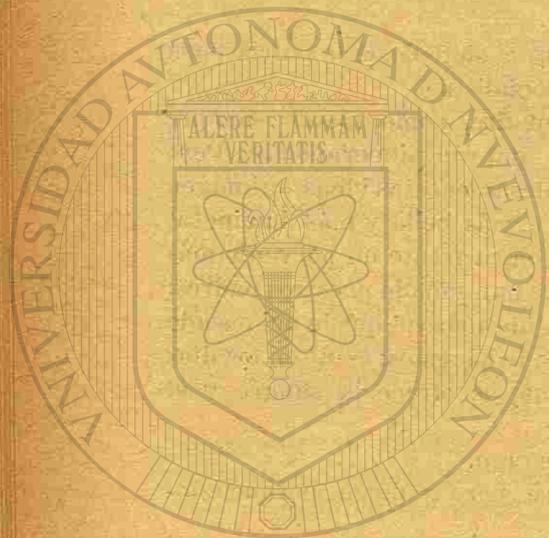
—¿Y cuál es el símbolo de la patria para vosotros los socialistas?

—Es una madre, como fueron siempre aquellas que amaron sinceramente. Pero desde que profesamos estas ideas, su imagen se nos aparece más bella y más luminosa, porque brilla en su frente un porvenir más grande del que han soñado nuestros padres; y es más ardiente todavía que la del pasado la ofrenda que le hacemos: como en los días de las batallas, se ofrece la sangre y el alma entera.

—Eso no se cree.

—¡Sí se cree, pero se niega, porque conviene!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GARIBALDI

ADMIRAMOS y amamos a José Garibaldi, tanto por sus hechos espléndidos de capitán, cuanto por la sencillez nobilísima de su vida y por la intuición luminosa que tuvo del porvenir, y por la gran bondad de su ánimo justo y equitativo: para todo lo cual necesitaba una fe inquebrantable en el mejoramiento de la sociedad humana.

Fué grande por el sentimiento altísimo de la fraternidad de los pueblos, en virtud de la cual, censurando a los Gobiernos opresores, no odió a las gentes con quienes tuvo que combatir—no podía hacerlo dado su espíritu,— y no amó la guerra, sino los santos fines por los cuales luchaba; con lo cual no perdió, sino antes bien afinó la ingénita pureza de su corazón apasionado por lo justo, mejor que por la gloria.

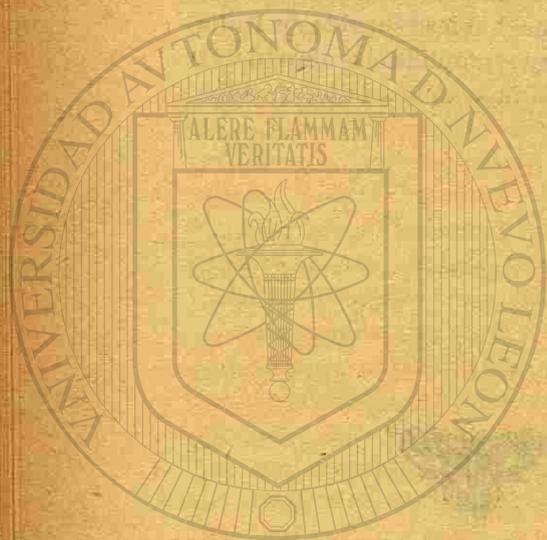
Fué grande por no haber jamás olvidado

ni siquiera en los esplendores de la victoria, las miserias y los dolores que aquélla dejaba tras de sí en las muchedumbres que bendecían su nombre; porque las raíces de aquellos males no se podían arrancar con las armas; con lo cual, no satisfecho de su propia obra por completo, fué modesto y reflexivo en la fortuna, y después de los triunfos, buscó la soledad contristado por la persistencia de las demasiadas iniquidades y las demasiadas vergüenzas del mundo.

Fué grande, por haber seguido atrevidamente por toda su vida con la razón y con el sentimiento el proceso del espíritu de su tiempo; por haber comprendido y vaticinado que después de las luchas épicas en que combatía, quedaban otras luchas en que combatir, y á otras la sociedad se preparaba, tan justas y más grandes, de las cuales palpitaba su visión en cada uno de sus pensamientos, presentándolos á su inteligencia; y por haber demostrado de mil maneras que si por necesidad histórica, él no era más que un soldado de la libertad y de la independéncia de las naciones, flameaban en él la compasión hacia el débil, el odio hacia la injusticia, el desprecio del presente y la esperanza inmensa de quien

mira á un ideal más alto: del cual habria sido uno de los campeones más gloriosos si su grande alma hubiese surgido en Italia cuando estuviera cumplida la obra de la espada, y limpia la vía para la nueva Idea del porvenir!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



EL VIEJO ALBAÑIL

Ahora márchate—dijo Mario á su mujer—porque debe venir el albañil Peroni, á quien tengo que hablar.

—¿De la cuestión social?—preguntó con gravedad afectada la joven señora, esforzándose por hacer más gruesa su dulce voz argentina. Después soltó una carcajada infantil, y exclamó—¡La bendita cuestión social! ¡Hombre, resuélvela de una vez!

—Ríe lo que quieras—respondió Mario.—Te lo he dicho ya otras veces: tienes la voz, la gracia y el cerebro de un pájaro; merced á todas estas condiciones, te perdono, pero... *despeja!*

—¿Por qué no he de permanecer?

—Ángel mío, porque no comprenderías nada.—Por lo demás, como no se trata de ninguna conspiración, puedes escuchar si quieres detrás de la cortina de la puerta, con tal de que no te dejes ver.

—¿Puedo hasta tomar apuntes?— preguntó la señora bromeando.

En aquel instante entró la muchacha anunciando á Peroni, y la señora se escondió detrás del repostero con aire de niño asustado.

El albañil entró arrastrando los pies. Estaba calado por la lluvia. Mario lo hizo sentar al otro lado de la mesa de despacho, frente á él. Peroni giró una mirada lenta por el cuarto, y después se puso á observar uno por uno todos los objetos que estaban sobre la mesa, como haciendo senda reflexión sobre cada uno de ellos.— Aunque habitaba en la misma casa, Mario no le había visto desde hacía un año, y le pareció demasiado envejecido y hasta más callado y corto de como había sido siempre.— Le preguntó, y él respondió á las preguntas respecto al trabajo de los muchachos, con frases cortadas y casi á empujones, y como si al hablar masticase algo que no pudiera tragar, y se detenía de vez en cuando, siempre que no conseguía expresar su pensamiento, como quien renuncia á hacer un esfuerzo que estima inútil; y en aquel momento, mirando fijo á la pluma de Mario, que corría sobre el papel, hacía dar vueltas

poco á poco á un prensa-papeles de cristal, con la gran mano escoriada por la cal, en la que por el movimiento se reconocía el tacto entorpecido.— Del trabajo de los chicos pasó poco á poco al de los hombres y á las condiciones de los oficios, y entonces, hablando de su propia situación, desligó un poco la lengua, pero no poniendo desde el principio en el asunto nada de queja en sus palabras, y como si se ocupase de negocios de un tercero.

Después de la reciente desgracia de las Bancas, el salario había tenido una considerable rebaja. El término medio había bajado á tres pesetas, pero él se encontraba en condiciones más graves: tenía sesenta y dos años, y aunque robusto, empezaba á declinar; en el trabajo de la nueva manera de construir, que era más fatigosa, en los puentes ó para el transporte de los materiales pesados, no servía ya como antes ni podía con la jornada de diez horas y media; el sol ardiente y violento, el polvillo de la cal ó del yeso, le producía una sed intolerable y daño en el estómago; en cuanto trabajaba una hora expuesto á la lluvia, ya tenía encima dolores reumáticos. Donde trabajaba á la sazón, el contratista pretendía

que cada operario hiciese siete metros cúbicos al día de fábrica, y para estimular á los menos fuertes, había formado una cuadrilla de obreros jóvenes y hábiles, á los cuales pagaba 50 céntimos más. Él hacía todo lo que podía, pero no llegaba á conseguir ponerse al igual de aquéllos, cuyo ejemplo le era constantemente arrojado á la cara. Preveía que lo echarían antes ó después. Hacía dos años que en todas las obras adonde iba, después de dos semanas, tres, un mes, por mucho que se dedicase al trabajo con ardor, le despedían; dentro de otro año á lo más, se vería obligado á hacer el peón, con pérdida de una tercera parte del salario, ó quizás la mitad. En el invierno último, no habiendo encontrado ocupación de albañil, se había dedicado á trabajar de carbonero en una fábrica de gas, pero no servía. Tenía un hijo de diez años, que todavía no llevaba á la casa cinco céntimos; la muchacha, con diez horas de faena al día, á destajo, en una fábrica, no ganaba más que diez perros chicos; el otro hijo, albañil, casado y con hijos, apenas sacaba lo necesario para sí; la mujer, por último, más vieja que él, era una plasta. La cosa iba cada día peor, y no pertenecía ya

siquiera á la sociedad de socorros mutuos de los albañiles, por no haber podido pagar hacía dos años aquella pequeña cuota mensual: de modo que cuando estaba enfermo no le daban ya los seis reales. Tenía necesidad de estrecharse por todas partes, privándose de la copa de aguardiente por la mañana, del tabaco, vestir remendado, renunciar al cuartillo de vino el domingo, pero ni siquiera bastaba todo eso;—y en este momento apareció en su cara una sonrisa irónica.—Después de cuarenta y cinco años de trabajo, ¡qué hermoso porvenir veía delante! Otros ocho ó diez más de fatigas y de privaciones, si las cosas iban bien, y después vendería fósforos en las esquinas de las calles, terminando en el hospital ó en el asilo si tenía fortuna.

Mario, que lo había escuchado con atención, se pasó una mano por la frente, y como si hablase consigo mismo, exclamó:

—¡Ah! ¡Esto tiene que cambiar!

Peróni lo miró cara á cara, y después movió la cabeza, como para indicar que comprendía, y fijando los ojos en el prensa-papeles, se encogió de hombros, con lo cual explicó el sentido de las palabras que poco después fueron saliendo de sus labios. Si, se

trataba ahora del socialismo; era un consuelo como otro cualquiera..., como el de esperar que tocara la lotería; pero él nunca se había dejado convencer. Cierto que era idea buena; pero para los jovencillos, ¡sueños y nada más! No leía tampoco *El Albañil*, porque, por otra parte, no habiendo podido estar en la escuela sino de chico, leía mal, se perdía á cada paso, y se cansaba el cerebro. Había conocido muchos obreros embebidos por aquella idea, ¿y qué habían ganado? Pues ser llamados á cada instante á la Delegación, registradas sus casas de día y de noche, presos una ó más veces, vejados por la policía, delatados por los compañeros, desconfiando de ellos los amos, despedidos, rechazados aquí ó allá, reducidos á la miseria, con la discordia y el espanto en la familia, y habían acabado, por último, por perder la fuerza y el valor, habiéndose visto precisados á bajar la cabeza y á pedir perdón. Entonces, ¿para qué? ¡Porquerías! Era una locura esperar un cambio de cosas. El tinglado está demasiado bien plantado para que se caiga.

—No, Peroni—dijo Mario.—No tiene Ud. razón; si todos hicieran lo que Ud., si ninguno tuviera fe en un mejoramiento para el

porvenir, ¿qué sucedería? Que morirían vuestros periódicos, que se disolvería vuestra sociedad, no se levantaría una voz más para sostener vuestros derechos, permanecería todo lo mismo ó se empeoraría todavía más la condición en que vivís.—Cierto que él no le aconsejaba que se lanzase entre los primeros para combatir en primera fila; pero que debía secundar al menos la agitación, interesarse en ella, aunque no fuese mas que para animar á los jóvenes en pro de la concordia y de la fraternidad.

El albañil movió la cabeza en señal de obstinación, é hizo ver á Mario su propio pensamiento. En el fondo, él estaba profundamente convencido de la fatal organización social presente. Comprendía que la idea de una transformación social, después de haberla hábilmente entrevisto en otro tiempo, había acabado por perderla por la imposibilidad reconocida de continuarla y mantenerla dentro de su cabeza, atrofiada por el desuso del pensamiento. Aquella idea que á su mente revestía una forma sencillísima, expresada con estas palabras: «No más amos», «las fábricas y las tierras para todos», le hacía efecto de las fábulas oídas de niño, en que se cuenta de ríos de leche y

de vino. Le parecía un concepto estrafalario y pueril. Sentía, sin embargo, en el fondo de su alma un como rencor sordo y profundo; pero no contra la sociedad, sino contra la ley inexorable y contra una injusticia odiosa, la cual no tenía remedio; y razonando á su manera sobre este punto, de repente, sin enlace con ninguna idea, exclamó repentinamente, lanzando un desahogo que Mario no se esperaba, contra los pensionados, retirados y jubilados de la nación, dando á entender que aquello era su preocupación fija, y como un pensamiento clavado en su cabeza como con un clavo. Sí, aquello le hacía daño; mientras estaba trabajando en una casa en la calle Humberto, había que ver pasar á la sombra de los árboles, á hombres de edad, bien vestidos, todavía robustos y sanos, fumando, leyendo un periódico, con semblante de holgazanes, y que él sabía que todos ellos eran pensionados del Estado; y, sin embargo, á su edad, podían todavía hacer al menos el trabajo de escribir. ¿Por qué habían de ser mantenidos á expensas de todos? ¿Que habían trabajado antes! Sí; pero él también llevaba trabajando muchos años, y decía que á ponerse juntas todas sus tareas he-

chas en cincuenta años, de casas, fosos, puentes, se podía enorgullecer de haber construido él por sí solo un pueblo entero. Pero esta idea era como única y solitaria en su mente, y después de haberla expresado, no sabiendo deducir otra conclusión, se calló.

Volvió á tomar el hilo de la conversación y dijo con aire preocupado, mirando fijamente al tintero:—Mientras más se envejece, peor se come..... Después de seis días de una faena de perros, el domingo, á pasear por Turin sin un céntimo en el bolsillo. ¡Qué hermosa figura de hombre! ¡Qué buen papel hace uno! ¡Jamás satisfacer un capricho, no beber nunca una copa de buen vino! ¡Y, sin embargo, pasar por borracho! —añadió con sonrisa amarga. El domingo último, precisamente, después de haber refrescado la garganta en la fuente de la Plaza del Estatuto, al pasar por la calle de Garibaldi, solo, y de mal humor, se le habían escapado algunas palabras, tales como: ¡Vaya una vida puerca! ¡Así no se puede vivir! y otras cosas. La gente se volvía y se paraba á mirarle, creyendo que iba bebido. Un señor hasta dijo en voz alta: «Ese la ha tomado buena.»

El sonrió de nuevo, mirando á Mario, el cual no pudo esconder un gesto de tristeza compasiva, al par de un sentimiento de desaliento, por no tener nada que decirle para consolarle. Pero no pareció que el albañil lo notase. Se veía en su ánimo que la dureza de la vida había destruído la facultad de percibir ciertos sentimientos, como si el trabajo hubiese embotado su inteligencia, lo mismo que se le había debilitado el tacto en la mano.

Para salir de aquel silencio, Mario le preguntó si no había pensado nunca en ir á trabajar á otra parte. Peroni hizo un gesto. ¿Cómo no había de haber pensado...? Pero una cosa es pensar y otra cosa poder. Hacía un mes, por ejemplo, que le habían llamado de Génova, pero como el contratista de allí no quería anticipar para el viaje... El que es viejo aquí, es viejo en todas partes. Ahora le tocaba reventar donde había vivido; pero la verdad es que no había sido afortunado. Había hecho mal en venir á Turín hace veinticinco años. Debió seguir trabajando en el campo, como en su juventud. En el campo—añadió—la pobreza pesa menos. En la ciudad se traga demasiado veneno.

—¿Qué quiere Ud. decir?—preguntó Mario.

—¿Qué quiero decir?—respondió Peroni, sacudiendo la cabeza con sonrisa triste.—Pues ya se comprende: al que come polenta, no le gusta percibir el olor del pollo asado; ¿no es verdad? Pues, piense Ud. un poco en nuestro patio. ¡Bella posición! ¡Debería esconderme como una araña! Y después, no importa, pero, ¡hay ciertas horas!... Permaneció un minuto callado; luego, como si estallase á un tiempo en su cerebro y en su corazón, tomó impulso de repente y volcó todo su ánimo, por decirlo así, en una tirada de elocuencia ruda, en la cual había, sin embargo, el orden que conserva hasta la gente inculta cuando expresa pensamientos á los cuales ha dado muchas vueltas allá en el fondo de la inteligencia.

Allí, en aquella casa, y desde la puerta de su miserable cuarto, colocado en un pequeño brazo del edificio, él veía, alzando los ojos, entre las cortinas de seda de las ventanas, paredes cubiertas de rica tapicería y de cuadros con marcos de oro y muebles elegantes; veía pieles y tapices, que sacudían por la ventana; patos y pavos colgados de las paredes..... doncellas bien

vestidas y bien alimentadas; señores que fuman habanos, señoras elegantes que leen libros hermosos, sentadas en medio de tios de flores; niños que se entretienen rompiendo juguetes costosísimos; oía destapar botellas, sonar el piano, estallar las risas en los banquetes de innumerables convidados, chocar la cristalería y la loza, llegando hasta sus narices el perfume del café y de las salsas. Se trataba de los dueños de la casa, del abogado, del contratista, un coronel retirado, empleados, propietarios, un médico, un pintor, todos, todos estaban mejor que él, aunque ninguno de los inquilinos trabajase lo que él trabajaba; el más pobre de todos era él, que había servido cinco años como soldado, se había afanado casi medio siglo trabajando, perdiendo la salud y precipitando la vejez, viviendo siempre honrado, como el más honrado de aquéllos, con más mérito, y cumpliendo un trabajo que la conciencia le decía no era menos útil á la sociedad que el que aquellos señores realizaban. ¿Por qué él estaba tan por bajo, aun del más modesto de aquéllos? ¿Por qué era él, que había expuesto cien veces la vida, el único que debía trabajar diez horas diarias para morir de hambre?

¿Por qué era el más rudo, el más ignorante, el peor alimentado y peor vestido, el más desgraciado de todos? El pensamiento de su pobreza se le avivaba continuamente por mil comparaciones penosas y humillantes; el sentimiento de aquella injusticia estaba siempre vivo en su pensamiento y le incitaba á cada instante, despertando su cólera mil olores, sonidos, actos, voces que llegaban hasta su cuchitril: aquel pensamiento se apoderaba de su ánimo y no podía tener distracción alguna, ni recuerdos atractivos de su vida pasada, ni lecturas agradables, ni alegres amistades, y hasta, á causa de su ignorancia, carecía de aquella confortación de ánimo que tenían otros obreros pobres, pero cultos, los cuales, leyendo libros ó periódicos, abrigaban la esperanza de un mejoramiento próximo ó lejano de su condición ó de la que llegarían á disfrutar sus hijos. Él no tenía nada de esto, no representaba nada, era el último ser, la barredura de la casa, una medio bestia humana, un instrumento ambulante que salía de aquellos muros al amanecer y volvía á la noche rendido, sucio, embrutecido, para comer un poco de harina cocida, y para continuar así, sin un consuelo, sin

un placer, sin una mejora, sin un cambio hasta que reventase!

Dijo estas cosas en otros términos; é interpretando el silencio meditabundo de Mario, como si le despidiese, se levantó y añadió con sencillez:

—¿Me he de marchar ya?

La humildad de aquella pregunta causó á Mario tanta pena como todo el discurso que le había escuchado, y le preguntó de repente á su vez, con acento que le salía del corazón:

—¿Puedo hacer algo por Ud.?

El albañil le miró con expresión en la cual se mezclaba la gratitud y un sentido de honrada dignidad, casi significando:

—¿Qué puede Ud. hacer por mí? No pudiendo darme trabajo, nada puede Ud. hacer por mí; nada, á no ser darme una limosna.

Todo esto se leía claramente en su semblante, pero se contentó con decir:

—Muchas gracias.

Toda la gran cuestión de la caridad como remedio á los males sociales estaba resumida en aquella pregunta y en aquella respuesta. En el momento de irse, el albañil giró una nueva mirada lenta sobre los mil libros que cubrían las paredes, y Mario, de

pie, á dos pasos de él, vió por aquel momento su ruda cabeza gris, la frente sin pensamientos, el labio caído por el embrutecimiento y la fatiga, dibujándose este perfil sobre las bellas encuadernaciones blancas, rojas, doradas, de una grande edición de los poetas y de los historiadores italianos, que llenaban tras de él una alta biblioteca cerrada de cristales; y pensando que de todo aquel mundo de ideas, aquella pobremente ignoraba hasta la existencia, que no tenía siquiera ni aun los goces y enseñanzas á que él había llegado, experimentó un sentimiento de compasión como el que se despierta á la vista de un ciego inmóvil en medio de un Museo de obras maestras de arte.

—¡Cuánto libro hay aquí!—exclamó el albañil.

Aquellas palabras le hicieron cambiar de pensamiento.

—¡Oh!—habría querido responderle Mario—si supieras cuánta falsedad, cuánta mentira, cuánta sentencia injusta é infames apreciaciones hay ahí reunidas!... Pero no lo hubiera comprendido, y le dijo, en cambio, que ya se verían otras veces, que le proporcionaría el periódico *El Albañil*, para

que se lo hiciese leer por la hija de noche, y que deseaba que él se ocupase un poco también de los intereses de su clase. Si no llegaba él á ver la mejora, por lo menos, ayudaría para que la viesen sus hijos ó sus nietos; porque eso era cierto como la luz del día. Él también debía esperar por ellos, y no desanimarlos con su ejemplo. En otros países, las cosas van cambiando. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en el nuestro?

El albañil lo miró con una vaga sonrisa de compasión; después movió la cabeza y, apretando la mano que le ofreció, murmuró casi hablando consigo mismo:

—Usted tiene buen corazón, pero éso no sirve para nada; sin embargo, mejor es éso que nada.

Y se marchó y enseñó la espalda encorvada, manchada por la cal y húmeda por la lluvia.

Mario le acompañó hasta la puerta, y cuando volvió á entrar en el despacho, vió á su mujer sentada á la mesa y con la cara apoyada en la palma de la mano.

—Has escuchado, pues—le dijo,—y tienes la cara seria; cosa de ver será que la elocuencia del albañil haya obtenido en ti

lo que la mía no ha conseguido jamás... ¿Es éso?

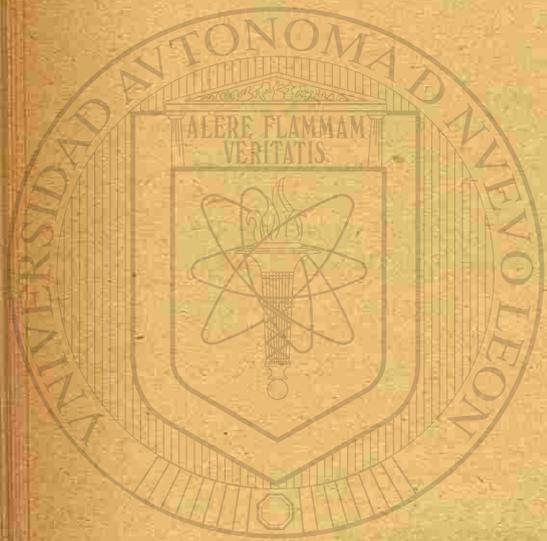
Y poniéndole una mano sobre el corazón, le dijo afectuosamente:

—Hay algo aquí, no lo he dudado nunca.

Después le preguntó sonriendo:

—¿No te reirás más en lo sucesivo de la *cuestión social*?

—¡No, Mario! — respondió la señora absorta en el pensamiento que le preocupaba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLABORADORES DEL SOCIALISMO

MUCHOS adversarios del socialismo son defensores de una tasa fuertemente progresiva, en la cual consiste el «programa socialista mínimo», presagiando que dentro de cincuenta años estará en vigor en todos los Estados civilizados; ó bien defienden la necesidad de un impuesto proporcional sobre la sucesión directa, en ventaja exclusiva de las clases trabajadoras: contribución que constituirá una especie de derecho sucesorio para todos aquellos que no tienen ninguna herencia que esperar, haciendo en general obligatorio á los ricos lo que ahora no es más que espontáneo acto de caridad de alguno que otro.

Otros dicen, como Richet:—Nosotros no creemos en el socialismo, pero prevemos que por efecto de la progresiva inevitable disminución del valor del capital (producida por un conjunto de cosas) llegará un

día en que serán casi suprimidos los capitalistas; porque para tener una renta correspondiente á la ganancia acrecentada del trabajador, se necesitará un capital tan enorme, que será escasísimo el número de los que puedan vivir sin trabajar.

Dicen otros, como Secrétan:—Nosotros no somos socialistas, pero pensamos que las asociaciones obreras se desenvuelven de tal modo, que reuniéndolas todas en una vasta asociación nacional, se estará en situación de rescatar de los capitalistas, todos los medios necesarios para organizar un sistema que consienta repartir más amplia y más equitativamente entre todas las clases trabajadoras, la suma de las riquezas sociales.

Dicen muchos otros, como Nitti:—Nosotros no tenemos fe en las ideas socialistas, pero estamos persuadidos de que extendiéndose la organización y la educación de las clases trabajadoras; llegando á ser más mecánica la industria; participando directamente del poder, como es justo y necesario, el pueblo trabajador ó clase obrera, la función de la burguesía quedará con el tiempo reducida casi á *cero*.

Otros muchos, enemigos irreconciliables

del socialismo (ejemplo, Spencer), admiten como cosa posible que el tipo social industrial, «quizás con el desenvolvimiento de la organización cooperativa, la cual cambia teóricamente la distinción entre el obrero y el amo», ha de producir en lo futuro un orden político y económico, en el cual no existan ya los intereses opuestos de clases.

Otros muchos, como Sonnino en su libro sobre Sicilia, dicen:—Nosotros negamos las luchas de clase —(naturalmente), — pero reconocemos que nuestras actuales instituciones libres, están ordenadas de un modo apropiado para perpetuar el imperio de un estado de cosas inhumano é inicuo; que ellas no son sino armas puestas en manos de una clase para que pueda seguir viviendo á expensas de otra, y que es preciso hacer de manera que esto cese, ó lo que es lo mismo, «que el aumento de la riqueza vaya en beneficio de las condiciones generales del trabajador, en vez de dirigirse todo, bajo forma de renta, á los bolsillos de los propietarios.»

Nosotros no somos socialistas, dicen otros, como Pedro Ellero, pero queremos que el trabajo tenga una legislación propia que le liberte de las formas serviles en que lo dejó el derecho romano; y que los opera-

rios gocen de una absoluta libertad de asociación, de contratos y de lucha; queremos instituciones que les faciliten de todas suertes los instrumentos y las materias del trabajo, para la consecución del capital.

Dicen otros, como el Cardenal Manning:—Nosotros no aceptamos el socialismo, pero queremos la intervención *diuturna* del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo; queremos la reorganización internacional del trabajo y la fijación de las horas y de los salarios mínimos; y no queremos que continúe la acumulación de la riqueza en provecho exclusivo de ciertas clases y de ciertos individuos, «porque es cosa injusta é inmoral, que conduce á la gangrena del consorcio civil y público».

Dicen otros, como los conservadores del género de Meyer en Alemania:—Creemos nosotros también una utopía el socialismo; pero queremos que sean tasados de una manera fuerte todos los provechos de la industria y de la Banca, limitando el interés de todo capital, no avalorado por su mismo propietario; obligando el Estado á los industriales á construir casas para obreros, y á mejorar la condición de éstos bajo todos respectos, por medio de leyes severas.

Otros, defensores del principio de propiedad bajo otra forma distinta, defienden, como muchos en Inglaterra, la nacionalización del suelo, ó dicen con James Mill:—Nosotros no estamos por el socialismo; pero queremos que vuelva en provecho del Estado por medio del impuesto, aquel plusvalor de la tierra, ó al menos una gran parte de él, que es consecuencia natural del crecimiento de la población y de la riqueza, sin el concurso de esfuerzo alguno ó de gasto alguno del poseedor.

Otros, rechazan el socialismo; pero proclaman la utilidad de convertir en servicios públicos la mayor parte de los que están hoy encomendados á la especulación privada; y defienden con Chamberlain que el gobierno municipal es el mejor instrumento de reformas sociales, y que su misión debe ser acumular la riqueza del procomún y dedicarla á atender á las necesidades de los ciudadanos menos afortunados, y ejercer como la dirección de una gran sociedad cooperativa, en la cual cada ciudadano vecino venga á ser como un accionista.

Otros dicen, como Molinari, Director del *Journal des Économistes*:—Nosotros creemos absurdo el socialismo, pero estamos

obligados á reconocer que, en vista del gran cambio por él operado, *están contados los días de la agricultura individual*; y cuál sea esa gran mudanza que Molinari no determina, lo señalan otros como Zangtar, que después de haber estudiado la propiedad colectiva de Hungría, dice:—Nosotros no somos socialistas, pero ¿quién sabe si el comunismo inconsciente de los pueblos niños no es aquella forma natural de la producción, que, puesta en práctica conscientemente, será llamada á traernos la madurez del progreso, los días felices de la infancia sin las tempestades que á éstos acompañaron?

Otros, combatiendo el socialismo, dicen, como el Ministro Barazzuolli, que es preciso extender la propiedad al mayor número posible de aldeanos: porque el aldeano que no posee, no será jamás otra cosa que un *siervo de la gleba*. Y cómo se pueda poner de acuerdo esto de la propiedad territorial con la agricultura individual pronosticada por Molinari, que es otra clase de economista que el Ministro, que lo diga quien tenga ingenio más agudo que el nuestro.

Otros enemigos del socialismo, como Victor Bersezio, ponen, sin embargo, ante

todas sus declaraciones la máxima de que la tierra debe ser de quien la trabaja.

Otros rechazan el programa socialista, pero censuran la idea de *la nación armada*.

Otros, como la mayor parte de los socios de la *Liga de la Paz*, dicen:—No somos socialistas, mas creemos en la federación de los pueblos y en la paz universal.

Otros como Clémenceau: — No somos socialistas, pero queremos establecer el derecho á la vida.

Otros:—No somos socialistas, mas queremos asegurar á todos los trabajadores la vejez.

Y otros todavía: —No somos socialistas, pero queremos hacer iguales los derechos de la mujer y los del hombre.

No somos socialistas, pero queremos la justicia gratuita; pero queremos el mantenimiento de los niños pobres, sin cuya manutención, la enseñanza obligatoria es una teoría y una mentira... Y se podrían citar infinidad de aseveraciones semejantes, las cuales nos demuestran la verdad de aquella sentencia que recordó hace poco Carlos Wagner á los estudiantes de las Universidades francesas: «El adversario, es un colaborador.»

Con efecto, poned juntas todas las afirmaciones, las tendencias, las esperanzas de las sinceras personas citadas más arriba, para cada una de las cuales el socialismo es una utopía, y ved si suponiendo que unas se lleven á cabo y otras se propongan para realizarlas, no nos conducen entre todas necesariamente á la realización completa de la idea socialista. Ved si en el centro al cual todas estas líneas ideales convergen, puede existir otra cosa que el mismo socialismo. Todos estos adversarios nos hacen el efecto de otras tantas personas que llevan inconscientemente una piedra para la construcción de un edificio, que dicen es imposible construir.

Ellos no pueden concebir una reforma, una idea de progreso y de mejora social, la cual no sea un argumento que indirectamente nos confirme en nuestra convicción; que no sea un involuntario impulso, un movimiento de nuestras ideas, una prueba más de que no es posible avanzar sino por el camino por el cual nosotros les precedemos, y que para no ser arrastrados al socialismo, no tienen mas que dos medios lógicos: ó permanecer inmóviles ó retroceder.

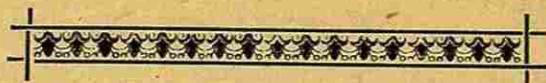
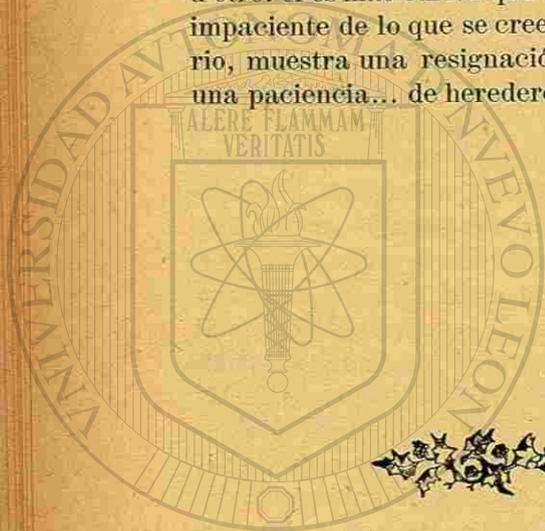
Pero el permanecer inmóviles es, por

fuerza de una ley social tan invencible como una ley natural, imposible; y el retroceder, parece á aquellos mismos que quisieran hacerlo, una cosa hasta más temeraria y funesta que ir hacia adelante.

Espontáneos ú obligados, dándose ó no cuenta de ello, son, por tanto, unos y otros, en distintas medidas, pero todos, nuestros colaboradores. Progresistas atrevidos ó cautos y conservadores tenaces, retrógrados de corazón, si no de hecho, todos nuestros adversarios se encuentran, respecto al socialismo, en la condición de aquellos ciudadanos de Nueva York que van por las «calles girantes». Pueden los unos adelantarse, los otros quedarse atrás; otros caminar en dirección opuesta al movimiento del puente que los sostiene, pero todos son arrastrados irresistiblemente hacia aquella parte adonde la calle misma se dirige.

Y esta verdad está comprobada ahora hasta por aquella parte más inculta y más apática del pueblo trabajador. No es un socialista italiano quien lo dice, sino un francés legitimista, conservador, quien lo asegura: — «Alrededor del lecho de púrpura y de estiércol sobre el cual muere esta sociedad en descomposición, el pueblo espera; bien

persuadido de que todo será para él un día ú otro: él es más burlón que violento, menos impaciente de lo que se cree: por el contrario, muestra una resignación socarrona, y una paciencia... de heredero!...»



EN EL CAMPO ENEMIGO

CARTA A UN JOVEN OBRERO SOCIALISTA

COMPañERO ingenuo, que pierdes tus ánimos alguna vez considerando el gran número de adversarios que nos combaten y de los indiferentes que nos miran: ¡te dejas arrastrar y descorazonar por una ilusión! Quien examina á las unas y las otras clases con mirada atenta, no sólo no pierde los ánimos, sino que siente vigorizada su propia fe, y encuentra un verdadero deleite en el espectáculo que ofrece el campo enemigo.

* * *

Por ejemplo: tú ves legiones de periodistas que truenan y lanzan escarnios clamando contra el socialismo; no te apures. No todos creen y sienten todo aquello que escriben. Muchos de ellos, cuando razonan

frente á frente con socialistas amigos suyos no son tan feroces é inflexibles como lo parecen luego en las columnas de sus periódicos. Muchos al juzgar la sociedad presente, no discrepan gran cosa de nosotros, y no pocos de ellos reconocen en el partido socialista la grandeza del fin, la lógica y la lealtad, el desinterés y la generosidad de la doctrina de los principales propagandistas. Otros admiten hasta una parte de nuestro programa, y llegan hasta aceptar que el socialismo es un freno contra la preponderancia ó casi omnipotencia del individualismo sin compasión, que nos conduciría á la revolución. Algunos van más allá, y presagian que el socialismo triunfará en poco tiempo para caer de nuevo, mas después de haber limpiado y preparado el terreno á una reforma menos atrevida, pero también más grande y duradera. Y si esta idea no la dejan ni siquiera vislumbrar en sus artículos, si las más veces dicen violentamente hasta lo contrario, es porque no pueden hacer otra cosa, porque eso contrario es lo que quiere que digan la gran masa de los lectores que mantiene la existencia del periódico del cual ellos viven; es contrario lo que dicen á lo que piensan: y si

escribiesen la mitad de lo que creen en el interior de su conciencia, verían en la administración del periódico las bajas de la suscripción; pero si mañana se fundara un periódico socialista con un millón de capital, que ofreciese diez mil pesetas al año á los colaboradores, tén por seguro, amigo mío, que muchos de esos periodistas aceptarían con gratitud un puesto en la Redacción y llenarían *concienzudamente* sus deberes. La fuerza verdadera y tenaz no está mas que en las profundidades de las convicciones. Aquéllos no son, pues, enemigos fuertes é implacables que el socialismo deba temer.

*
*
*

Así también verás furiosamente combatido el socialismo por todos los llamados acomodados, ó que gozan de cierto bienestar, los cuales temen que el mundo, cambiando para mejorar á los más, cambie para empeorar á los menos. Esos llaman á los socialistas rebeldes, envidiosos de los ricos, enemigos del consorcio civilizado, perturbadores... no te inquietes por eso. ¡Si lo hace la mayor parte cuando habla de los burgueses más acomodados que ellos, de

aquella aristocracia millonaria que le ofusca con su lujo, que le domina con su influencia, que le ofende con su altanería! ¡Qué tiene de extraño, pues, que diga lo propio de los socialistas!

Oirás de su boca todas las fórmulas y argumentos de los socialistas más atrevidos, una identidad de objeciones y de palabras que te harían creer que se aprenden de memoria nuestros periódicos; pero condimentadas sus aseveraciones, con una mucho más dura acrimonia. Es preciso ver cómo analizan las turbias fuentes de donde nacen las grandes fortunas; cómo flagelan el ocio fastuoso y soberbio, cómo se revuelven contra la potencia corruptora de las grandes riquezas *acumuladas en pocas manos*. Gritan haciendo la cruz á los socialistas de la buhardilla; pero son socialistas de cuarto tercero, y furibundos contra los acaparadores y parásitos del piso principal. Si la nueva doctrina no mirase más alto que á este piso, se inscribirían en el partido socialista.

De todos modos, son socialistas, aunque sólo de la cifra de su patrimonio en adelante; instigadores del odio entre círculo y círculo de su respectiva clase, aliados nues-

tros indirectos, colaboradores parciales, abogados secretos é inconscientes de nuestra idea.

*
* *

Hay otra clase de adversarios nuestros, que quizás te dé que pensar; sociólogos de encargo, profesores, economistas, académicos y conferenciantes, los cuales demuestran científicamente que el socialismo es una doctrina absurda y funesta. No se les debe dar una importancia excesiva. Muchos de ellos se encuentran en las condiciones de aquellos sacerdotes que no tienen ya fe. Intentan, sin embargo, fingir que la tienen; cierto que no existe todavía un programa gubernativo para las ciencias económicas y sociales, como pedía al Ministerio no hace mucho un senador israelita, pero dentro de determinados límites se puede decir que está sobreentendido: el estipendio marca el camino: no se puede profesar el socialismo desde la cátedra de una escuela.

Por otra parte, ya en ello la reputación científica. Puede un ciudadano cualquiera, hasta culto, justificar su conversión á las nuevas ideas, diciendo: — Me he puesto á estudiar y me he convencido; pero ¿cómo

puede decir un economista, después de treinta años de estudio, reconozco que he recorrido un camino falso?

No se puede pretender que todos sean héroes, y muchos de los que combaten el socialismo con jactanciosa seguridad, son asaltados de mil dudas, que les hacen buscar transacciones en los debates privados y en el seno de sus familias, hasta cara á cara de sus adversarios, en los principales puntos capitales de sus respectivas doctrinas. Pero ya el edificio de la ciencia oficial, socavado y roto por todas partes, parece una de aquellas casas viejas de las antiguas ciudades, de las cuales no queda sino los muros, en medio de los que se va levantando, aunque no se ve, el edificio nuevo. Vistas por fuera, la fachada tiene todavía aspecto de solidez y hasta de majestad, pero ya no es más que un simulacro de edificio denunciado y próximo á caer.

*
*
*

Hay otra clase de conciudadanos que te causan desaliento y amargura. Son pobres empleados gubernativos ó de administraciones particulares, comisionistas, maestros, profesoras, burgueses; los cuales, por mil

razones de interés y de sentimiento, deberían hacer causa común con nosotros, formando en la fila primera de nuestro campo; pero, los más, permanecen todavía en el campo opuesto, resistiendo á la acción de la propaganda, y jamás se les ve con uno de nuestros periódicos entre las manos y hasta huyen visiblemente de nuestra compañía. ¿Tú los crees enemigos y les tienes odio y los llamas ciegos? Pues, ¡cuánto te engañas con respecto á la mayor parte de los mismos! No son ciegos, son tímidos; piensan y entienden las cosas como nosotros; está con la nuestra su conciencia y su corazón; pero su pan y el de sus familias se halla en manos de los demás. Si entran en el socialismo, lo pierden. Están amenazados y vigilados; no tienen libertad ni seguridad; pero, no lo dudes, nuestros periódicos y nuestros libros los leen de oculto, y acaso en el seno de sus familias expresan nuestras ideas y nuestras esperanzas; y tal vez en la papeleta electoral escriben el nombre de nuestro candidato, y del incremento maravilloso del movimiento socialista que siguen con toda su alma, se alegran y envaneecen en secreto.

Espera que el partido llegue á ser tan

alto y vasto que los pueda proteger, y entonces te convencerás de que en espíritu le pertenecieron siempre, y los verás acudir á centenares á la luz del sol.

Consideras todavía como enemigos á aquellas grandes muchedumbres de gente de todas las clases sociales que al escuchar el nombre de socialismo se encogen de hombros y responden que no quieren siquiera oír hablar de él, y vuelven la espalda á los propagandistas; pero te engañas: todos éstos rechazan el socialismo, no porque es lo que es, sino por la única razón de que es una idea nueva, y les repugnan igualmente todas las otras ideas semejantes por aquella inercia de la inteligencia y del ánimo en general, llamado ahora *misonetismo*; para los cuales, la aceptación de cada idea nueva es un trabajo, hasta un verdadero dolor que ofende y desconcierta el organismo, como una violencia hecha á su naturaleza. Ellos no tienen ni convicciones, ni pasiones. Están del lado donde se puede estar sin moverse y sin pensar. Son monárquicos, bajo la monarquía; republicanos, con la república; clericales, cuando el clericalismo impera; demócratas, cuando impera la democracia. Su divisa es: «No que-

remos que nos fastidien.» No se preocupan por saber si los socialistas tiene ó no razón, si pueden conducir la sociedad del antiguo á un estado mejor; para ellos son perturbadores, y por este solo hecho los aborrecen y cierran los oídos á sus voces. No les escucharás, sin embargo, jamás expresar su juicio acerca de las doctrinas socialistas, ó si lo expresan, oírás opiniones de otros, repetidas mecánicamente, que no tiene ninguna raíz en el ánimo de ellos, dentro del cual no puede ninguna idea echar raíces.

La muchedumbre ésta es numerosa ciertamente, pero no es una fuerza hostil, temible. No hay siquiera necesidad de conquistarlos, porque sobre esa masa no ejerce poder la idea, sino únicamente los hechos consumados. Ella cederá ante el hecho; no sostiene ninguna forma política ó social, sino hasta el momento en que es más cómodo sostenerla que dejarla caer. No poseen otra fuerza que la de su propio peso; y apenas sientan inclinarse el terreno hacia el socialismo, se escurrirá hacia él de repente toda esa multitud como una gran cantidad de nieve se desliza por la pendiente á un ligero soplo del viento.

Viene después en las clases cultas una categoría aparte, de adversarios nuestros, especialmente de personajes ya conocidos y vivos de ingenio y elásticos de conciencia, los cuales combaten el socialismo, pero explorando el horizonte y olfateando el porvenir. Son profesores, hombres de ciencia, escritores, estadistas, políticos, persuadidos allá en el fondo de lo inevitable de un gran cambio de cosas, pero convencidos al mismo tiempo de que por ahora para ellos es más útil el combatirlo que el secundarlo. Lo atacan, no obstante, con oportunos miramientos para no cerrarse el camino al gran paso que se proponen dar en el momento propicio. Acarician con una mano al proletariado, pero alisan con la otra á la burguesía: hablan de la fraternidad de las clases, pero sin decir cuál sea el primero que deba tender los brazos; cantan himnos á un mejor porvenir, pero sin determinar en qué debe diferenciarse del pasado; aprueban las leyes excepcionales, pero á condición de que sean «aplicadas» con delicadeza. Así podrán decir un día que han sido devotos antiguos de las nuevas ideas, y que hasta han cooperado á su triunfo.

Hay en el pellejo de cada uno de estos burgueses, un socialista pronto á salir fuera y mostrarse; los cuales, cuando están en la plaza pública, hacen alarde, y cuando están en una sala «se comprimen». Pero el socialista oculto saltará fuera el día menos pensado, no lo dudes, y sin esperar la última hora. ¡Quién sabe cuántos de éstos vuelven la cabeza hacia los elocuentes opúsculos de la propaganda dirigida á la conciencia y hasta vituperan al último obstinado impenitente! ¡Y será hermoso espectáculo el de aquel tiempo en que sobrevenga una avalancha inesperada, una mudanza de conciencias contrahechas ó rehechas, con transformaciones y giros que superarán en grandiosidad y originalidad á cuanto se ha visto en el mundo hasta el presente!

*
*
*

Así es: los enemigos del socialismo, los obstáculos que se atraviesan en el camino de la nueva idea, creídos unos y otros como formidables, son tales únicamente en apariencia, pero no en realidad. Es un sistema de viejas fortalezas dispuestas de tal modo, que caida una, las otras no resistirán; un ejército que escribe y habla, compuesto de

plumas y de gargantas mercenarias que no tienen fuerza alguna sobre las conciencias y los corazones; una confederación de interesados, á los cuales no queda siquiera un solo gran principio tras del cual puedan esconder la defensa de los propios intereses; y á su alrededor, un gran gentío de holgazanes y de embrutecidos incapaces de defenderlos; y mezclados á esta masa, gran número de astutos que alimentan en su corazón la traición misma.

La prueba está en que, sintiéndose débiles, y estando desalentados, no tienen siquiera la prudencia elemental de defenderse y celebrar su festín con un poco más de modestia. A ellos les cuadra perfectamente aquel simil de Luis Blanc, que compara la sociedad de su tiempo á Luis XI en sus últimos días, cuando se esforzaba por sonreír, disimulando su palidez y postración, procurando no vacilar cuando andaba, diciendo á su médico: «Pero mire, mire; nunca he estado tan bien como ahora. Y así es» — dice — «la sociedad de hoy aunque se sienta morir. Circundada de todas las mentiras de su riqueza, de todas las vanas pompas de un poderío que se desvanece, ella afirma puerilmente su fuerza, y en

el exceso mismo de su turbación, se envanece. Los privilegiados de la civilización moderna se parecen á aquel niño espartano que sonreía, teniendo oculta bajo el vestido la zorra que le roía las entrañas. Ellos también muestran una cara sonriente, esforzándose por ser felices; pero la inquietud la llevan en el fondo de su corazón y les roe las visceras».

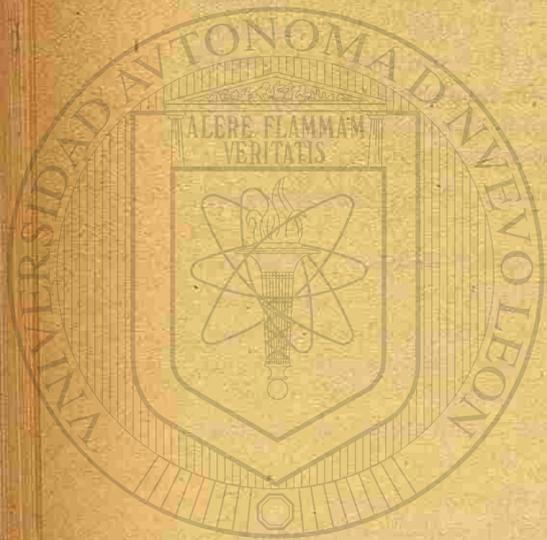
Pero ya ni siquiera sonrien; gritan que el socialismo es una barbarie, llaman malhechores á los socialistas, blasfeman contra la libertad y se encomiendan á aquel Dios en quien no creen.

La enfermedad se inclina á su término cuando principia el delirio.

He ahí la verdad consoladora.

Y ahora, te saludo, joven compañero, y te exhorto á proseguir sereno por el camino... del domicilio vigilado.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COMPAÑERO...

No sonrías ante esta palabra, profesor egregio! Ha pasado el tiempo en el cual se podía reír de nuestros actos. Si tú, docto cultivador de los estudios históricos, vives cincuenta años más, podrás enorgullecerte mucho un día estudiando cómo ha surgido, cómo se ha difundido entre nosotros el uso de aquel vocablo.

Pero es la sencilla voz y no la idea la que te hace sonreír y querías preguntarme, como otros han hecho ya, por qué hemos adoptado aquel término y no otro cualquiera. ®

¿Amigo, —quieres decir, por ejemplo? Amigo se puede ser aun disintiendo respecto á las más grandes cuestiones que agitan al mundo; y por otra parte, ya somos tan numerosos hasta en una sola ciudad,

que no podemos llamarnos propiamente con aquel nombre.

¿Hermano?

Con esta palabra no podemos distinguirnos, reconocernos, porque para nosotros, todos los hombres son hermanos.

¿Camarada?

Se usa entre la *fuerza armada*, y nuestro supremo deseo y nuestra firme fe es de no tener jamás que hacer uso de otra fuerza que la de la razón, ni de otras armas que de las de la palabra.

Compañero, pues, es nuestro apelativo; que se da á quien sigue nuestro camino, defiende nuestros mismos ideales, encendido por nuestra misma esperanza, expuesto á los mismos peligros, pronto á socorrernos inmediatamente, seguro de ser socorrido siempre; conmovidos todos por la misma alegría que conmueve á cada uno ante las nuevas conquistas realizadas en la larga vía por el ejército inerme é invencible, al cual pertenecemos: y que combate sin ambición, sin rivalidad y sin beneficios ni ventajas, con la única compensación que procede de la conciencia de servir la causa de la verdad y de la justicia, y de preparar al mundo una edad mejor.

Pero ¿de qué sirve explicar todo esto, ilustre profesor? Como el nombre de pila de una persona amada tiene para el que la ama un significado y un sonido íntimo que otros no pueden comprender ni sentir, así es la palabra «compañero» para nosotros: y sería inútil todo esfuerzo que hiciéramos para explicarla ó mostrar su valor, como es inútil explicar la belleza de un verso á quien ignora la lengua en el cual está escrito.

El obrero que se oye llamar *compañero* por el hombre acomodado; el señor que escucha que le da aquel nombre el pobre, el docto á quien se lo aplica el hombre inculto, el jovencillo á quien se lo dirige el viejo; sólo el propagandista apasionado que se lo oye llamar la primera vez por el amigo que adopta la palabra como signo y prueba de la conversión deseada; sólo el prisionero que en el ángulo de un pedazo de papel hecho llegar á él con mil trabajos lo encuentra escrito, significando que el *compañero* le ofrece la consoladora promesa de que á su mujer y á sus hijos no les faltará el pan; sólo el orador que lanza la palabra ¡*compañeros!* á un tropel de 5.000 oyentes de todas las clases sociales, siendo acogido con el mismo estremecimiento de altiva complacencia;

únicamente el que, llegado á una ciudad desconocida, se oye llamar «compañero» por cien jóvenes jamás vistos, á los cuales, por efecto de aquel apóstrofe, se siente ligado de repente por mil vinculos de afectos y de pensamientos, como si se tratase de amigos de la infancia vueltos á encontrar en la vida: éstos solamente, sólo nosotros, podemos sentir y comprender la poesía y la fuerza, el sonido como de voces innumerables, el soplo potente de juventud y de victoria que encierra esta palabra.

Como en los días de la infancia, en la escuela, cuando en lugar de la palabra amigo, que no se usa aún, se emplea aquella de compañero, y se dirige á todos, ricos y pobres, con el mismo sentido, no turbado todavía por concepto alguno de diversidad de clase social, así á nosotros, con el empleo de esa frase, se comunica á nuestro ánimo el sentimiento intuitivo de fraternidad y de igualdad de aquella edad hermosa: sentimiento que había permanecido sepultado por espacio de muchos años bajo un cúmulo, superpuesto poco á poco, de ideas falsas, orgullo, miserias, intereses de clase, convertido todo ello en egoísmo medroso é inconsciente; y en este rejuvenecimiento

del corazón y del lenguaje, sentimos el presagio y dirección de los hombres hacia aquella hermosa edad de la infancia, iluminada por la ciencia y la experiencia, pensando en ciertas condiciones y formas de vida de la infancia misma de la humanidad que constituye la definición poética no realizada todavía del socialismo.

Sí, esta palabra «compañero», que ha adquirido sentido nuevo en todas las lenguas europeas, que se cambia familiarmente desde París á Berlín, desde Milán á Madrid, desde Nueva York á Londres, desde Bruselas á Sidney, entre hombres que no se vieron ni se verán jamás; esta palabra, cuyo sonido grave y amoroso, cuando se la decimos al más humilde trabajador de nuestra familia, como por virtud de nombre mágico acalla en nosotros todo sentimiento de vano orgullo, ó, si un momento persiste, es sofocado después de un instante por un sentimiento de remordimiento y vergüenza, violento, como una oleada de sangre; esta palabra, que al verla escrita á la cabeza de una carta dirigida á nosotros, nos parece tanto más solemne cuanto más ruda y torpe se revela la mano que la ha trazado con dificultad... este vocablo es para nosotros

un alto y purísimo motivo de confortación y de alegría!

El hecho de no poder llamar amigos á muchos, de no oírnos llamar amigos de otros, nos compensa con ese querido nombre al poder llamar á muchos, compañeros. Para cada amigo perdido, cien compañeros le substituyen, unidos á nosotros, aunque apenas nos conozcan, acaso de una manera menos íntima, pero más sana y más fuertemente humana que la amistad rota. En el tropel que pasa y en las muchedumbres inmóviles, buscando caras amigas, nuestras miradas se detienen preferentemente en los rostros de aquellos que llamamos compañeros; semblantes mal conocidos casi siempre, vistos sólo una vez entre otros mil, pero que nos recuerdan reuniones fraternales, horas de entusiasmo, muchedumbres excitadas y, sin embargo, serenas, en las cuales sobre todas las frentes se veía brillaba la misma idea, y en las cuales se inflamaba el corazón con el mismo fuego. Y más nos alegra aquella palabra no dicha á nosotros por la boca, sino por el gesto del semblante en mil encuentros casuales y expresados con una sonrisa indefinible, que significa un saludo familiar y cordial. ¿Qué importa saber el

nombre del que pasa? Su mirada, su saludo nos dice: soy un compañero tuyo, y entonces nuestro corazón responde: «soy tu compañero», y en aquellas tres palabras, no oídas pero casi vistas y adivinadas como los tres colores tremolantes de una bandera, se han entrecruzado dos corrientes luminosas de ideas, de simpatía y de esperanza.

Entre tanto, la palabra se difunde; cada año, nuevos millares de hombres la comprenden y la aceptan; corre de boca en boca por sitios donde ayer era desconocida; se aprende por mujeres y por niños; resuena en las escuelas; entra en la literatura; se impone á la historia; y cuanto más se extiende por el haz de la tierra, y tanto más profundamente arraiga en nuestro espíritu, tanto más grande se hace en nuestro pensamiento, y se dulcifica en nuestro corazón; y por esto, con creciente ardor, recomendamos á los jóvenes que la respeten, que no la profanen, que profundicen su significado, mediten bien sobre lo que impone pronunciarla con el corazón y con la conciencia, y que hagan comprender á sus hermanas y á sus prometidas y á los ancianos de la familia, que no dice nada aque-

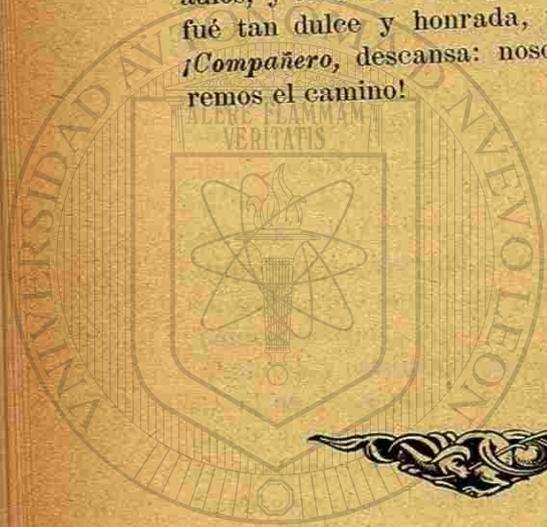
lla voz, que ellos no pueden gritar con la frente alta ante la imagen de la patria á quien aman y del Dios en quien creen; y no sólo esto, sino que deben aceptarla ellos también y difundirla á su alrededor y bendecir la juventud que la ha hecho suya y la ha proclamado á los cuatro vientos del mundo: porque ella expresa la comunión de millones de almas en un ideal que abraza la más grande aspiración de la humanidad y las más santas leyes de Cristo.

Esto decimos á los jóvenes. Es superfluo decirselo á algunos que han acogido la fe socialista en aquella edad en la que cuando nace esa fe, nace al mismo tiempo del corazón, de la razón y de la experiencia de la vida. Aquellos que por espacio de algún tiempo pronunciaron la palabra *compañero* con acento paternal y se la oyeron decir con acento filial, continuarán amándola y propagándola, aunque se debilitase en ellos la fe en la doctrina; porque no podrán nunca renunciar á la profunda y austera dulzura que aquel vocablo les hizo conocer, y permanecerán aferrados á su sueño como á una ilusión voluntaria en su alma, como á una ilusión necesaria en su existencia.

Y no esperen los más confiados y viejos amigos que nos combaten, ni siquiera los más amados padres, que aquella voz pueda jamás morir en nuestros labios ni en nuestro espíritu. Cuando hasta la vejez ó la enfermedad, y hasta el nublarse de la inteligencia, ó un golpe de fortuna, nos condenase en nuestros últimos años á ser soldados desarmados é inactivos de la Idea, aquel nombre permanecerá siempre grabado en nuestra alma como la expresión del más alto estado á que nuestra conciencia y nuestra vida de hombres y de ciudadanos se haya elevado jamás. ¡Y en la última hora, después que hayamos dicho adiós á las criaturas que nos rodeen, á quienes nos liga de un modo más querido el lazo de la sangre, nuestra mirada buscará un amigo, uno al menos, á quien podamos decir todavía una última vez *compañero*, como en nuestros bellos días de trabajo y de batalla!

Y la más amplia, la sola gloria póstuma[®] deseada por aquellos que entre nosotros hayan dignamente trabajado por la grande causa, será ser acompañado allá donde á todos nos esperan, por un puñado de aquellos á quienes dimos aquel nombre y que nos

salude el que sea más pobre con un último adiós, y todavía con aquella palabra que fué tan dulce y honrada, y nos diga:—
¡Compañero, descansa: nosotros proseguiremos el camino!



EL SOCIALISMO Y LA IGUALDAD

HACE tiempo, un joven autor dramático, cuyo vigoroso ingenio es muy admirado, respondía á la circular de cierto periódico que le preguntaba su opinión respecto al socialismo: «Soy adversario del socialismo, porque socialismo significa igualdad, y esta sola palabra me irrita» (*).

Esta respuesta, que expresa el pensamiento de muchos, nos sugiere algunas consideraciones.

(*) Un gran periódico ilustrado de Milán, al saber esta respuesta, lanzó una exclamación admirativa que venia á significar: «He ahí la respuesta de un hombre de valor».

Nosotros no comprendemos esta admiración, porque nos parece que no se necesita gran valor para expresar una opinión profesada todavía por 498 Diputados, por el Senado entero, por el gran mundo que dicta las leyes al Teatro, por el 99 por 100 de los periódicos, por los fiscales, jueces, alcaldes, gobernadores, y hasta por una gran parte de nuestros muchos millones de gentes que no saben leer ni escribir.

Ante todo, no nos parece una respuesta clara.

¿A qué igualdad—preguntamos al egregio autor—se quiere referir?

No le interrogamos si á «la igualdad ante Dios», porque si es creyente, la pregunta sería una ofensa para él, y si no lo es, no tendrá para él sentido alguno.

No le queremos preguntar si ha querido aludir á «la igualdad ante la ley», porque para los ciudadanos italianos liberales, ésta sería una pregunta injuriosa.

No le preguntamos siquiera si ha querido decir «la igualdad de todos los hombres en la estimación pública», porque no podemos suponer que atribuya al socialismo el ideal absurdo de una sociedad en la cual el hombre obtuso, débil, inútil, vil ó malvado, y el hombre de ingenio, de corazón y de carácter, laborioso y útil á sus conciudadanos, hayan de ser considerados igualmente. Se comprende perfectamente que cualquier igualdad en la sociedad ideada por nosotros, entre el simple trabajador mecánico y el inventor de una máquina que alivia el trabajo á miles de brazos; entre el portero del teatro y el autor dramático que alegrará ó conmovirá un sinnúmero de corazones, siempre

habrá en el concepto público la distancia que separa la estimación de la admiración, la benevolencia del entusiasmo, la obscuridad de la gloria. Dicen lo contrario los enemigos del socialismo, ignorantes ó hipócritas; pero no debe decirlo una persona ilustrada, autor dramático.

Tampoco pienso que haya querido hacer alusión á «la igualdad económica», porque la fábula del Estado socialista, en el cual todos comen la misma ración y visten de la misma manera, ya no se censura ni siquiera por los burlones de mala fe y de poco ingenio; porque las personas ilustradas ya saben sin duda que la fórmula de *á cada uno según sus necesidades*, no expresa más que un ideal remoto, no reputado como viable ni aun por los socialistas, y que será realizable en un tiempo en el cual la producción haya crecido bajo todos sus aspectos, hasta tal punto, que pueda suprimirse el problema mismo de la repartición; porque se sabe ciertamente (y esto lo sabe el más ignorante de los obreros socialistas), que la fórmula del socialismo es *á cada uno según sus obras*, lo cual da á entender una diversidad de ganancias, y de aquí una diversidad de bienestar y de manera de vivir que

no contradice en nada el principio de la *abolición de la propiedad privada de los medios de producción*; la cual consiente otras muchas maneras de propiedad de objetos útiles y superfluos, de comodidad, de entretenimiento, de adorno, con el fruto directo del propio trabajo.

¿Cuál puede ser, por consiguiente, el pensamiento expresado por el autor dramático?

¿Quizás este: que en el estado de igualdad deseado por el socialismo no será ya posible, á quien esté dotado de grandes facultades intelectuales y de cualidades superiores de ánimo, obtener el premio merecido de la riqueza? Si tal fuera su pensamiento, yo le respondería: — Mirad alrededor vuestro, ved si en la sociedad presente son las facultades más elevadas de la inteligencia y las cualidades más superiores del ánimo, aquellas que en la inmensa mayoría de los casos conducen á la riqueza. Es evidente, hasta para la inteligencia de los niños, que aquellas condiciones no conducen á la riqueza, sino en rarísimos casos y casi solo en milagrosas excepciones, y por un camino bastante más largo y difícil que aquel por el cual se llega á la riqueza con

facultades intelectuales de segundo orden, ayudadas por la audacia, por la fortuna, por la astucia y por la falta de escrúpulos, por el desprecio de la opinión pública, por un vigor salvaje de voluntad, por una violencia brutal de egoísmo, todo lo cual quita enteramente al hombre el carácter de criatura cristiana y civilizada.

Mirad alrededor y ved en todas las esferas de la actividad intelectual, y especialmente en la de la ciencia, las letras y las artes (que es el campo propio del autor dramático), cuántos son los hombres de ingenio, hasta superior, y de rara laboriosidad, los cuales, no por su particular desgracia, sino por fuerza regular de las cosas, permanecen por toda la vida en un estado de mediocridad económica próximo á la angustia, obligados á un trabajo excesivo y á una lucha afanosa, llena de humillaciones y de amarguras. De cada cien hombres de ingenio (y honrados se sobreentiende), por la sola virtud de su propio talento, únicamente llega uno por mil al bienestar y á la opulencia. El número de los afortunados es, por consiguiente, tan escaso que no sería racional ni humano que sólo por dejar á algunos poquitos abierto el camino de la

riqueza se rechazase una reforma social que conduciría á un estado mejor á millones de hombres.

La igualdad que no quiere aquel escritor, acaso sea «la igualdad en las *condiciones iniciales de la lucha por la existencia*», requerida por el socialismo, la cual haría posible á todos los hombres de talento, de cualquier estado social, la educación de sus mejores facultades, y de aquí el concurso á los más altos empleos intelectuales, que están ahora, por la mayor parte, circunscritos y como vinculados casi en una sola clase social.

Pero no lo creemos: porque habria en esto una contradicción manifiesta entre la igualdad y la conciencia de los hombres de ingenio, á los cuales parece que el ejercicio útil de una inteligencia superior da derecho á una condición de vida privilegiada. No lo creemos, porque no es posible que dicho autor no sienta en el corazón mil voces que le gritan desde los campos y desde los talleres: — ¡Oh, señores! ¿Por qué decís que el ingenio es un dón de Dios; y si creéis honrarlo y protegerlo y afirmáis que á él corresponde el gobierno del mundo, por qué no lo buscáis como el oro en la tierra, en todas partes

donde se oculta? Nacen también entre nosotros inteligencias privilegiadas que podrían en la ciencia y en el arte llegar á admirable altura, beneficiando al mundo; ¿por qué las dejáis en el arado ó en el yunque? ¿Por qué en el concurso del talento, donde la sociedad debe escoger para servirla á los más fuertes, no llamais también á los nuestros, vosotros que decís que la libertad política ha abierto en el mundo á todos, todos los caminos? No, vosotros no podéis negar que este grito es justo; ni podéis dejar de comprender que «la igualdad en las *condiciones iniciales de la lucha por la existencia*» entre todos los ciudadanos, consistiendo la elección del talento, en una concurrencia centuplicada, produciría en beneficio de la sociedad una selección intelectual, cien veces más rigurosa y más fecunda de la que hoy se lleva á cabo. No es, por consiguiente, ni siquiera ésta la igualdad que repugna al aludido autor.

¿Cuál puede ser entonces su pensamiento y el de otros muchísimos que habrían dado la misma contestación? ¿Cuál es la razón por la que, hasta separando toda idea de igualdad económica, suena de un modo tan ingrato y temido esta palabra á las perso-

nas de vuestra clase, ya sean cultísimas ó apenas barnizadas de cultura, ya sean ricas, ó acomodadas, ó próximas á la pobreza? Son muchas las razones y diferentes los sentimientos, razones de interés y de orgullo ligados á los hábitos y preocupaciones antiguas; la mayor parte de las cuales ninguno se atreve á declarar abiertamente y que hasta muchísimos no sabrían ni siquiera explicarse á sí mismos.

Ante todo, siendo inalterable, en la mayor parte, el concepto de que la gran muchedumbre de los trabajadores pobres no pueden levantarse jamás, casi por ley natural y por una especie de inferioridad congénita, hasta la dignidad de la vida intelectual y á la gentileza de los sentidos y de los modales; parece á la mayor parte que querer la igualdad no puede significar otra cosa que querer hacer á todos ignorantes y rudos. Además de esto, en las condiciones actuales de la sociedad, nosotros de la clase burguesa—(digo *nosotros*, solamente para expresarme con más claridad),—por el mero hecho de pertenecer á una clase que tiene en su mano el núcleo de las fuerzas sociales y saca de la comunidad de intereses, un espíritu de solidaridad, suyo exclu-

sivo, gozamos de mil satisfacciones morales, y protecciones y favores que tememos perder si se confunden las clases. La primera protección innegable y evidentísima es la de la Justicia ejercida por los ciudadanos de una clase compenetrada de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y de nuestras ideas. La primera satisfacción es la de sentirnos, aunque medianos de inteligencia y escasos de ilustración, infinitamente superiores á las nueve décimas partes de la población, mantenidas necesariamente en un estado de ignorancia casi bárbara; fácil superioridad, que con el avance de las muchedumbres á un más alto grado de educación intelectual, nos sería arrebatada ó disminuída al menos. Hay más: nosotros hemos asignado por interés de clase cada cual, á cada facilísimo y humilde trabajo intelectual, un grado de nobleza tan injustamente superior á cualquier trabajo mecánico, hasta más útil y difícil y peligroso, que un cambio del espíritu público que elevase la obra manual á la estimación debida reduciría la obra de la mayor parte de nosotros al nivel de aquélla: con lo cual, tememos semejante cambio...

Añádase que nosotros tememos perder

el derecho que por una exageración egoísta de amor paterno nos hemos creado (pero de cuya justicia no estamos verdaderamente persuadidos) de traspasar á nuestros hijos las comodidades que hemos adquirido con nuestro trabajo, ó sea, la facultad de vivir sin trabajar; de gozar de los bienes por nosotros ganados, sin aquella sola justificación que los hace nuestros en nuestra conciencia. Y no basta: nos hemos formado un mundo aparte, en el cual se puede gozar de la estimación ó de la apariéncia de respeto de todos, hasta no haciendo nada, ó dejamos de trabajar para vivir á costa pública: veinte años antes de no estar inhábiles para el trabajo, ó ejercitamos el ingenio en frivolidades, ó consumimos inútilmente el propio peculio; un mundo en el cual se pueden conquistar las simpatías y la consideración social, luciendo una cultura superficial y en gran parte inútil, usando ciertos modales convencionales, hablando un cierto lenguaje de ceremonia y viviendo según ciertas reglas de decoro por nosotros establecidas: ventajas todas y privilegios que se desvanecerían por completo en una sociedad en la cual el valor de los hombres se midiese con la sola medida de la obra co-

rrespondiente á cada uno como de trabajador.

Nosotros tememos, en fin, la pérdida del lujo que da en parte la complacencia de la gloria, y que es una especie de gloria comprada; la facilidad de adquirir nombre de benéficos y de ser alabados y bendecidos, dando á la pobreza la centésima parte de nuestro haber superfluo, la satisfacción de distinguirnos de las masas por medio de títulos ó de caracteres honoríficos de fácil adquisición que son para nuestra clase lo que las joyas y las flores con las cuales se adorna la mujer ante el espejo, y otros miles gustos y deleites refinados, imposibles á todo aquel que no tenga dinero ni tiempo que perder, en los cuales decimos que consiste la esencia de la civilización, mientras que no son otra cosa que señales de su vanidad y de su corrupción.

Estas son las razones verdaderas por las que aborrecemos todos casi instintivamente cualquier clase de igualdad que el socialismo anuncia, y porque estas razones nos avergüenza decirlas, alegamos otras, á las cuales, sin embargo, tampoco prestamos fe, como aquellas de *la sociedad convertida en cuartel*, y de *la tierra distribuida*

á pedazos entre todos, y de las almas acunadas todas en un mismo troquel, según el dicho de cierto autor, frase la última que constituye el más necio, el más vacío de sentido, el despropósito más digno de compasión que pueda lanzarse contra el socialismo.

Y á todas las indicadas razones de aversión á nuestras ideas se agrega en los escritores una particular, y es, un secreto resentimiento que ellos alimentan contra las muchedumbres incultas, las cuales no comprenden la obra de ellos y hasta ignoran en gran parte su fama. No fué el primero León Cladel á decir esta verdad. Pero quien tiene inteligencia y corazón de verdadero artista, no debería ser capaz de este resentimiento injusto, que tiene su raíz en un orgullo mezquino; debería, por el contrario, ver en aquel hecho, que puede causarle dolor, pero que no debe ofenderle, reconocer un argumento en favor de la idea socialista, la cual, llevando consigo un más alto grado de instrucción popular, levantando las muchedumbres á un estado de vida más intelectual, promete á los escritores y á los artistas un muy otro campo de gloria del que hoy les está concedido.

¿Cómo no piensan ellos qué sería su poderío cuando el rayo de su pensamiento, no interceptado por el baluarte de la ignorancia que divide ahora la sociedad en una pequeña minoría civilizada, y una grandísima mayoría semibárbara, penetrase á través de todos los estratos sociales, dando su luz y su calor desde la cabaña de la montaña hasta los subterráneos de las minas; por todos los puntos y sitios donde haya un corazón que palpite y una frente que sude? ¿Cómo el alma de esos escritores no se inflama de entusiasmo y de esperanza con esta idea? ¿Y cómo no presienten que esto debe ser, y que será ciertamente, si la razón humana no se extingue?

Si, esto sucederá; la palabra del escritor de genio que ahora corre sólo como un arroyo serpenteando en un lecho árido, donde pocos al pasar recogen su murmullo y gozan de él, será en la sociedad del porvenir un río de voz potente que llamará á apagar la sed en sus vastas orillas y á disfrutar de aguas fecundadoras á un pueblo entero; y el pequeño aplauso teatral que da á los autores de hoy el estrecho coro de privilegiados de la cultura, parecerá á los grandes escritores de entonces una bien mi-

sera cosa, comparado á la suprema dulzura de sentir murmurar su propio nombre con sonidos de gratitud por la inmensa ola del pueblo que trabaja.

Y muchos de ellos dirán quizás en ese tiempo: «No nos recordéis la *desigualdad* de la sociedad pasada, que destrozaba la gloria y que encerraba el ingenio: *aquella sola palabra, nos irrita.*»



ÍNDICE

	Págs.
El socialismo en la familia.....	1
Ignorancia plebeya y media cultura burguesa.....	9
Pronósticos lisonjeros.....	19
Socialismo y nobleza de ánimo.—Á una señora.....	29
Con motivo de la palabra «canalla».....	47
El clavel encarnado.....	67
Un comité electoral socialista.....	97
Á los niños «irredentes».—Para el 1.º de Mayo.....	105
Recuerdo de las Catacumbas.....	113
Á los chicos de un colegio.....	125
En una festividad estudiantil.—Á las niñas de las escuelas públicas.....	145
Por la paz:	
I.—Á los maestros.....	165
II.—Para templar las fibras.....	166
III.—Un episodio de la batalla de Cus- toza.....	169
IV.—Es un error.....	173
V.—¡Abajo las armas! (Brindis en un banquete á favor de la paz).....	174
VI.—La guerra educadora.....	181
VII.—La guerra y la mentira.....	186

sera cosa, comparado á la suprema dulzura de sentir murmurar su propio nombre con sonidos de gratitud por la inmensa ola del pueblo que trabaja.

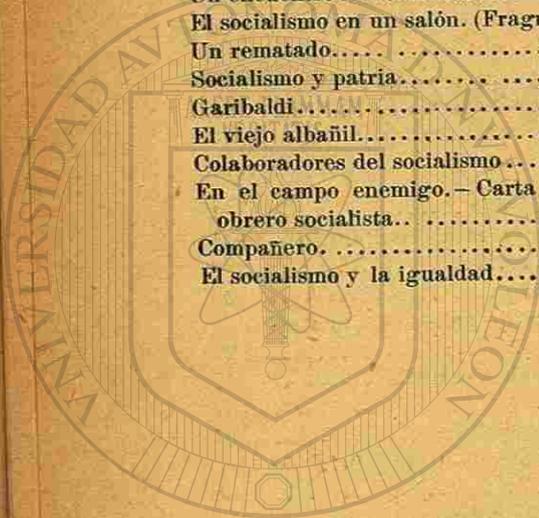
Y muchos de ellos dirán quizás en ese tiempo: «No nos recordéis la *desigualdad* de la sociedad pasada, que destrozaba la gloria y que encerraba el ingenio: *aquella sola palabra, nos irrita.*»



ÍNDICE

	Págs.
El socialismo en la familia.....	1
Ignorancia plebeya y media cultura burguesa.....	9
Pronósticos lisonjeros.....	19
Socialismo y nobleza de ánimo.—Á una señora.....	29
Con motivo de la palabra «canalla».....	47
El clavel encarnado.....	67
Un comité electoral socialista.....	97
Á los niños «irredentes».—Para el 1.º de Mayo.....	105
Recuerdo de las Catacumbas.....	113
Á los chicos de un colegio.....	125
En una festividad estudiantil.—Á las niñas de las escuelas públicas.....	145
Por la paz:	
I.—Á los maestros.....	165
II.—Para templar las fibras.....	166
III.—Un episodio de la batalla de Cus- toza.....	169
IV.—Es un error.....	173
V.—¡Abajo las armas! (Brindis en un banquete á favor de la paz).....	174
VI.—La guerra educadora.....	181
VII.—La guerra y la mentira.....	186

	Págs
Un encuentro.....	191
El socialismo en un salón. (Fragmento).....	195
Un rematado.....	213
Socialismo y patria.....	221
Garibaldi.....	233
El viejo albañil.....	237
Colaboradores del socialismo.....	255
En el campo enemigo. - Carta á un joven obrero socialista.....	265
Compañero.....	279
El socialismo y la igualdad.....	289



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



